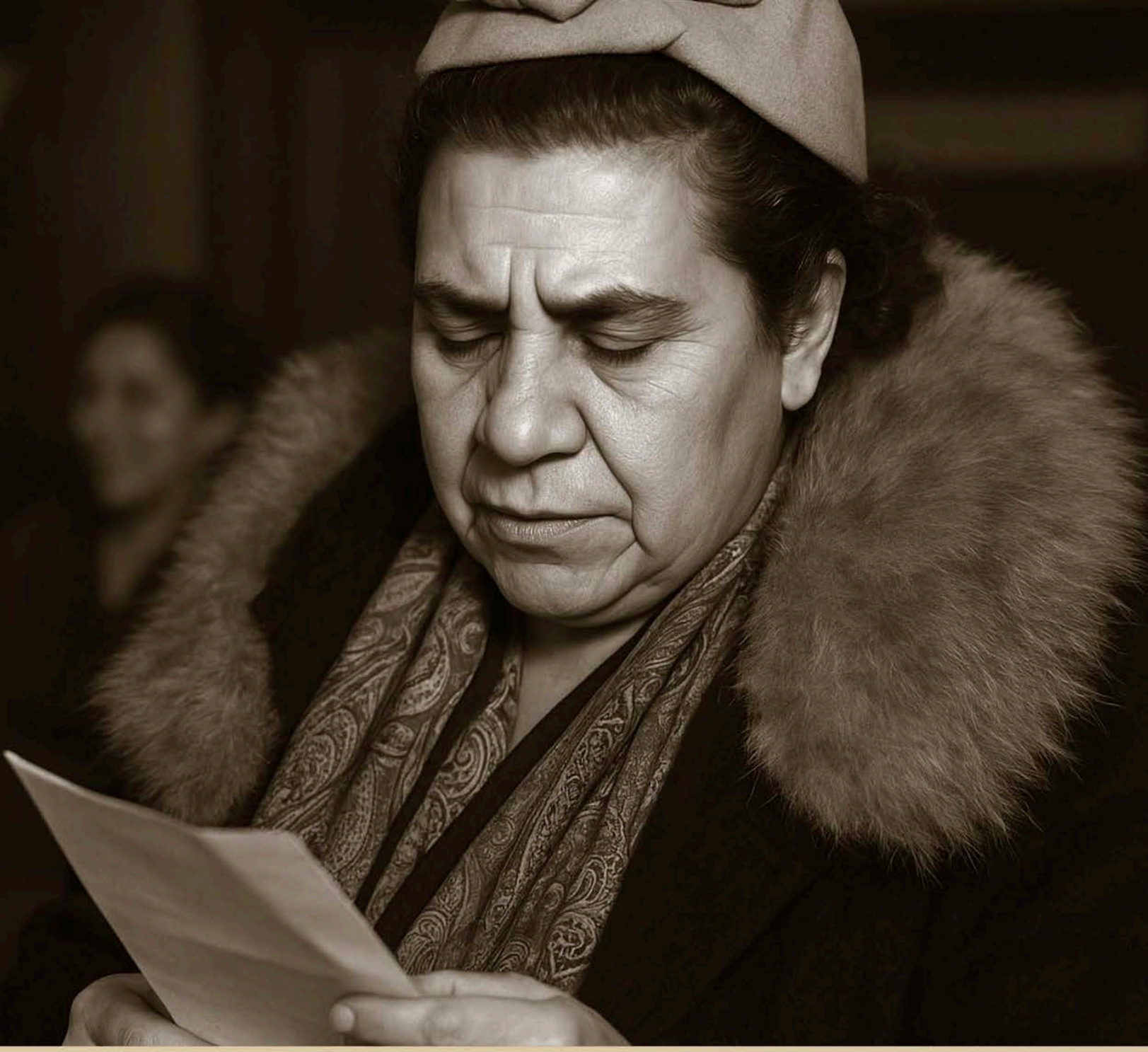


EULALIA GUZMÁN

LO QUE VI Y OÍ, EN LA ALEMANIA NAZI

SERIE ESTAMPAS DE MUJERES

LO QUE VI Y OÍ,
EN LA **ALEMANIA NAZI**

SERIE ESTAMPAS DE MUJERES

Cultura
Secretaría de Cultura

SECRETARÍA DE CULTURA

Claudia Curiel de Icaza
Secretaria de Cultura

INEHRM

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa
Director General

EULALIA GUZMÁN

LO QUE VI Y OÍ, EN LA ALEMANIA NAZI

MÉXICO 2025

Portada: Imagen generada por Juan José Rodríguez
utilizando el modelo GPT-4o de OpenAI.
La fotografía de referencia es: La maestra Eulalia Guzmán,
leyendo su ponencia "La mujer en el nazifascismo".
Detalle de la serie de fotografías que correspondieron
al Congreso Antifascista que se celebró en el teatro
del Sindicato de Electricistas Mexicanos de la Ciudad de México.
El Popular, 1 de febrero de 1942.

Ediciones en formato electrónico:
Primera edición, INEHRM, 2025.

D. R. © Eulalia Guzmán.

D. R. © Daniel Librado Luna, Estudio introductorio.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Plaza del Carmen núm. 27, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN INEHRM: 978-607-549-578-1

HECHO EN MÉXICO

Contenido

Eulalia Guzmán: maestra, pedagoga, arqueóloga y antinazi 9

Daniel Librado Luna

Palabras preliminares 21

I. Perfidia 29
II. Las dos medidas 33
III. “Cultura” nazi 37
IV. Crueldad 41
V. Un nuevo orden social 45
VI. “Ario” y “No-ario” 49
VII. El dogma racista 53
VIII. “¡Heil Hitler!” 57
IX. La quinta columna 61
X. Propaganda obligada 67
XI. Conciencias aherrojadas 71
XII. ¡A cambiar de casaca! 75
XIII. Fanatización de las masas 81
XIV. Sombras de hombres 85
XV. Comienza la guerra 91
XVI. Los dos camaradas 95
XVII. “Todo pueblo que se respeta debe fundar un imperio” 99
XVIII. Disputándose el campo 103
XIX. ¡Silencio! 107

XX. Alemania, inmensa cárcel 111
XXI. Aves rapaces 115
XXII. Cinismo fascista 119
XXIII. Antifascismo en Italia 123
XXIV. Espionaje 127
XXV. Temían a la guerra 133
XXVI. Hitler y el Papa 139
XXVII. Inglaterra, país libre 145
XXVIII. El nacionalismo contra la paz 151
XXIX. Tremenda equivocación 157
XXX. Inglaterra se prepara 161

Epílogo 167

La mujer y el nazismo 175

El Pueblo Argentino es Antinazi y Reprueba las Posturas Regresivas

Importante Entrevista con el Dr. Carlos Sánchez Plamonte, Famoso Lider de la Reforma Universitaria Argentina y Destacado Socialista

En TERCERA PLANA

ESPIAS JAPONESES FUERON DETENIDOS EN MANZANILLO

(Información en las Columnas Cuatro)

ESTA EDICION CONSTA de 2 SECCIONES y sólo Cuesta 5 CVS.

El Popular

Una Tribuna del Pueblo,no una Empresa Mercantil

EL POPULAR es el periódico capitalino que más se vende en Yucatán

AÑO IV. — TOMO IV. ★ DIRECTOR: LIC. ALEJANDRO CARRILLO ★ MEXICO, D. F., DOMINGO 1o. DE FEBRERO DE 1942. ★ GERENTE GENERAL: MANUEL O. PADRES ★ NUM. 1232

EL EJERCITO SOVIETICO AVANZA ARROLLADORAMENTE EN UKRANIA

Las Tropas Británicas se Retiraron de Malaca

Se disponen a hacer una enérgica resistencia desde la plaza de Singapur

200 Aldeas más Reconquistadas

Están fuertemente amenazadas Rzeb, Vyazma, Orel, Orsk y Kharkov

LOS FRENTES DE LA GUERRA

Por ESPARTACO

Denuncian al Sr. Presidente un Nuevo Crimen de los Pistoleros a Sueldo del Desgobernador Cerdán

Desembarcan los Japoneses en las Islas Holandesas de Amboina, Pacífico del Sur

Después de resistir tenazmente, las fuerzas defensoras aplicaron la táctica de tierra calcinada

Despliega Extraordinaria Actividad el Comité Antisinarquista de Tampico

Ponencias de Gran Importancia Fueron Leídas en el Congreso Antifascista

Una comida en honor de la prensa nacional y extranjera

Reunión de Gobernadores de la Zona Costera del Pacífico

Para estudiar la cooperación que darán sus entidades a la defensa del litoral

EL PRESIDENTE VISITARA GUADALAJARA

Excepcional Solemnidad Revestirá la Velada del día 5 en B. Artes

SALIERON AYER LOS PARLAMENTARIOS QUE VAN A LA TOMA DE POSESION DEL NUEVO GOBERNADOR DE YUCATAN

Una Estación de Radio Clandestina Manejada por Japoneses en Colima

Regresa en Breve el Perito Petrolero de EE. UU.

Véjar Vázquez da Nuevas Largas a los Directivos de la F.S.T.S.E.

Viene Satisfecho de su Misión en Estados Unidos

Denuncian a los Agresores de Pablo Neruda

CANCIONERAS CONTRATADAS PARA LOS GARITOS DE GUADALAJARA

Salen a la Toma de Posesión de Novelo Torres

Entró ayer de Lleno a sus Trabajos, el Congreso de Trabajadores de la S.C.O.P.

Informe del Comité y Nombramiento de Comisiones

Candidatos a Reina del Carnaval

Llegó Abelardo L. Rodríguez

Desembarcan los Japoneses

Las Tropas Británicas

Grave Situación en el Vall de Queréndaro, Michoac

EL CONFLICTO DE LOS FERROVIARIOS QUE SE CONOCEN COMO "PATIEROS"

PIDEN UNA LEY ORGANICA P EL INSTITUTO POLITECNIC

Una Estación de

DIFICIL SITUACION DE UN NUMEROSO GRUPO DE ALUMNOS

Regresa en Breve el

VEJAR VAZQUEZ DA NUEVAS LARGAS

Un Rally de

El Cubano Ramiro

Excepcional

DENUNCIAN A LOS

Denuncian al Sr.

Oradores del Congreso Antifascista

Salieron ayer los

Reunión de

UNIVERSIDAD OBRERA DE MEXIC

ESCUELA PRIMARIA NOCTURNA INCORPORADA

(PARA TRABAJADORES E HIJOS DE TRABAJADORES)

CALLE DE ESTACIONES Núm. 38

CLASES GRATUITAS de 7 a 9 P. M.

ESTUDIOS RECONOCIDOS POR LA SECRETARIA

EDUCACION PUBLICA DEL 1o. AL 6o. A

INSCRIPCIONES ABIERTAS DESDE EL 26 DE ENERO

INAUGURACION DE C EL DIA 2 DE FEBR

Página del diario en donde apareció la nota del Congreso Antifascista.

Eulalia Guzmán: maestra, pedagoga, arqueóloga y antinazi

Daniel Librado Luna
Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México

Eulalia Guzmán Barrón nació el 12 de febrero de 1890 en el poblado de San Pedro Piedra Gorda, municipio de Cuauhtémoc, Zacatecas, al interior de una familia humilde y numerosa. Sus padres fueron Julián Guzmán Pacheco y María Antonia Barrón Calvillo. En 1898, la familia se trasladó a la ciudad de México en busca de oportunidades educativas para sus hijos. En 1906, la joven Eulalia y su amiga María Arias Bernal se integraron al club político femenino "Admiradoras de Juárez" —dirigido por Hermila Galindo, Luz Vera y Laura N. Torres—, el cual luchaba por la obtención del voto para la mujer. Eulalia Guzmán estudiaba entonces en la Escuela Nacional de Maestros, donde fue una alumna destacada que se tituló el 4 de septiembre de 1909. La joven maestra se sumó al Centro Antirreeleccionista y realizó actividades propagandistas en favor de Francisco I. Madero. Durante el gobierno del presidente Madero, la maestra Guzmán, junto con María Arias Bernal y las profesoras Herminia y Romana Salazar, Ana María Lozano y Concepción Ladrón de Guevara, establecieron un centro de alfabetización para obreras, donde también impartieron conferencias de temas sociales y políticos.[1]

[1] Martha Eva Rocha Islas, *Los rostros de la rebeldía. Veteranas de la Revolución mexicana, 1910-1939*, p. 167.

Tras el golpe huertista, la joven Eulalia acompañó a María Arias Bernal a Palacio Nacional para implorar a Victoriano Huerta por las vidas del presidente y el vicepresidente. Al ser asesinados, acompañó a Sara Pérez y a Federico Montes a reclamar el cuerpo del presidente mártir. Las maestras Eulalia Guzmán, María Arias, Dolores Sotomayor y Herminia Salazar fundaron el Club Lealtad, colectivo que integró a maestras y estudiantes normalistas, las cuales, indignadas por los asesinatos, se reunieron los domingos de cada semana en el panteón para honrar la memoria de Madero y Pino Suárez y coordinar acciones de apoyo para los revolucionarios. Las integrantes del Club Lealtad, por ejemplo, llevaron armas y municiones al Ajusco para entregárselas a los zapatistas que dominaban el lugar. La actividad política de las integrantes del Club Lealtad les acarreó represión y la pérdida de su trabajo docente. Eulalia Guzmán fue cesada de su puesto como catedrática de la escuela Miguel Lerdo de Tejada.[2]

A pesar del cese, la maestra Eulalia continuó su labor docente en una escuela particular, el Liceo Fournier. A fines de 1914, las maestras María Arias Bernal, María Martínez, Eloísa Espinosa, María Luisa de la Torre, Oliva Espinosa y Eulalia Guzmán se trasladaron a Veracruz para integrarse a la lucha constitucionalista, en donde "cuyos talentos podrían aprovecharse de manera especial en las escuelas del puerto, o en las comisiones que considere convenientes la Secretaría de Instrucción Pública mientras permanezca en el puerto". Poco tiempo después, Eulalia Guzmán fue comisionada por Venustiano Carranza para hacer una especialidad en escuelas y universidades de Boston. En Estados Unidos se capacitó en aritmética, álgebra y geografía, además de perfeccionar su inglés. Durante su estancia en el país del norte, la maestra Eulalia Guzmán conoció otra realidad y adquirió experiencias útiles para sus labores posteriores como funcionaria pedagógica y docente. Tras regresar al país fue nombrada por el mismo Carranza como profesora auxiliar de aritmética, álgebra y geografía en la Escuela Normal para Maestras de la capital, puesto que ocupó hasta 1916 y al que renunció para colaborar en el ramo de Instrucción Pública.

2 *Ibid*., pp. 176-180.

A invitación del general Plutarco Elías Calles, un grupo de maestros, entre ellos Eulalia Guzmán, se dirigió al poblado de Bácum, uno de los ocho pueblos yaquis, para formar escuelas modelo para los indígenas.[3] Así, la estancia de la maestra Guzmán entre los yaquis fue una experiencia antropológica en la que se enseñó a niñas yaquis durante el día, mientras dedicaba las noches para enseñar a indígenas y mestizos adultos. Cuando volvió a la capital del país tomó su puesto de catedrática en la Escuela Normal de Maestras, en donde impartió metodología, matemáticas, historia patria e instrucción cívica. En sus clases, la maestra Guzmán transmitió sus conocimientos y vivencias a sus alumnas, a quienes sensibilizó sobre los graves problemas sociales del país.

Debido a su preparación, la maestra Guzmán fue nombrada directora de la primaria anexa a la Escuela Normal de Maestras. José Vasconcelos la designó como directora del Departamento de Alfabetización, cargo que ocupó durante un año y medio y en el que aplicó su experiencia pedagógica adquirida en Bácum y en el extranjero. Eulalia Guzmán también asistió como delegada al Primer Congreso Panamericano de Mujeres, organizado por la Liga Nacional de Mujeres Votantes de Baltimore, Estados Unidos, y luego al Segundo Congreso Internacional de Educación Moral y Enseñanza de la Historia, en Ginebra, Suiza. También participó en el Primer Congreso Feminista de la Liga Panamericana de Mujeres, realizado en México en 1923, donde las 174 delegadas discutieron temas radicales en torno "a la sexualidad, el amor libre, el divorcio, el control natal y el sufragio femenino, que se estaban tratando de implementar en Yucatán, bajo el gobierno de Felipe Carrillo Puerto".[4]

Eulalia Guzmán retomó sus clases como profesora de lengua castellana en la Escuela Nacional Preparatoria y de aritmética en la Escuela Normal, también fue nombrada inspectora de escuelas primarias en 1925. Al año siguiente, la fundación alemana "Alexander von Humboldt" le confirió una beca para especializarse en Ciencias de la

3 *Ibid*., p. 207.
4 *Ibid*., p. 400.

Educación en la Universidad de Berlín y en la de Jena, donde permaneció por un periodo de tres años: de 1926 a 1929. Además de viajar por Alemania, Eulalia Guzmán visitó Grecia y Constantinopla, donde ahondó en su interés por la historia y la arqueología. A su regreso, la maestra Eulalia Guzmán era una de las pedagogas más preparadas y reconocidas del país.

A los 40 años ingresó a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde realizó estudios de maestría en Historia, grado que obtuvo en 1932 con la tesis: *Caracteres esenciales del arte prehispánico de México, su sentido fundamental*. En la facultad conoció al arqueólogo Alfonso Caso, quien la invitó a colaborar en la exploración de Monte Albán. En 1934 fue nombrada jefa del Departamento de Arqueología del Museo Nacional, donde impartió clases de cerámica prehispánica. La maestra Eulalia Guzmán fue pionera en la exploración arqueológica de México, publicó diversos artículos en el Boletín del Museo Nacional, en los que dio a conocer los resultados de sus trabajos de campo. Son de subrayarse sus exploraciones en la Mixteca Alta de Oaxaca: Yacuitac, Chachoapan, Yucuñudahui (o El Mogote Grande), Pueblo Grande, Nochistlán, Yanhuitlan y Tamazulapa, además de Chiapas y el Cerro de la Cantera, Morelos, sitio hoy conocido como Chalcatzingo. Eulalia Guzmán también realizó trabajos históricos con códices y documentos antiguos resguardados en la biblioteca del Museo Nacional. Gracias a su experiencia, en 1936 fue comisionada por la SEP para buscar documentos mexicanos antiguos en bibliotecas y archivos de Berlín, Viena, Londres, Oxford, Copenhague, Bruselas, Milán, Florencia, Bolonia, Roma y el Vaticano. La maestra Eulalia Guzmán permaneció en el viejo continente hasta abril de 1940, recopilando una gran cantidad de fuentes sobre el México prehispánico. Vivió por temporadas en Alemania e Italia, donde pudo constatar el estado de vigilancia, la degradación social y la crueldad del nazismo, mismas que denunció en su libro: *Lo que vi y oí*, editado en la capital mexicana en 1941.

Lo que vi y oí

La maestra Eulalia Guzmán escribió su libro *Lo que vi y oí* durante junio y noviembre de 1940. El texto fue publicado en México al año siguiente, 1941, por una imprenta marginal, la Tipografía SAG. Organizado en 30 capítulos breves, *Lo que vi y oí* es una denuncia del régimen de terror impuesto por los nazis al pueblo alemán. La maestra Guzmán vivió en Alemania durante la República de Weimar, por ello pudo constatar los cambios operados por el nazismo y que resultaron en una degradación de la sociedad y el Estado alemanes. Gracias a su conocimiento de los idiomas alemán, inglés e italiano, la maestra Guzmán pudo conversar con conocidos, viajeros y personas de todo tipo. En su prólogo menciona que cumplía en Europa una estancia de investigación, por lo que visitó archivos en distintos países y pudo contrastar las diferentes realidades políticas y sociales. Su paso por Italia y Alemania fue breve, pero presenció actos de represión, crueldad y barbarie cometidos tanto por las fuerzas del Estado como por elementos de la sociedad.

Eulalia Guzmán consideró al pueblo alemán como la primera víctima del nazismo, por estar engañado, degradado y sometido a una ideología de odio y desprecio por el propio ser humano. Uno de los actos que mayor repugnancia le provocó a la maestra Guzmán sucedió mientras asistía al cine en Alemania a fines de septiembre de 1939. Previo a la proyección de la película se exhibió un noticiero que presentó las ciudades polacas destruidas, a los prisioneros conducidos maniatados por soldados nazis y a un grupo de judíos realizando trabajos forzados. La maestra Guzmán señaló que tales escenas atentaban contra la dignidad humana, pero que el público reía y aplaudía: "especialmente cuando aparecían los grupos de judíos llevados a empellones, obligados a trabajar como zapadores, bajo las botas de los soldados que los vigilaban".

La maestra Guzmán también denunció que el régimen nazi mantenía un estado de vigilancia y espionaje en todos los niveles de la sociedad. Incluso la comunidad científica alemana estaba inmersa en esta dinámica. Eulalia Guzmán refirió que en las conferencias académicas tanto ponentes como asistentes intentaban congraciarse con las ideas

supremacistas del régimen nazi. Esta actitud se profundizaba en diversos actos cotidianos. Por ejemplo, el saludo de "buenos días" se había sustituido por el "Heil Hitler", y el retrato del dirigente nazi se exhibía por todas partes: "en las vitrinas de las tiendas y de otros edificios públicos; al presentarme en algunos centros de estudio, observé los mismos retratos exhibidos a profusión". La autora señaló que muchos académicos alemanes habían aceptado tal degradación porque temían perder su empleo: "se trataba, como se trata en todas partes, por lo general, en casos análogos, de no perder el pan o la posición en la vida".

La maestra Guzmán señaló que el régimen nazi mantenía a Alemania como si fuera una cárcel inmensa. Se había dictado la pena de muerte a quienes leyeran periódicos extranjeros, sintonizaran estaciones de radio de otros países, transmitieran noticias contrarias al régimen e incluso a quienes se reunieran a discutir temas de política interior o exterior. Los alemanes solo podían leer prensa alemana y escuchar las estaciones de radio oficiales. El servicio de espionaje aumentó de manera considerable una vez iniciadas las hostilidades contra Polonia, los anuncios de las calles llamaban a mantener una actitud de suspicacia ante los extranjeros, a no discutir en lugares públicos y a censurar los ataques contra el estado nazi.

La maestra Eulalia Guzmán se apoyó en el libro de Hermann Rauschning, *Hitler me dijo*, para evidenciar la política sustentada por el Estado nazi y su puesta en práctica en la sociedad alemana. En el desarrollo de su exposición recurre a las sentencias hechas por Hitler para describir la crisis moral del Estado y la sociedad alemana. La maestra censura el discurso supremacista y belicista en boga, pero también evidencia que muchos actores sociales tenían miedo de perder su empleo y sus privilegios, por ello decidieron apoyar al régimen nazi, muchos otros en cambio optaron por un exilio con dignidad. La maestra Guzmán señaló que: "la inconsciencia ha cundido por el mundo y la perversidad encuentra eco en multitud de corazones". Esta actitud estaba presente en el propio México, donde existían grupos que apoyaban a los alemanes porque: "creen en la superioridad de raza o de clase [según su conveniencia]; glorifican la fuerza bruta, la crueldad los arrebata de entusiasmo; admiran el éxito, aunque esté basado en lo ca-

nallesco y en el crimen; gozan con el atropello de la dignidad humana, o quedan indiferentes a ello, aunque se trate de la propia…".

El libro de la maestra Eulalia Guzmán, *Lo que vi y oí*, es un documento de la época y un testimonio de censura a la política nazi, hecho por una académica mexicana, sensible a las diferencias sociales y a la discriminación racial imperante en Europa. En su último capítulo, "Inglaterra se prepara", la maestra Guzmán señaló que después de 1938 los ingleses estaban preparando la guerra contra Alemania: "no es sólo de una nación contra otra, sino del mundo de los altos valores humanos contra lo que hay de perverso, de cínico y de bárbaro en el hombre". La intención del libro fue la de advertir a los lectores mexicanos de lo pernicioso de estas ideas políticas, en su lugar llamó a retomar los valores humanos cristianos para: "hacer luz en nuestras conciencias y encontrar de nuevo los naturales cauces de la vida humana".

A su regreso a México, la maestra Guzmán participó en el Primer Congreso Antifascista, realizado los últimos dos días de enero y el primero de febrero de 1942, en el teatro del Sindicato de Electricistas Mexicanos (SME). Este congreso fue organizado por el colectivo Acción Democrática Internacional, pero contó con apoyo oficial del general Heriberto Jara, secretario de Marina, y de las radiodifusoras de la ciudad, que transmitieron el evento. El Congreso contó con ocho sesiones, en las que se abordaron distintos temas relativos a la sociedad alemana nazi.

La maestra Guzmán participó el último día del evento con la ponencia *La mujer y el nazismo*, incluida en esta compilación, en la que denunció el Estado policíaco en que se convirtió la Alemania nazi, donde los derechos políticos estaban denegados para hombres y mujeres. También observó que las mujeres alemanas estaban sometidas a una dictadura biológica, en la que se les valoraba por su capacidad para parir hijos: "soldados para mantener un estado perpetuo de guerra y de violencia [...]. Se necesitan hombres y más hombres y la mujer debe satisfacer esa necesidad". De igual modo, la Alemania nazi instituyó que los principales deberes de la mujer debían ser: "Kinder, Kuche, Kirche", es decir, la mujer a la "crianza de los niños, la cocina y la iglesia".

Eulalia Guzmán criticó la situación de injusticia a la que estaban sometidas las mujeres alemanas, las que veían morir a sus hijos, esposos y hermanos en una guerra de odio absurda. En un primer momento del nazismo, las mujeres fueron consideradas incubadoras de futuros soldados, pero, en la medida en que la guerra avanzó, las mujeres fueron integradas a la maquinaria de guerra, sin embargo se les pagaba menos salario que a los hombres por igual trabajo, tal injusticia fue observada por la mexicana. Finalmente, la maestra Guzmán censuró la negación de los derechos inalienables del ser humano en el régimen nazi, así como el desconocimiento de la entidad moral humana. Llamó a las mujeres y a los hombres a "combatir el régimen injusto y las doctrinas e ideas injustas". Finalizó con palabras que trascienden su época:

> [...] y, sobre todo, iluminados por el propio discernimiento y el propio sentido correcto de la vida, luchar en todas partes, entre los nuestros y los ajenos, contra prejuicios e ignorancias, ejercitando el propio discernimiento que por sí sólo nos convertirá en los combatientes más implacables contra regímenes y teorías esclavistas.

En el Primer Congreso Antifascista participaron estalinistas de prosapia, tanto nacionales como exiliados de la Europa invadida por la Alemania nazi. De los integrantes destacan Miguel Ángel Velasco, Margarita Nelken, Ludwig Renn, Mario Souza, Juan B. Vargas, entre otros. Estos militantes lanzaron críticas constantes a la Segunda Internacional, a los partidos socialistas y a los trotskistas, a estos últimos los señalaron de ser parte de una quinta columna nazi en México y América Latina. Incluso lograron que una de las resoluciones del congreso censurara el trabajo de los "trotskistas" por ser "traidores a la causa democrática".[5]

En particular, Miguel Ángel Velasco "el Ratón" lanzó acusaciones contra Víctor Serge, Julián Gorkin y a Marceau Pivert, a quienes señaló

5 "Valiosas resoluciones para la lucha efectiva contra el nazi-fascismo", *El Popular*, 2 de febrero de 1942, pp. 1 y 4.

de ser agentes hitlerianos embozados en México, cuando en realidad eran luchadores antifascistas perseguidos y censurados por el aparato soviético.[6] La maestra Eulalia Guzmán le escribió una carta al organizador del evento, el doctor Raúl Cordero Amador, en la que le agradeció la oportunidad de:

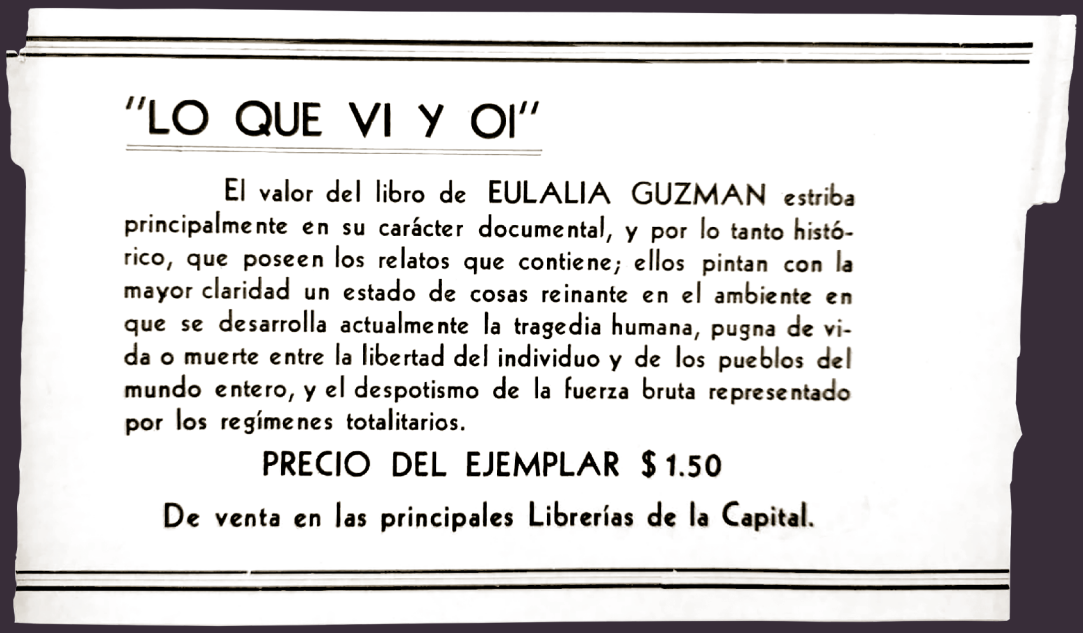
> [...] poner mi grano de arena en la lucha contra las ideas totalitarias en el 1er. Congreso Antinazista [...], aprovecho la ocasión para decirle que he seguido recapacitando sobre ciertos incidentes que se suscitaron en el seno del Congreso, de los cuales solo presencié el del día primero de febrero, o sea el último del Congreso. Me refiero al que provocaran elementos de filiación comunista-stalinista, en contra de tres personas a quienes ellos acusaron de agentes nazis: Víctor Serge, Julián Gorkin y Marceau Pivert. A estos señores poco conozco. Del primero he leído dos de sus últimos libros, y una vez me lo presentó una amiga mía. También le oí reciente conferencia en Bellas Artes. Ni en estas ocasiones de conocer sus ideas ni en la única conversación que ha tenido conmigo le he notado que sea nazista…[7]

6 *Idem*.

7 "Antifascism and Leftist Politics", *World History Commons*, disponible en: <https://worldhistorycommons.org/antifascism-and-leftist-politics> (Consultado: 20/02/2025). Victor Sege (Bruselas, 30 de diciembre de 1890-Ciudad de México, 17 de noviembre de 1947), Julián Gorkin (Benifairó de los Valles, 1901-París, 20 de agosto de 1987), y Marceau Pivert (Montmachoux, 2 de octubre de 1895-París, 3 de junio de 1958), eran exiliados europeos en México, quienes realizaban una labor de denuncia política en colaboración con el editor catalán Bartolomeu Costa-Amic, (Centellas, Barcelona, 1911-Ciudad de México, 16 de enero de 2002). En el México avilacamachista continuaron su trabajo militante con la publicación de *Análisis. Revista de hechos e ideas* en 1942, de igual modo vieron la luz los libros de Víctor Serge, *Retrato de Stalin* (México, Ediciones Libres, 1940) y *Hitler contra Stalin. La fase decisiva de la Guerra Mundial* (México, Ediciones Quetzal, 1941), así como el de Julián Gorkin, *Caníbales políticos. Hitler y Stalin en España*, (México, Ediciones Quetzal, 1941) y el de Marceau Pivert, *De Versalles a Compiegne. ¿A dónde va Francia?*, (México, Publicaciones Panamericanas, ¿1941?). En sus textos denunciaron por igual el pacto nazi-soviético, la barbarie nazi y la opresión política estalinista. Estos son los libros mencionados, y defendidos, por la maestra Eulalia Guzmán en su conferencia.

Doña Eulalia Guzmán defendió también a Marceau Pivert, de quien dijo conocer artículos suyos en francés contra la ocupación nazi de su patria. Igualmente, como parte de las labores que realizaba en la Asociación Mexicana Pro-Francia, intentó difundir dichos textos. A Julián Gorkin, al que conocía menos, también lo defendió al asegurar que "debe ser compañero de ideas y de lucha, puesto que los tres son amigos y a los tres los acusaron por igual". La maestra Eulalia Guzmán se dio tiempo incluso de defender a los perseguidos por el régimen soviético y a quienes se atacó de manera gratuita por su postura crítica ante las formas políticas estalinistas. Cabe subrayar que doña Eulalia Guzmán sostuvo un pensamiento crítico, independiente de las corrientes políticas en boga y de las conveniencias del momento.

A 85 años de su puesta en circulación, y a 40 años del deceso de la eminente arqueóloga, el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México edita en formato digital los textos antinazis de la maestra Eulalia Guzmán Barrón para facilitar el conocimiento de su pensamiento y como un homenaje a su postura valiente y digna ante el horror político de aquellos años.



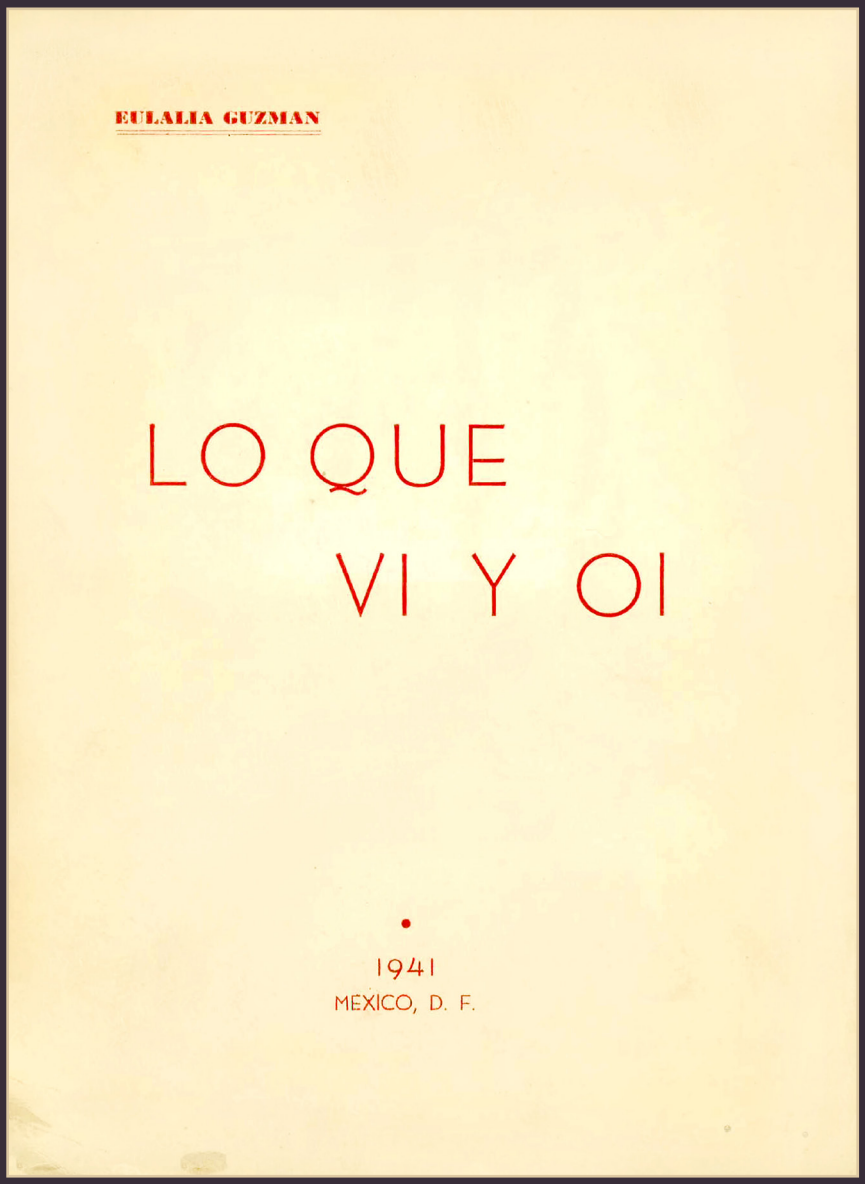
"LO QUE VI Y OI"

El valor del libro de EULALIA GUZMAN estriba principalmente en su carácter documental, y por lo tanto histórico, que poseen los relatos que contiene; ellos pintan con la mayor claridad un estado de cosas reinante en el ambiente en que se desarrolla actualmente la tragedia humana, pugna de vida o muerte entre la libertad del individuo y de los pueblos del mundo entero, y el despotismo de la fuerza bruta representado por los regímenes totalitarios.

PRECIO DEL EJEMPLAR $ 1.50

De venta en las principales Librerías de la Capital.

Nota de comercialización a la primera edición del libro, *Lo que vi y oí*, en 1941.



La presente edición es una transcripción de la edición de 1941,
sólo se actualizó ortografía y puntuación. N. E.

Palabras preliminares

Eulalia Guzmán

Por qué escribí estos artículos

Por el año de 1938, Hitler y Mussolini, apoyados en la fuerza de sus partidos, ya habían comenzado su carrera de violaciones al derecho de los pueblos débiles. Pretextos y métodos se mostraban tan impúdicamente villanos que levantaron en todas partes, dentro y fuera de Europa, una ola de indignación, y aun entre los más pacifistas de la pacifista Inglaterra de entonces, se pensaba que había llegado el momento de poner un "hasta aquí" a los procedimientos brutales de los regímenes totalitarios. En la misma Alemania, a pesar del silencio que por medio del terror ha impuesto el nazismo, no faltaba quien se atreviera a decir al amigo, en voz baja y tomando las precauciones debidas, que aquello era vergonzoso y sin disculpa, aun juzgando las cosas con el criterio de las mismas doctrinas nacionalistas, racistas y del "espacio vital", que el mismo Hitler había agitado para su conveniencia. En Italia pasaba lo mismo. Sin embargo, en público todos aprobaban o callaban. Quien presenciaba tal estado de cosas, se daba exacta cuenta de la humillación que como seres humanos sufrían todos, impotentes para rebelarse o simplemente para protestar.

De esa manera, los crímenes políticos, nacionales e internacionales, habían iniciado una nueva era de barbarie en el mundo. En la agresión contra Polonia, llevada a efecto en 1939, Alemania había puesto en práctica los nuevos métodos ideados por el nazismo, como eran el bombardeo de ciudades abiertas, la destrucción inten-

cionalmente perseguida, de los indefensos y no combatientes, y la crueldad más inaudita empleada en el tratamiento a los vencidos.

Por otra parte el pacto germano-ruso había venido a demostrar a todo el mundo que las doctrinas e ideales con que se habían venido abanderando los totalitarios, no habían sido sino magníficos pretextos oportunistas para llevar a cabo sus propósitos. La alianza de Rusia, con las democracias occidentales hubiera evitado la guerra; con Alemania la había desencadenado.

En esas condiciones, dejando a Europa al borde de una conflagración general, volví a mi patria, México.

Desembarqué en Nueva York precisamente en la noche en que las tropas de Hitler invadían Bélgica y Holanda. La opinión pública norteamericana, al igual que la prensa, condenaban este nuevo atentado; las únicas voces que oí que, en forma vergonzante, simpatizaron con el nazismo fueron las de unos latino-americanos de las Antillas y de la América del Sur; y uno que otro español, entre las pocas personas de habla española con quienes estuve casualmente cerca en aquella ciudad.

Ya ese hecho me llamó la atención, y muchas veces me he preguntado, sin lograr respuesta satisfactoria, a qué se debe esa solapada simpatía hacia la causa de los totalitarios, especialmente hacia el nazismo. Pudiera tener que ver en ello la propaganda nazi que tan intensamente se ha hecho en los países latino-americanos, o a la acción de los grupos falangistas de los españoles que allí residen; o bien a la corrupción del criterio político que en dichos países han causado, por lo menos en ciertos grupos, los regímenes dictatoriales e inmorales, disfrazados de Democracia, que con frecuencia hemos sufrido.

Entre tanto, la guerra se desarrolló rápidamente en forma catastrófica para los aliados; los nazis alemanes, estos nuevos bárbaros de la técnica de corazón y mente mecanizados, avanzaban por los países invadidos combinando la traición con el terror. Nunca, desde los tiempos de Atila, se habían visto hordas más sedientas de sangre y ebrias de destrucción.

Con ese obscuro panorama del mundo europeo, y oprimido el corazón, pero con la convicción profunda del derrumbe definitivo del nazismo, entré a México.

Traía la creencia de encontrar aquí un ambiente moral distinto del de Europa, con una visión más clara y más elevada de lo que debe ser la vida normal e inteligente de los pueblos, y una opinión menos confusa respecto a los problemas humanos, especialmente frente a la tragedia inmensa que vive actualmente el mundo. Pero apenas crucé la frontera, empecé a encontrarme con gentes de criterio nazista y simpatizadores de Hitler. Igual cosa observé desde luego que llegué a la ciudad de México, y lo que más me sorprendió fue el hecho de que personas juiciosas y buenas, y aun algunas que se precian de cristianas, no solamente disculparan, sino que defendieran las doctrinas y los métodos inhumanos que caracterizan al nazismo en particular y al totalitarismo en general. Pero más inexplicable me pareció el que esos individuos condenaron en el comunismo las mismas cosas que aplaudían o toleraban en el nazismo.

Esta aparente contradicción sólo puede explicarse por la ignorancia en que viven tales individuos de lo que es verdaderamente el nazismo, de lo que sucede en las regiones donde ese sistema ha llegado a dominar, inclusive en Alemania, y de lo que significa para la vida de la humanidad. O bien es una reacción contra las iniquidades y los desórdenes de los gobernantes inmorales que hemos padecido, y de la otra plaga totalitaria, el comunismo, cuyos amargos frutos habían comenzado a probarse en México. Más lo que no han podido advertir esos individuos, es que el comunismo y el nazismo son una misma cosa en sus fines e ideales, en sus medidas y en su técnica. En efecto, ambos, como todo régimen totalitario, así puede cubrirse con el nombre de democracia, han elevado el rango de instituciones nacionales, ciertos instrumentos de dominio, tales como el Partido Oficial único, la policía secreta, el espionaje, los Campos de Concentración, la coerción sobre los grupos organizados, ya sean de obreros, campesinos o empleados públicos; el cri-

men político secreto, la propaganda obligada, la mentira oficial, la burla a la ley, la deformación y fanatización de las conciencias juveniles a través de la escuela y mediante una educación doctrinaria y dogmática, la violación a la libertad del pensamiento y la amenaza en todas sus formas. Podrán aducirse los pretextos y la palabrería demagógica que se quiera; en realidad, todo eso no es sino la técnica de que se valen los dictadores para explotar a los individuos y a las masas en beneficio de sus ambiciones individualistas.

Donde quiera que se encuentren estos instrumentos de dominio, allí reinan los totalitarios, ya sean de izquierdas o de derechas. Movidos en el fondo por el mismo espíritu de dominación brutal, no difieren unos de otros sino en la palabrería con que defienden sus respectivos dogmas, en nombre de los cuales ejecutan los mismos actos de lesa humanidad.

Y sin embargo, los individuos a que me refiero acusan a las Democracias, de esos mismos desórdenes y perversiones, y dicen que prefieren las dictaduras para que pongan orden. Es que lo que ellos han conocido por Democracias en esos países, no lo son. Lo que fue Grecia en su más noble época la gestadora de una incomparable cultura, y lo han sido los pueblos nórdicos y occidentales, de Europa, excepto España, que vivían libres y en paz una vida civilizada, hasta antes de la acometida brutal de los totalitarios.

Otros individuos encontré en México, simpatizadores del nazismo que, a sabiendas, aprueban los medios que aquel emplea; es que ellos mismos son totalitarios; no importa las excusas que expongan, creen en la superioridad racial o de clase (según su conveniencia); glorifican la fuerza bruta, la crueldad los arrebata de entusiasmo; admiran el éxito, aunque esté basado en lo canallesco y en el crimen; gozan con el atropello de la dignidad humana, o quedan indiferentes a ello, aunque se trate de la propia, sienten la misma locura por el poder en cualquiera de sus formas, y así los vemos ensalzar a conquistadores y a tiranos; a cuyas artimañas y perfidias les llamarán genialidades; a su crueldad, grandeza; a su cinismo, valor civil; a su hipocresía, talento; a su ambición, patriotismo; a su falta de escrúpulos, heroicidad. Estos son los nazistas de todos

los tiempos y de todos los pueblos; en ellos encuentran eco los déspotas. Puede ser que en realidad sean pobres engañados, llenos de confusión y de miedo por el porvenir, que al fin y al cabo ruedan al abismo de la muerte sin haber probado la verdadera grandeza de quien se siente plena y simplemente humano.

Reflexionando sobre tan deplorable estado de ignorancia y confusión de unos y de otros, decidí escribir en la forma más objetiva que me fuera posible, de lo que había visto y oído en los países en guerra, con referencia a estos problemas, y de lo que me pareció revelador del estado de cosas allí reinantes.

De este mi propósito surgieron los siguientes artículos, en lo que menciono solamente los hechos que me constan. Como el objeto de mi permanencia en Europa era de estudio, ajeno absolutamente a la política nacional o internacional de aquellos países, no tuve ningún propósito de observar nada que se refiriera a ese asunto. En consecuencia, y dadas las condiciones de mi paso breve por los dos países totalitarios, Italia y Alemania, y mi calidad de extranjera en ellos, los hechos que aquí narro no pudieron ser sino los que ocasionalmente presencié, porque están en el ambiente de esos países, y que debido a lo cual pueden ser notados por cualquier persona que tenga un poco de conocimiento del medio, o algunas conexiones personales. Ni con mucho penetré en lo que se oculta a los visitantes y aun al público de allá, como por ejemplo, lo que pasa en los Campos de Concentración o en los secretos de las persecuciones y del mundo de la Policía Secreta. Pero habiendo vivido antes en Alemania, bajo el régimen Social-Democrático, me fue fácil constatar el cambio que en general se ha operado allí bajo la acción del nazismo, cambio que no puede ser más desconsolador, porque muestra el efecto degradante que este nuevo régimen ha causado en Alemania.

Al escribir las siguientes páginas, no me guio ninguna animadversión hacia el pueblo alemán, a quien considero la primera víctima del nazismo, sino la convicción profunda de que todo individuo que pueda debe contribuir en la medida de sus circunstancias a denunciar ante la opinión pública de todas partes, la perversión

y el peligro que para la vida civilizada y libre de los pueblos, representan los regímenes totalitarios, ahora aliados entre sí, para dominar al mundo. Este peligro no es solamente el de la conquista de un pueblo por otro, sino el de la penetración de las ideas totalitarias en las conciencias de individuos poco reflexivos y ya dispuestos a convertirse en adeptos de esos nuevos dogmas.

Noviembre de 1940.

Camisas Doradas realizando un saludo. 1938.
© (50968) SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX.

Oradores del Congreso Antifascista

Las presentes fotografías corresponden al Congreso Antifascista que actualmente se celebra en esta capital, y en ellas puede verse a los ponentes, profesora Eulalia Guzmán y licenciado Mario Souza, dando lectura a sus trabajos en la sesión del día de ayer y al señor Juan García Oliver, ex-Ministro de Justicia de la República Española al hacer una intervención en la misma asamblea.

Fotografías tomadas del diario *El Popular*, 1 de febrero de 1942, y que acompañaron la nota "Ponencias de Gran Importancia Fueron Leídas en el Congreso Antifascista". El Popular, 1 de febrero de 1942. Ver la foto completa en la p. 36.

I. Perfidia

Al mismo tiempo que intervendremos con todas nuestras armas, desmoralizaremos al adversario con la guerra de nervios. Provocaremos una revolución en Francia. Por supuesto que haré cuanto pueda para impedir una coalición anglofrancesa…

HITLER

Como todos recordamos, hacia fines de septiembre de 1939 los acontecimientos bélicos en Europa se habían desarrollado rapidísimamente. Multitud de extranjeros continuaban saliendo de Alemania a toda prisa hacia los países neutrales que ofrecían mayores seguridades de paz. Yo había salido para Bélgica, pero en cuanto pude, a fines de septiembre, volví rumbo a Italia, atravesando nuevamente por Alemania.

Al pasar por Berlín tuve ocasión de cruzar palabras con algunas personas sobre el futuro de la guerra; el giro que habían tomado los acontecimientos en Polonia habían envalentonado un tanto al pueblo alemán, quien, en general, entró a la guerra con grandes temores. Un individuo me aseguraba que la guerra no duraría más de tres meses y que terminaría con un éxito completo para Alemania. Me mostré sorprendida de su creencia, y le repliqué que, a menos que surgiera algo imprevisto en Alemania, no veía yo cómo pudiera terminarse la guerra tan pronto, ya que Francia e Ingla-

terra estaban resueltas a llevarla hasta el fin. Él me contestó que precisamente eso "imprevisto" era lo que esperaban que sucediera; pero no allí, en donde todos estaban con el Führer, sino en Francia, por ejemplo, una revolución.

Al proseguir mi viaje hacia Italia, en el tren nocturno que nos conducía de Múnich a Génova, tuve ocasión de oír una conversación interesantísima sobre la misma cuestión.

En el compartimiento viajábamos sólo tres personas: un alemán nacionalizado norteamericano, un individuo del partido nazi y yo. Como le hablara yo en inglés al alemán norteamericano, él y el otro viajero deben haber creído que yo no hablaba alemán, y así pudieron conversar en este idioma sin cuidarse mucho de mí.

Un ofrecimiento de cerveza del alemán norteamericano abrió la conversación con el otro compañero. Según lo que oí, aquél había venido de Estados Unidos a Alemania en agosto, a visitar a sus parientes, y a causa de la guerra, se regresaba a aquel país antes del tiempo que había previsto. Noté que poco a poco el individuo nazi sondeaba las simpatías y la opinión del otro, en las cuestiones de la guerra, y por fin le preguntó: "¿Qué impresión se lleva usted de Alemania en las circunstancias presentes?". Contestó el otro: "Excelente; me parece que el pueblo alemán está con el Führer".[1] "Sí, —dijo el nazi entusiasmado—, así es; ¡el pueblo alemán está como un solo hombre al lado de su Führer! Diga usted eso mismo en Estados Unidos; que estamos satisfechos de lo que él está haciendo por Alemania".

Luego siguió hablándole de los acontecimientos y de los proyectos para el futuro. Consideraba que los polacos habían hecho mal en resistir, de lo cual culpaba a sus líderes, y de que nunca como en esos momentos, la situación general se había presentado más favorable para Alemania: por una parte el pacto con Rusia y la invasión de ésta en Polonia habían quebrantado la resistencia del ejército polaco; además, por ese frente no había nada que temer; por el sur Italia les era muy favorable; y agregó en estos o parecidos

[1] Se ha actualizado de Feuhrer a Führer. N. del E.

términos:·"Teniendo así cubiertas las espaldas, queda la tarea de quebrantar la resistencia de los aliados aun antes de que comience la verdadera guerra. Ahora se trabaja en dos sentidos: uno, en separar a Francia de Inglaterra, haciéndola creer que contra ella nada queremos, que ella está siendo la víctima de Inglaterra, que es esta contra quien realmente luchamos", etcétera; "el otro, en fomentar el comunismo en Francia, de modo de provocar una revolución en su seno; de esta manera, abandonada Inglaterra, caeremos sobre ella y la despedazaremos; después nos echaremos sobre Francia, la cual ya no podrá resistirnos".

Siguieron hablando sobre ese y otros temas. El tren se acercó al Brénnero, frontera italiana; los dos pasajeros conversaban sobre las bellezas del paisaje; luego hablaron de la situación de fronteras: que aquella región estaba habitada desde hacía siglos por gente de raza alemana, y que en realidad todo aquello pertenecía de derecho a Alemania y no a Italia. Ya se sabe cómo quedó transado este conflicto, entre ambos países. Entonces el alemán norteamericano le preguntó al otro, qué iba a hacer Hitler sobre este particular si iba a renunciar definitivamente a esos territorios. "De ninguna manera", respondió el otro. "Por el momento nos conviene dejar las cosas así"; y agregó bajando la voz: "en cuanto a este asunto, ya le llegará su turno, después de que liquidemos la guerra con Francia".

Ninguna palabra de la conversación se me había escapado; tanta perfidia y tanto cinismo, sobre todo tratándose de proyectos contra una nación amiga, (Italia) con quien había pactos de solidaridad, me parecían increíbles. Entonces pude confirmar lo que antes había oído en Berlín acerca de las perspectivas que se tenían de una revolución en Francia; en cuanto a los otros puntos de la conversación, los sucesos posteriores me han convencido de que aquel individuo nazi hablaba con conocimiento de lo que se proyectaba en el seno de su partido.

Por lo demás, las miras y apreciaciones del nazismo con respecto a sus actuales aliadas, y su "política" por lo que se refiere a los pactos, se hallan claramente expresadas en el libro de Hermann

Rauschning, *Hitler me dijo*. Léanse por ejemplo las siguientes palabras de Hitler, tomadas del mencionado libro:

> Estoy dispuesto a firmar y rubricar todo lo que quieran. Haré todas las concesiones que me permitan seguir libremente mi política. Garantizaré todas las fronteras, concluiré todos los pactos de no agresión y de amistad que sean precisos. Sería infantil por mi parte, no utilizar esos medios bajo el pretexto de que quizá algún día tendré que violar mis más solemnes compromisos... [Capítulo XIX]
>
> … Podremos sin duda aliarnos temporalmente con Italia; pero en el fondo sólo somos nosotros, los nacional-socialistas, los que hemos penetrado en el secreto de las revoluciones gigantescas que se anuncian. ¡Y es porque somos el único pueblo elegido por la Providencia para marcar la ruta a los siglos futuros! Tendría que caer Alemania muy bajo para solicitar en la hora decisiva el concurso de una nación como Italia. [Capítulo XX].

México, 19 de junio de 1940.

II. Las dos medidas

Nuestra misión es subyugar a los demás pueblos.
El pueblo alemán está llamado a dar al mundo
la nueva clase de sus amos…

HITLER

Me encontraba en Alemania a fines de agosto de 1939, durante los días que precedieron a la ocupación de Polonia. El ambiente era ya de guerra; la virulencia de la prensa revelaba que la agresión estaba resuelta. Se esgrimían como armas de ataque los mismos pretextos que el nazismo ha usado en estos tiempos cada vez que ha decidido agredir a un país: que se perseguía y se martirizaba a los alemanes en territorio polaco, que los polacos habían ya violado el territorio alemán, que Alemania había ya agotado su paciencia, etcétera, etcétera.

En esas condiciones de ambiente fui a visitar a una amiga; inevitablemente la conversación recayó sobre los acontecimientos del día y sobre la inminencia de la guerra; a nadie se le ocultaba que una vez iniciada ésta en Polonia, los aliados occidentales intervendrían y la conflagración se haría general. Sin embargo, todos ponían su esperanza en Inglaterra, se decía que la diplomacia aliada trabajaba en esos momentos activamente, que el Parlamento inglés se reuniría desde luego, que Chamberlain encontraría una solución pacífica;

pero naturalmente mi amiga insistía en que Alemania no cejaría en sus exigencias. Le contesté que bajo esa condición, evitar la guerra era imposible, que Polonia se opondría a ceder parte de su territorio; entonces la vi transformarse llena de ira; el labio superior se le contrajo hacia arriba y con ademán violento y la voz alterada, me dijo: "¡Y qué derecho tiene Polonia para defender su territorio! ¡Tres veces se le ha repartido, y se le repartirá una vez más!". Algo le contesté en el sentido de que un ultraje cometido con anterioridad no daba derecho para repetirlo; que aplicando el mismo criterio al caso de Alemania, tampoco ésta tendría derecho sobre los territorios que reclamaba. Ella alegaba que era estúpido y fuera de sentido común lo que se había resuelto en Versalles, etcétera. En suma, sólo Alemania tenía derechos, los demás pueblos no.

Un modo de pensar, tal como lo acababa yo de oír de boca de una persona, no habría sido tan significativo si no se hubiera uno dado cuenta de que era la repetición servil de una parte esencial de la teoría hitleriana, según la cual, Alemania, como pueblo superior (según Hitler), tiene el derecho y aun el deber de dominar a los demás pueblos de la tierra. Quien quiera darse cuenta cabal de lo monstruoso de esta teoría, que lea la exposición que de ella hace Hermann Rauschning en el Capítulo VI de su libro *Hitler me dijo*, tal como la oyó de labios del mismo Hitler y de sus adictos: Basta citar aquí el siguiente pasaje del referido capítulo:

> La verdadera dominación no puede nacer sino allí donde se encuentra la verdadera sumisión. No se trata de ninguna manera de suprimir la desigualdad entre los hombres, sino al contrario, de ahondarla y hacer de ella una ley y protegerla con barreras infranqueables como en las grandes civilizaciones de los tiempos antiguos. No puede haber en ella un derecho igual para todos. Nosotros tendremos el valor de hacer de ella no sólo la máxima de nuestra conducta, sino aún más, la de conformarnos a ella. Por eso es que no reconoceré a las otras naciones el mismo derecho que a la nación alemana. Nuestra misión es subyugar a los otros pueblos. El pueblo alemán está llamado a dar al mundo la nueva clase de sus amos…

> Veremos la clase de los extranjeros conquistados, la clase de aquellos a quienes llamaremos fríamente los esclavos modernos.

Y uno de los íntimos de Hitler decía, con la aprobación de éste:

> En todo el espacio oriental (europeo) únicamente el alemán tiene el derecho de poseer grandes propiedades. "Todo país de raza extranjera debería convertirse en un país de siervos, de jornaleros agrícolas o de trabajadores industriales".

¿Qué de extraño hay, pues, en que, en la Alemania nazi, donde a diario se repite por la propaganda y en todas las formas una doctrina racial tan inhumana como la expresada antes, aun las gentes buenas corrompan su criterio hasta el grado de afirmar, con toda seguridad, que los demás pueblos no tienen el derecho de defender su territorio cuando se ve amenazado por el pueblo alemán, simplemente porque a pie juntillas creen que éste es superior a todos los demás de la tierra, y por tanto tiene el derecho de la dominación universal? A aquella mi amiga, bondadosa y servicial por naturaleza, la encontraba ahora convertida en un ser de corazón duro y despiadado. Para mí, ese es uno de los efectos de la maldición nazi que ha caído sobre el pueblo alemán: exaltar en él la crueldad, la venganza y el odio.

México, 20 de junio de 1940.

III. Cultura Nazi

Es pues, de esa voluntad obstinada de donde extraemos
nuestra felicidad secreta, esa alegría con que gustamos
contemplar en torno nuestro a la muchedumbre
inconsciente de lo que hacemos con ella…
La Providencia me ha designado para ser
el gran libertador de la humanidad".

HITLER

Me encontraba de paso en Alemania, en los últimos días que procedieron a la invasión de Polonia. Mientras la prensa clamaba contra las "atrocidades" que cometían los polacos contra los alemanes, y amenazaba con una inmediata revancha, la gente en general no disimulaba su temor a la guerra y se asía a una remota esperanza de paz.

Un amigo mío me había invitado a su casa a tomar el café. Se encontraban allí, además, dos señoras invitadas, parientes de mi amigo.

Ineludiblemente la conversación recayó sobre el tema de actualidad: la inminencia de la guerra. Como en otras ocasiones, en ésta también volvía yo a oír expresarse la misma esperanza de que Inglaterra encontrara una solución pacífica; pero mi amigo, más razonable que muchas otras personas, pensaba que el caso era de suma gravedad, y que Inglaterra no iba a pasar por una nueva acometida de Hitler. Y adivinando quizá los horrores que iban a acontecer, me decía más o menos lo siguiente: "La verdad es que Danzig y el 'Corredor' no justifican la guerra general que va a desencadenarse; pero ¡ay del que se atreva a expresar esta opinión!".

A punto que las dos señoras se acercaban, mi amigo y yo comentábamos la situación y yo le decía que a mi juicio este conflicto de odio y de guerra no era sino la crisis de una civilización cuyo móvil fundamental había sido y era el deseo de poder, la sed de dominación cuyo caso agudo era el presente, y que para mí eso causaría la ruina general de Europa. Una de las señoras asintió conmigo; pero la otra rápidamente me contestó en tono violento, más o menos en estos términos: "¡No, mi Führer no está movido por el afán de poder, sino por el sentido de justicia! ¡Si lo guía el afán de poder, éste es el poder del espíritu!"

Le respondí que no veía yo dónde estuviera el poder del espíritu en el afán de dominar a otros pueblos, cada uno de los cuales tenía derecho a ser libre; ella me replicó que sí era el poder del espíritu, puesto que se trataba de imponer el derecho de la cultura, etcétera.

El tono en que hablaba se iba violentando más; me disponía a contestarle, cuando noté que mi amigo se angustiaba y nos instaba a que calláramos. Inmediatamente me di cuenta de la situación, y no respondí más. Al mismo tiempo la otra señora invitó a mi interlocutora a ir al jardín con algún pretexto.

Cuando mi amigo y yo quedamos solos, él me dijo:

> La señora es nazi, y es absolutamente inútil que usted quiera discutir con ella; es imposible hacerlos entrar en razón; están tan convencidos o encaprichados en sus ideas que querer que piensen sobre ellas es como pretender rayar una roca de granito con la uña. Además, es peligroso; yo le ruego a usted que al salir de aquí olvide todo lo que hemos conversado, y que nuestros nombres no se mencionen para nada sobre este particular.

Era pues cierto, como ya lo había oído yo decir infinidad de veces, que bajo el régimen actual en Alemania, ni en el seno de los hogares se puede pensar ni hablar con libertad, por temor a las consecuencias; la actitud de mi amigo por lo que acababa de pasar me lo demostraba.

En esta vez, como en otras, había podido observar cómo los nazis entraban en un estado de irritabilidad y de violencia, apenas alguien

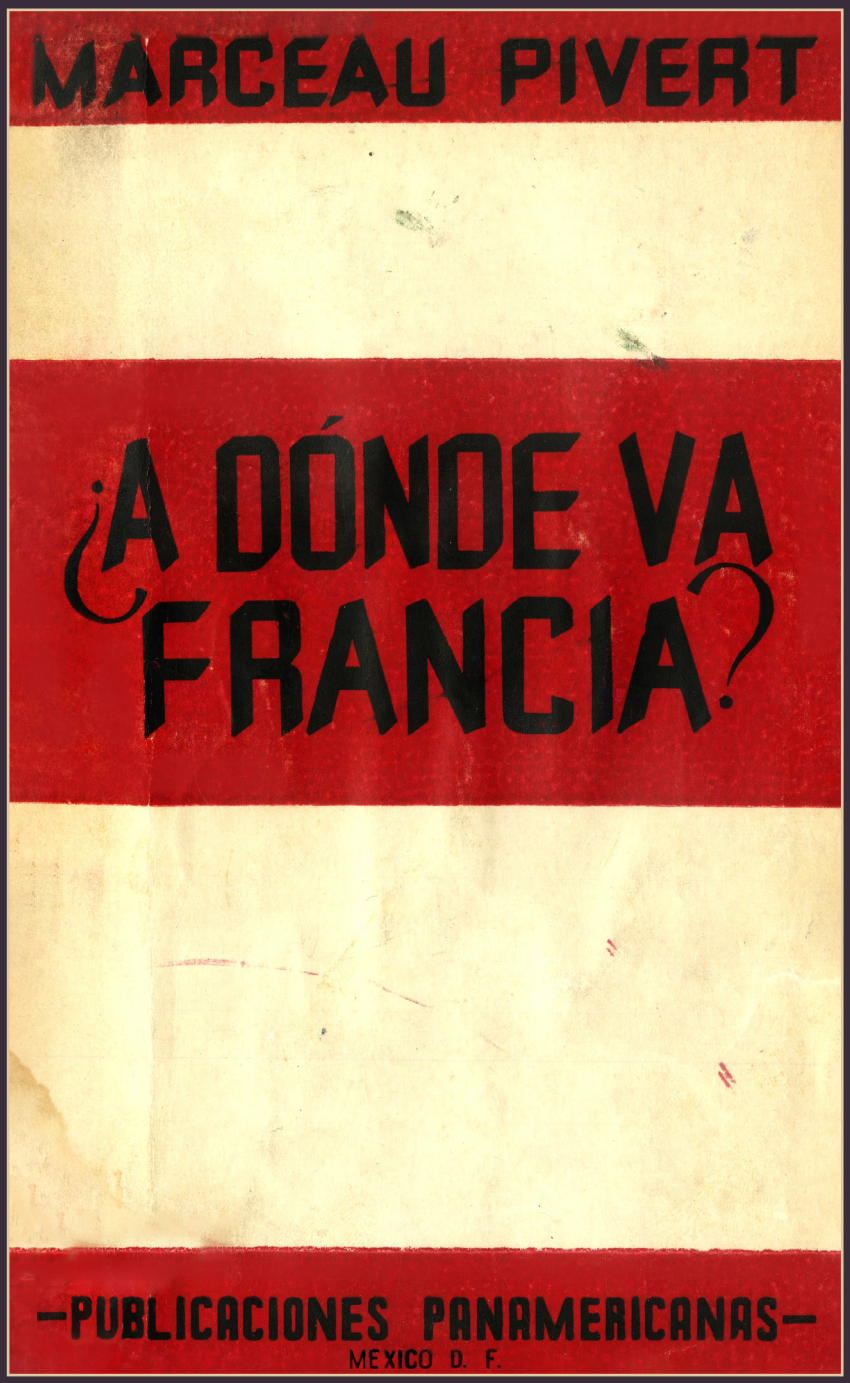
ponía en tela de juicio sus doctrinas o sus propósitos, como si con ello quisieran ocultar lo absurdo de éstos.

Muchas veces he recapacitado, después de incidentes semejantes a éste, sobre el origen de esta creencia de los nazis, de este nuevo dogma que afirma el derecho de la "cultura" nazi para imponerse sobre las demás, y sobre todo, me he preguntado cuál puede ser el sentido de esta nueva "cultura". Después he encontrado ideas reveladoras en las palabras del mismo Hitler. Tales por ejemplo, las que cita Hermann Rauschning en su libro *Hitler me dijo*, en el cap. XXXVII:

> La Providencia me ha designado para ser el gran libertador de la Humanidad. Libero al hombre de la sujeción de una razón que querría ser su propia finalidad; lo libero de una envilecedora quimera que llaman conciencia o moral y de las exigencias de una libertad individual que pocos hombres son capaces de soportar.
>
> A la doctrina cristiana de la primacía de la conciencia individual y de la responsabilidad personal, opongo la doctrina libertadora de la nulidad del individuo y de su supervivencia en la inmortalidad visible de la nación. Suprimo el dogma de la redención de los hombres por el sufrimiento y por la muerte de un Salvador divino, y propongo un dogma de la substitución de los méritos: la redención de los individuos por la vida del nuevo Legislador-Führer que viene a aliviar a las masas del fardo de la libertad.

Tal es en suma el sentido de la cultura del totalitarismo, llámese este comunismo, fascismo o nazismo, el que, para su existencia misma, exige como medio y fin el aniquilamiento de toda dignidad humana, la negación del individuo y la esclavitud de las masas, bajo la autoridad todo poderosa del Führer, del Dictador.

México, 22 de junio de 1940.



Portada del libro de Marceau Pivert, *¿A dónde va Francia?*, México, Publicaciones Panamericanas, 1940.

IV. Crueldad

La crueldad atrae a las gentes… La crueldad y la brutalidad… ¡Y vienen ustedes a hablarme de crueldad y a indignarse por chismes y cuentos de torturas! ¡Pero si es precisamente lo que quieren las masas! Tienen necesidad de temblar…

HITLER

Hacia fines de septiembre de 1939 estaba consumada la destrucción de Polonia; poblaciones grandes y pequeñas habían sido aniquiladas sin piedad, con lo cual se había empezado a poner en acción la satánica táctica ideada en el seno del nazismo alemán, de bombardear a la gente civil, niños, mujeres y ancianos, como medio el más eficaz, según aquél, para hacer flaquear el ánimo de los combatientes.

En esos días me encontraba en Alemania, y cierta vez, a pesar de mi repugnancia, se me ocurrió ir al cine. Como ya me lo esperaba, precedían a la película principal, las revistas de los acontecimientos del día: la guerra con Polonia. Se presentaban las ciudades destruidas, los soldados polacos conducidos prisioneros, y los grupos de judíos maltratados y escarnecidos desempeñando trabajos forzados; igualmente grupos de mujeres y niños azorados ante el paso de las tropas alemanas.

Para mí era ya una muestra de bajeza que se presentara al público como señal de victoria tales escenas de destrucción y de humillación

hacia el vencido; pero aún más repugnante me pareció la reacción del público: risas y burlas, especialmente cuando aparecían los grupos de judíos llevados a empellones, obligados a trabajar como zapadores, bajo las botas de los soldados que los vigilaban.

Ante las risotadas del público, no pude menos de considerar el abismo de crueldad hasta el fondo del cual el régimen nazi ha empujado a entes que quizá en un tiempo fueron buenas y misericordiosas. Tal es para mí el efecto pernicioso de la teoría hitleriana, según la cual, la crueldad no sólo es una poderosa arma política, sino que ha de ser la virtud por excelencia del pueblo fuerte (el alemán) que sin piedad ha de sojuzgar al mundo. Por eso Hitler se empeña en educar a "su pueblo" en la crueldad, principalmente a los jóvenes, por medio del cine, la escuela, la prensa y los actos diarios del régimen, entre los cuales ocupan lugar importante las persecuciones, el sistema de castigos en los campos de concentración y la obligación impuesta a todo nazi de denunciar a quien se oponga al régimen o piense diferentemente de él. Por lo demás, el odio al judío ha existido desde antes, con pocas excepciones, en el corazón de cada alemán, y la persecución al judío emprendida por Hitler desde el comienzo de su régimen fue una de las primeras cosas que le atrajeron popularidad.

A propósito de esto, cito un párrafo del capítulo XXXIX del libro que otras veces he mencionado, de Hermarin Rauschning *Hitler me dijo*, que contiene las apreciaciones del autor; dice así:

> La reacción del pueblo alemán ante los progromos del otoño de 1938, ponen de manifiesto hasta dónde lo ha conducido Hitler en cinco años y hasta qué punto lo ha envilecido. "¿Qué puede importarnos eso? Apartad la vista si ello os causa horror. ¡Es el destino de los judíos y no el nuestro!". Tal era la actitud de los transeúntes cuando aquellos seres humanos apenas vestidos, ancianos, enfermos, mujeres, eran cazados por las calles. El endurecimiento del corazón y de la sensibilidad, el miedo que inspiraban los amos todo poderosos, habían acallado los sentimientos naturales de indignación ante tal envilecimiento del hombre. Pero el antisemitismo no se había hecho más popular.

Por mi parte, aunque desde años antes he tenido ocasiones repetidas de comprobar que aun los alemanes que he juzgado del mejor corazón y de cultura, en tratándose del problema judío se mostraban despiadados e insensatos, en estos días de tragedia en que me ha tocado estar en Alemania, no podía menos de considerar con amargura e indignación mal contenida las palabras que oía frecuentemente en las conversaciones sobre la "cultura" nazi, al mismo tiempo que presenciaba las muestras públicas de la persecución contra el judío; en efecto, hablaban muy poco en favor de la pretendida "cultura", las sinagogas incendiadas, las casas de judíos destruidas o saqueadas, los letreros que por todas partes se leían en comercios, cines, teatros y otros lugares públicos, en que se prohibía en éstos la presencia de los judíos, y otras cosas por el estilo. Y no digamos la quema de libros de autores judíos con que se inició la persecución y a la cual fueron obligadas a contribuir personas privadas e instituciones públicas.

México, 24 de junio de 1940.

v. Un nuevo orden social

Me toman por un salvaje, por un bárbaro…
Pues sí, somos los bárbaros y queremos ser los bárbaros. Es un título honroso. Somos los que rejuveneceremos al mundo. El mundo actual toca a su fin. Nuestro único cometido es saquearlo.

HITLER

Era poco antes de la guerra. Asistía a unas conferencias científicas en Alemania. En una de las primeras reuniones me tocó sentarme junto a una señora con quien ya me había encontrado antes, y quien parecía dispuesta a entablar amistad conmigo. A poco de estar conversando nos levantamos para ir a buscar a otras personas, y queriendo yo reservar mi lugar, me disponía a dejar allí mi portafolio. La señora me dijo inmediatamente en voz baja: "No deje usted su bolsa, es muy peligroso". Me sorprendí y le contesté que entre aquellas personas nada podía perderse: "No es eso —me dijo— es que todo está invadido de espías y le revisarían sus papeles apenas nos alejáramos". Me pareció exageración de la señora; pero ella insistió diciéndome: "Observe usted lo que hacen todos; nadie se separa de sus portafolios; usted no sabe hasta qué punto hemos llegado bajo el régimen; todos desconfiados de todos". Obedecí; pero seguía yo diciéndole que quizá no era para tanto; y esto no porque no lo creyera, sino porque se me

ocurrió inmediatamente que aquella señora podría ser una espía que me estaba provocando a hablar para tomar nota de mis opiniones.

Pudo no ser así; pero por desgracia es una verdad que, en un régimen de espionaje, nadie sabe si el que pretende ser o hacerse amigo lo hace para poder espiar mejor, y si el que se acerca como víctima es en realidad un victimario. Todos desconfían de todos; así me lo habían ya advertido algunos antiguos amigos, y así lo decían letreros fijados por todas partes en lugares públicos: "no hable usted; ¡puede haber espías que lo escuchen!", o en términos parecidos. Y no podía yo menos de preguntarme: ¿Es ésta una vida civilizada?

En otra de las reuniones sociales me acerqué a tomar asiento entre un grupo de personas en que se encontraba un arqueólogo que hacía exploraciones en el cercano Oriente. Después de las presentaciones, uno de los del grupo me dijo en tono de guasa, señalando al arqueólogo: "El doctor X es un arqueólogo procedente de Palestina". El aludido, comprendiendo el juego de palabras, protestó inmediatamente en estos o parecidos términos: "¡Cuidado!… que gracias a Dios, no soy judío"…

Como yo ya estaba enterada de la absurda teoría racista sostenida por los nazis, en nombre de la cual quizá protestaba el aludido, aquello me produjo malestar, y respondí:

> Si usted fuera judío sería un ser humano como todos nosotros, un hijo de esta tierra como todos, y con derecho a vivir en ella, como todos. Lo que yo no querría ser es quien les negara a los judíos ese derecho; además de que nadie que haya nacido en este planeta puede irse a vivir a Marte.

Con expresión entre risueña y seria, me dijo que ya estaba yo saliendo con filosofías, pero que la realidad era otra.

En seguida el mismo señor estuvo conversando sobre sus hallazgos arqueológicos, que mostraban la existencia de una antiquísima cultura en cierta zona de la Transjordania. Esto dio motivo para que se hablara sobre culturas y sobre el concepto de cultura. Yo dije que aún no había nacido la verdadera cultura, que era aquella del intelecto y

del sentimiento aunados; aquella en que la dignidad del hombre y el reconocimiento de todo derecho humano constituyeran la base de la convivencia entre los hombres, y que no podía llamarse cultura aquella cuyo fin y medio fuera la ambición de poderío y de dominación sobre los otros pueblos, y la negación del derecho de los otros, y que tal llamada cultura sería tanto más perniciosa cuanto al servicio de sus ideales se tuviera una técnica perfeccionada; que para mí, en el pasado, sólo el pueblo griego era el que había logrado realizar un esbozo de la verdadera cultura, en el sentido en que estábamos hablando.

Mi interlocutor se asombraba de que alguien negara que en la actualidad se estuviera viviendo allí una época de cultura. Me sonaban huecas sus argumentaciones; pues ¿cómo puede haber cultura allí donde por miedo o por odio el hombre es enemigo del hombre y cada uno desconfía de su vecino? Y precisamente en aquellos días y a cada paso, los actos de indignidad y de barbarie le salían a uno al encuentro: el espionaje, la amenaza, la supresión del pensamiento libre, la glorificación forzada al dictador, las huellas de las persecuciones, la expulsión en los centros y actividades de cultura, de todos los grandes profesores, judíos o no judíos, que fueron la honra de Alemania, y que precisamente por grandes se negaron a participar en la barbarie; los vacíos que ellos han dejado al separarse o ser separados de sus puestos aún no han podido ser llenados por las mediocridades del Partido.

Por lo demás me parecía extraño que allí estuvieran defendiendo la cultura de la época, cuando precisamente es Hitler quien públicamente desprecia a los hombres de cultura o más bien sólo llama cultura del nuevo orden social a aquello que sirva para afianzar el poder de los elegidos, de los que comulguen con su régimen. En este sentido son maravillosamente claras las palabras de Hitler, que Hermann Rauschning asienta en varios capítulos de su libro ya citado otras veces, *Hitler me dijo*; véanse por ejemplo los últimos párrafos del capítulo VI:

> …Quien a mí se una está elegido por el hecho mismo de su adhesión y de la calidad del concurso que me aporte: ésta es la gran significación revolucionaria de nuestro largo y tenaz combate por el poder, que implica el nacimiento de una nueva clase de jefes, llamados

a dirigir, no sólo los destinos del pueblo alemán, sino hasta los del mundo entero…

Voy a deciros, camaradas, qué aspecto tendrá el futuro orden social: habrá una clase de señores, procedentes de los elementos más diversos, que se habrá reclutado en el combate y hallará así su justificación histórica: habrá la multitud de los diversos miembros del Partido, clasificados jerárquicamente y que formarán las nuevas clases medias y habrá también la gran clase de los anónimos, la colectividad de los servidores *ad aeternum*… "Y aún más abajo, veremos la clase de los extranjeros conquistados, la clase de aquellos a quienes llamaremos fríamente los esclavos modernos"…

Y así llego a lo que se llama cultura o educación. Tan cierto como que los planes sobre que hemos discutido esta noche no deben ser conocidos por los simples militantes del Partido, lo es el que hay que terminar de una vez con lo que llaman instrucción general…

La libertad total de la instrucción es privilegio de la clase más selecta y de aquellos que esa clase admita en su seno…

México, 25 de junio de 1940.

VI. "Ario" o "no ario"

No puede haber dos pueblos elegidos. Nosotros somos el pueblo de Dios. En esas palabras está todo… Dos mundos se enfrentan. El hombre de Dios y el hombre de Satán… El judío es la criatura de otro Dios… el ario y el judío, yo los opongo el uno al otro, y si doy a uno el nombre de hombre, debo designar al otro de otra manera…

HITLER

Ya desde 1936, al volver a Alemania, me había sorprendido de oír ciertas expresiones racistas que parecían estar en boga entre los alemanes, al referirse a las personas. Por ejemplo, al preguntar yo por una amiga, a otra, ésta me contestó: "Sabe usted, que como es 'no-aria'…; y de otra: "Pues tal persona, que es 'aria'…, etcétera".

Muchas veces el hecho de ser "ario" o "no-ario" no venía al caso, por lo cual aquellas respuestas me daban la impresión de constituir ya una manía, la de ya no poder pensar en un ser humano sin clasificarlo en "ario" o "no-ario". Y es que para esa época ya el nazismo había llevado a cabo las primeras persecuciones antisemíticas, y había logrado fanatizar a las gentes, salvo honrosas excepciones, con sus teorías racistas.

Cuando fui a Egipto, en 1937, una excelente amiga mía, alemana, con el fin de ayudarme, me dio direcciones de personas alemanas que vivían en El Cairo, a quiénes podría yo visitar, y me decía: "Fulano de

Tal, excelente persona, es 'ario', Zutano le puede ser útil, es 'no-ario'; Mengano, 'ario', pero casado con una señora 'no-aria'…, etcétera".

Cada vez que oía yo semejantes expresiones y distingos se me ocurría pensar si quienes las decían estarían hablando en serio, o sólo cubriendo las exigencias de la propaganda u obedeciendo la consigna. Y sobre todo, resultaba un tanto cuanto ridículo eso de que me recomendaran a una persona por ser "aria", o me advirtieran de que era "no-aria", a mí, mexicana mezclada de sangre, y por tanto (aunque no judía), "no-aria" en el sentido lato del término y, en consecuencia, de raza inferior, según el nazismo.

A este propósito, me pasaron ciertos incidentes chuscos en algunos hoteles y casas de asistencia de Alemania y de Italia (porque ya Italia imitó a Alemania). Debe uno llenar ciertas papeletas que exige la Policía, en que se ponen las generales del huésped, y, entre las cosas que se preguntan, hay ésta: "¿Es usted ario? ¿No-ario?" De propósito preguntaba yo: "¿Qué quieren decir con ario?" "De raza germana". "¿Y qué con noario?" "Judío o descendiente de judío", me respondían. Entonces escribía yo en el espacio señalado: "Ni ario, ni no-ario". "¡Cómo!", me decían, "esa respuesta no se admite". Entonces ponía yo: "Mexicana". "No, no queremos la nacionalidad, sino la raza", me objetaban; entonces agregaba: "raza mexicana".

Algunos me toleraban la respuesta "ni ario ni no-ario"; otros, en Italia, me pedían que por lo menos la sustituyera poniendo si era católica o no, y por último, otros se conformaban con lo de "mexicana". En el barco italiano en que volví, hubo que llamar al Comisario para ver si se aceptaba lo de "raza mexicana"; él dijo: "¡Ah, sí! los incas". "No, le dije, no soy del Perú, sino de México; soy de raza mexicana o azteca". Al oír la palabra azteca, se le iluminaron los ojos como quien ya no anda perdido, y dijo: "Azteca, sí, una gran raza; admítanle la respuesta que da". Hay que advertir que el barco venía lleno de fugitivos "no-arios".

En uno de los hoteles italianos en donde me ocurrió cosa semejante, les dije: "Pero sinceramente, ¿creen ustedes en esa ilusión o tontería de 'raza-aria'?" "No —me dijeron—, pero qué quiere usted, así lo ordenan y uno debe recoger el dato para la Policía".

No sé cómo saldrán del paso con las papeletas cuando se trate de un japonés, chino, negro, eslavo u otros; que tampoco son "arios" ni "noarios". Y sobre todo, ¿qué escribirá un siciliano o un español del Sur, cuando sean morenos, que los hay en abundancia? Pues siendo morenos seguramente tendrían mezcla de sangre árabe o de otro grupo "no-ario" del Mediterráneo. Bien se cuidarán tales gentes, bajo el régimen nazista o el fascista, de declarar que son "no-arios", como en efecto lo son, según la teoría racista, y por lo mismo, expuestos al peligro de la depuración o a cualquiera otra consecuencia a que los sujete su "inferioridad racial".

Como una reacción natural de esta propaganda racista, muchas mujeres de pelo negro, en Alemania e Italia, que tomaron muy en serio la teoría, comenzaron a pintarse el pelo de ario, y ese fue el origen de la moda de las mujeres rubias que se extendió rápidamente en estos tiempos en los dos países mencionados.

Pero, en fin, ¿cuál es el contenido de esa teoría racista del nazismo? Por ahora, baste citar aquí unos párrafos del libro de Hermann Rauschning, *Hitler me dijo*, capítulo XXXVIII, con las palabras de Hitler:

> …Dejad la nación a los demócratas y a los liberales… La substituiremos por un principio más nuevo, el de la raza… Ya no se tratará de competencia de naciones, sino de lucha de razas: es la noción que debemos inferir.
>
> …Naturalmente, yo sé también como vuestros intelectuales, vuestros pozos de ciencia, que no existen razas en el sentido científico de la palabra. Pero usted (hablaba con Rauschning) que es un agricultor y un ganadero, debe tener en cuenta la noción de raza sin la cual toda selección sería imposible. Pues bien, yo, que soy un hombre político, tengo también necesidad de una noción que me permita disolver el orden establecido en el mundo y oponer a la historia la destrucción de la historia… Para llevar a cabo esta labor, la noción de raza es utilizable… Con la noción de raza el nacional-socialismo conducirá su revolución hasta establecer un orden nuevo en el mundo.
>
> …La selección activa de las naciones, es decir, los escogidos combatientes, el elemento nórdico, volverá a tener la supremacía y pro-

veerá de amos a todos esos tenderos, esos pacifistas, esos puritanos y esos hombres de negocios que acaparan hoy el poder. No habrá más Dios de los judíos (refiriéndose al Dios del Cristianismo) para proteger las Democracias contra nuestra Revolución…

México, 1o. de julio de 1940.

VII. El dogma racista

Cuando voy a lanzar en el huracán de hierro y fuego de la futura guerra, la flor del germanismo, sin experimentar la menor pena, por la preciosa sangre que va a correr a torrentes, ¿quién podrá discutirme el derecho de aniquilar a millones de hombres de razas inferiores que se multiplican como insectos, y a los cuales no exterminaré, sino que impediré sistemáticamente su procreación?…

HITLER

Desde años antes, en Alemania, solía yo consultar a un médico quien por su apellido, según alguien me decía, podía ser judío o eslavo. Nunca me interesó averiguarlo; lo esencial para mí eran sus grandes dotes de médico, casi una notabilidad.

Todavía volví a verlo en 1937, y aunque nunca me expresó nada sobre su situación privada o pública, me dejó entender su deseo de encontrar una posibilidad de salir del país, "porque ahora las cosas no son como antes", me dijo.

Cuando volví a Alemania en 1939, lo busqué en vano. ¿Había salido del país? Si era realmente judío, ¿había sufrido la persecución? Nunca lo supe.

Entonces acudí a una amiga para que me llevara con su antiguo médico. "Lo siento mucho —me dijo—; ese médico es judío y le está prohibido recibir a clientes arios; si yo voy a verlo, aunque sea para llevarla a usted, nos castigarían a él y a mí. Ese asunto está muy bien controlado por la Policía, quien al momento sabría que hemos ido a verlo".

Me tocaba, pues, enterarme de cerca, de una de tantas formas en que, en nombre del racismo nazi, se acosaba a los judíos: el boicot económico y moral a la vez.

¿En qué consiste pues, esa teoría racista? Puede resumirse en los términos siguientes, según se infiere de toda la literatura alemana al respecto, inclusive el libro de Hitler, *Mi lucha*. He aquí el dogma:

La raza aria (a veces dicen "la nórdica"), de ojos azules y pelo rubio, es la raza superior; ella ha sido la única capaz de fundar una gran civilización. Las otras razas son inferiores, contándose entre ellas no sólo las de color (amarilla, morena y negra), sino también la eslava y los pueblos blancos asiáticos, entre ellos los semitas. El antípoda del ario es el judío.

> Por ser la raza aria la superior, la fuerte, tiene el derecho de dominar a los demás.

El pecado que ella ha cometido, es el de haberse mezclado con las otras razas, principalmente con la eslava y la judía. Por haberse judaizado gran parte de los pueblos europeos, ha degenerado, como Inglaterra, Francia, Austria (de España y de Italia nada dicen por ahora los exponentes del nazismo). Los otros pueblos europeos, al Este de Alemania, también son inferiores o degenerados, ya por ser eslavos o por haberse mezclado con ellos.

En donde la sangre aria guarda un porcentaje mayor de pureza, es en Alemania (sigue diciendo el dogma); por eso es que de allí ha de salir el pueblo elegido, el dominador del mundo. Para ello es menester purificarlo; ¿cómo?, preservando a los grupos puros del contacto con los impuros; de allí la necesidad de expulsar a estos, de perseguirlos,

de no dejarlos prosperar. Pero eso no basta; se necesita extirpar de las familias los miembros dañados; urge separar de ellas a los intrusos, a los mezclados de sangre judía hasta la tercera generación. —Y así es como se ha obligado a muchos matrimonios a divorciarse cuando uno de los cónyuges era judío o tenía sangre judía, aunque fuera por un solo ascendiente distante tres generaciones. Igual suerte deberán sufrir los hijos de tales matrimonios. Me tocó saber de casos dolorosos, verdaderos dramas familiares.

Al mismo tiempo que purificar a los grupos arios, hay que templarlos preparándolos para la dominación del mundo. ¿Cómo? En la dureza y la crueldad, especialmente a los jóvenes. Para ello es necesario romper con todos los escrúpulos de un ridículo humanitarismo, fruto de una civilización corrompida y débil, y retroceder hasta las fuentes mismas de la fuerza, que es el instinto.

Estos pensamientos se encuentran dispersos en los discursos y en la literatura racistas. Léase, por ejemplo, lo que Hermann Rauschning dice en su libro *Hitler me dijo*, transcribiendo palabras de Hitler:

> Es con la juventud que iniciaré mi gran obra educadora. Nosotros los viejos estamos ya gastados. Sí, somos ya viejos y estamos echados a perder hasta la médula. No tenemos ya instintos salvajes. Somos cobardes, sentimentales…
>
> Mi pedagogía es dura. Trabajo con el martillo y desecho cuanto hay de débil y carcomido. En mis "Burgs" de la Orden, haremos crecer una juventud ante la cual el mundo temblará. Una juventud violenta, imperiosa, intrépida, cruel… [Capítulo XLI].

Consecuencia lógica del racismo nazista es su odio y su desprecio hacia el cristianismo, especialmente hacia, la Iglesia Católica, a la que ha considerado como producto del genio judaico. La guerra de exterminio que le tiene declarada comenzó en Austria, y se lleva con todo rigor en las zonas polacas y checas, a partir de la ocupación alemana. La Iglesia Católica es, además, un poder frente a frente, y esa es efectivamente la razón del odio nazi contra ella. En realidad, la teoría nazis-

ta es solamente un medio, como otros, de encubrir la aspiración insaciable de poder y dominación de quienes la sostienen. Por eso es que el arianismo evolucionó inmediata y naturalmente hacia el germanismo; eso se ve claramente en las afirmaciones y en los hechos del nazismo.

México, 2 de julio de 1940.

VIII. "Heil Hitler"

Por otra parte no hacía más que esbozar su "revolución";
se reservaba las últimas perspectivas y se complacía
en mantener un temor universal al super-hombre
que él se creía ser. Pero la impresión que se llevaba el
interlocutor después de esas semiconfidencias, es que
Hitler se aproximaba peligrosamente al límite que el propio
Nietzsche había franqueado cuando se anunció como nuevo
Dionisio y la encarnación del Anticristo.

RAUSCHNING

Cuando en 1936, al volver a Berlín, comencé a recorrer la ciudad, observé desde luego las grandes cantidades de retratos de Hitler y de sus próximos auxiliares, que se exhibían por todas partes, en las vitrinas de las tiendas y de otros edificios públicos; al presentarme en algunos centros de estudio, observé los mismos retratos exhibidos a profusión. Por donde quiera que se volvía la vista, se encontraba uno con las mismas efigies en actitudes y situaciones multiplicadas al infinito. Era sin duda una de las muchas formas de propaganda del mismo gobierno nazi para impresionar a las mentes débiles, arrastrándolas a la corriente de alabanza y glorificación obligada hacia los jefes del régimen.

Luego comencé a notar cómo el saludo adoptado en ciertos lugares y circunstancias ya no era el acostumbrado "buenos días", "cómo está

usted", u otra de las fórmulas que en todo el mundo normalmente se usan, sino el "Heil Hitler" (levantando el brazo), como quien dice: "Salud a Hitler, alabado sea Hitler, gloria a Hitler"… (Nótese que no se trata de rendir homenaje y mostrar sumisión a una idea, a una doctrina, a un principio, sino a un individuo).

En igual forma se hacía la despedida; ni qué decir que los empleados públicos (fáciles víctimas del despotismo en todas partes donde hay despotismo gubernamental) y los miembros del Partido, no saludaban ni se despedían en otra forma, sino con el "Heil Hitler", y no solamente al encontrarse por primera vez durante el día, sino cada vez que tal cosa acontecía.

A pocos días de haber llegado yo, y de estar frecuentando una institución pública, vi que se fijó en los lugares visibles de ella, un aviso que decía más o menos así: "Se avisa que de hoy en adelante todos los que aquí concurran quedarán obligados a saludar con el "Heil Hitler" (supongo que no rezaba con los extranjeros); igual aviso se fijó en el restaurante de la institución.

Otra vez, estando yo de visita en una institución de intercambio estudiantil, conversando con el jefe de la oficina, entró a la misma sala un amigo mío, que bien sabía yo que no era nazi; se apresuró, como todos, a saludar con el "Heil Hitler", y en igual forma se despidió. A los pocos días lo volví a ver, y en la confianza de la amistad me dijo, un poco apenado: "Le habrá extrañado a usted mi saludo aquel de 'Heil Hitler'. ¡Qué quiere usted! He tenido que hacerme miembro del Partido para escabullirme de ciertas sospechas y para asegurar mi empleo". Al oír estas palabras, recordé que idéntica cosa sucedía, no solamente allí, sino en todas partes donde el totalitarismo, confesado o disfrazado, hasta con el manto de la Democracia, se valía de los mismos medios para ultrajar la dignidad y el derecho humanos, para alcanzar los mismos fines.

Todo eso que veía y oía me hacía pensar que quizá en un principio el tal saludo se había impuesto a los miembros del Partido, para distinguirse entre sí; pero que después se habría hecho también obligatorio para todos los que de algún modo dependieran del gobierno; y que

ahora ya la obligación se extendía a todas las gentes donde quiera que se les podía controlar.

Cuando volví a Alemania, en 1939, la situación a ese respecto había progresado; por todas partes, aun en las tiendas, al entrar y salir, las gentes se cambiaban entre sí el "Heil Hitler"; en las reuniones científicas a las que estuve asistiendo entonces, los concurrentes alemanes se hacían el mismo saludo, y hasta algunos conferencistas alemanes, al comenzar su conferencia y al terminarla, saludaban con el "Heil Hitler" o con sólo el ademán. De tal manera se había extendido la obligación, que ya era difícil saber quién era nazi o simpatizador del nazismo, y quién no lo era, por lo menos en un grado tal de entusiasmo; se tenía además la impresión de que quien no hiciera tal saludo se señalaría como poco afecto o desafecto al régimen.

Así fue cómo lo que seguramente comenzó por ser una forma adulatoria en el seno del Partido, para la persona del Führer, y un medio de propaganda, después acabó por convertirse en un modo de obligar a todos a confesar en público su admiración y sumisión, fingida o sincera, para Hitler. Pocas veces había yo presenciado una glorificación tan extravagante exigida por el mismo a quien se glorifica y una obediencia tan pasiva de las gentes. Para quienes estiman en algo eso que se llama dignidad humana, posible solamente entre seres libres, tal glorificación obligada hacia quien no se ha distinguido precisamente por lo que se considera grande y noble en el sentido humano, por la sana razón y el consenso universal, ha debido ser algo intolerable por repugnante, como lo es todo acto de bajeza. Así lo sentían muchos; pero no podían o no se atrevían a hacer otra cosa.

Por lo demás basta este solo detalle, al parecer el menos ofensivo de los que ha inventado el régimen, para mostrar en toda su perversión el sentimiento de inmensa egolatría de los dirigentes, egolatría que no podía menos que conducir a lo que ha conducido y está conduciendo: a una especie de desequilibrio mental, en que los glorificados, con el fin de satisfacer su orgullo personal y nacional, no han vacilado en arrojar al mundo a la más monstruosa de las matanzas, dejando con ello millones de hogares aniquilados; de niños sin padres; de mujeres sin maridos; de madres y padres sin hijos y desamparados; de seres hu-

manos sin patria, dispersados por el mundo, y de corazones llenos de desesperación y de odio. Estos son los frutos legítimos de una mente embriagada con la idea de su propia grandeza, como lo dice Hermann Rauschning en su libro *Hitler me dijo*, citando las mismas palabras del Führer:

> Pero yo quiero la guerra, y todos los medios serán buenos para mí… La guerra será lo que yo quiera que sea. Yo soy la guerra…
>
> …¿Qué me importan a mí la dicha o la desgracia ajenas? [Capítulo XV].
>
> …Y si no podemos vencer, arrastraremos en nuestra lucha a la mitad del mundo y nadie podrá jactarse de una victoria sobre Alemania. [Capítulo XX].
>
> Pero para ellos podría recordarse la cita del Evangelio que Rauschning agrega: "No prevalecerán, porque su locura se ha hecho evidente a todo el mundo".

México, 11 de julio de 1940.

IX. La quinta columna

Acabáis de decirnos, repuso Forster, que se contaminaría a los enemigos desde antes de las hostilidades. ¿Cómo pensáis llegar a ese resultado en tiempo de paz? Por medio de agentes nuestros, por medio de inofensivos viajeros… Ahora y siempre ese será el procedimiento más seguro, el más eficaz que se haya encontrado hasta hoy…

HITLER

Hacia fines de septiembre de 1939 viajaba yo de Berlín a Múnich. Todos los que iban en mi compartimiento eran alemanes: un joven, quien por el aspecto general y el traje, parecía inglés; una joven; un oficial del ejército, y otras personas en quienes no puse mayor atención.

La conversación se inició entre la joven y el militar, y entre el joven que parecía inglés y yo.

Después de informarnos de nuestra nacionalidad y de otras cosas sin importancia, supe que él viajaba desde hacía tiempo: que había vivido en Moscú, en Francia, y últimamente en Londres, de donde había salido para Alemania al romperse las hostilidades. Ahora se dirigía a un pueblo del Norte de Italia, en calidad de turista, y pretendía estacionarse allí algunos meses, para descansar. Yo sabía que el gobierno nazi, desde hacía tiempo, restringía enormemente la salida de los alemanes, y que desde poco antes de que comenzara la guerra estaba

estrictamente prohibido para ellos abandonar el país, a menos que se tratara de causa mayor o del servicio nazi. Por eso me extrañó mucho que este joven hubiera podido conseguir el permiso de trasladarse a Italia, sin otra razón que la de irse a descansar, tanto más cuanto que, según él me decía, apenas acababa de regresar de una larga permanencia en Londres. Pero naturalmente no le pregunté nada al respecto.

A poco rato se apeó el militar, y la muchacha que platicaba con él se incorporó a nuestra conversación. Hablaba perfectamente el español. Nos dijo que desde hacía tiempo trabajaba en Madrid; que había venido a Berlín de vacaciones y ahora volvía a España, para donde tomaría el avión desde Roma; que le había costado mucho trabajo conseguir en Berlín el permiso de salida, pues la prohibición era estricta, y que ella la obtuvo gracias a que logró probar a satisfacción que su trabajo había quedado pendiente en Madrid.

Luego se conversó sobre el carácter de los españoles; dijo que eran simpáticos y hospitalarios; pero que, para el modo de ser de los alemanes, resultaban muy mal educados, muy bruscos. Luego recayó la conversación sobre los sucesos de la guerra. Tanto él como ella culpaban a Polonia de haberse resistido a las exigencias de Alemania, y por tanto, ¡de haber provocado la guerra! Ella era la culpable, y también Inglaterra. Repetían los mismos argumentos que la propaganda nazi ha empleado desde el comienzo del conflicto, para evadir toda responsabilidad. (¡Extraño y desvergonzado modo de acusar el victimario a sus víctimas!).

El joven agregaba que él no podía entender qué les podía importar a los otros pueblos lo que hiciese Alemania con Polonia o con otro país; ¡a ellos no les iba ni les venía meterse en asuntos ajenos! Al oír aquello yo me preguntaba si era cínico o inocente aquel modo de pensar; como quien dice: "¿Qué les importa a los demás vecinos que yo esté despojando y asesinando a algunos de ellos, uno tras otro? No les llega aún su turno a ellos". Y es que esa fue la táctica: a cada pueblo, aislado uno tras otro, empezando por los más débiles. Yo le decía que para mí, por el contrario, el atentado contra Polonia era la última oportunidad que les quedaba a Inglaterra y a Francia para intervenir. Él parecía o fingía quedarse perplejo.

Luego hablamos sobre la situación de Europa bajo las condiciones de aquel momento; yo les decía que la vida ya se había hecho imposible en medio de aquellas persecuciones, prejuicios raciales y odios religiosos (pues con igual saña[1] se ha perseguido a los católicos en ciertas zonas dominadas por el nazismo, que a los judíos), y atentados a pueblos débiles, que ninguna teoría o doctrina, por absurda que fuera, lograba justificar. "Pero usted nos está pintando un cuadro de los siglos oscuros de la Edad Media", me dijo la joven; "¿Y qué es lo que estamos viviendo sino una Edad Media?" le contesté. "¿Qué es sino barbarie y oscurantismo, el proclamar y practicar impúdicamente el derecho del más fuerte?"; "Qué otro sentido tiene la nueva doctrina del racismo y del *Lebensraum* ('espacio vital') que se han inventado para el propio provecho de quienes las han inventado? Se proclama el derecho de disponer de espacio territorial para vivir, pero se niega ese mismo derecho a los demás". Se dice: "me apodero de este territorio porque lo necesito o porque lo quiero, y si el pueblo al que se lo quito se opone, tanto peor para él, porque lo destruiré y lo acusaré de que se ha opuesto, para lo cual tendré cuidado de que ese pueblo sea siempre el más débil de la serie!". Ella, con un gesto como de quien dice "¡Y qué le vamos a hacer!", me respondió: "Pues sí, esa es la realidad, ¡así ha sido y así será!". Yo repliqué que si así era, por lo menos tuviéramos el valor de confesar que estábamos viviendo una época de rapiña y de mentira. La joven se levantó y salió rápidamente del compartimento. El joven, que permaneció junto a mí, me dijo: "¡Qué extraño! todos los americanos (del Continente Americano) piensan así como usted". Yo pensé para mí: "¡Qué extraño! todos ustedes están tan cegados por sus ambiciones de nación y de partido y tan envenenados por la propaganda, que ya no distinguen lo más elemental del derecho de gentes; han adoptado para lo internacional la mentalidad y la táctica del gánster,[2] y ya no lo notan!". Pero nada de esto dije, porque los momentos eran peligrosos y aún nos encontrábamos lejos de la frontera. Al llegar

1 Actualizado, en el original "zaña". N del E.

2 Actualizado, en el original "gángster". N del E.

a Múnich cambiamos de tren, y con eso, nos separamos; seguramente nos tocó proseguir el viaje en carros diferentes.

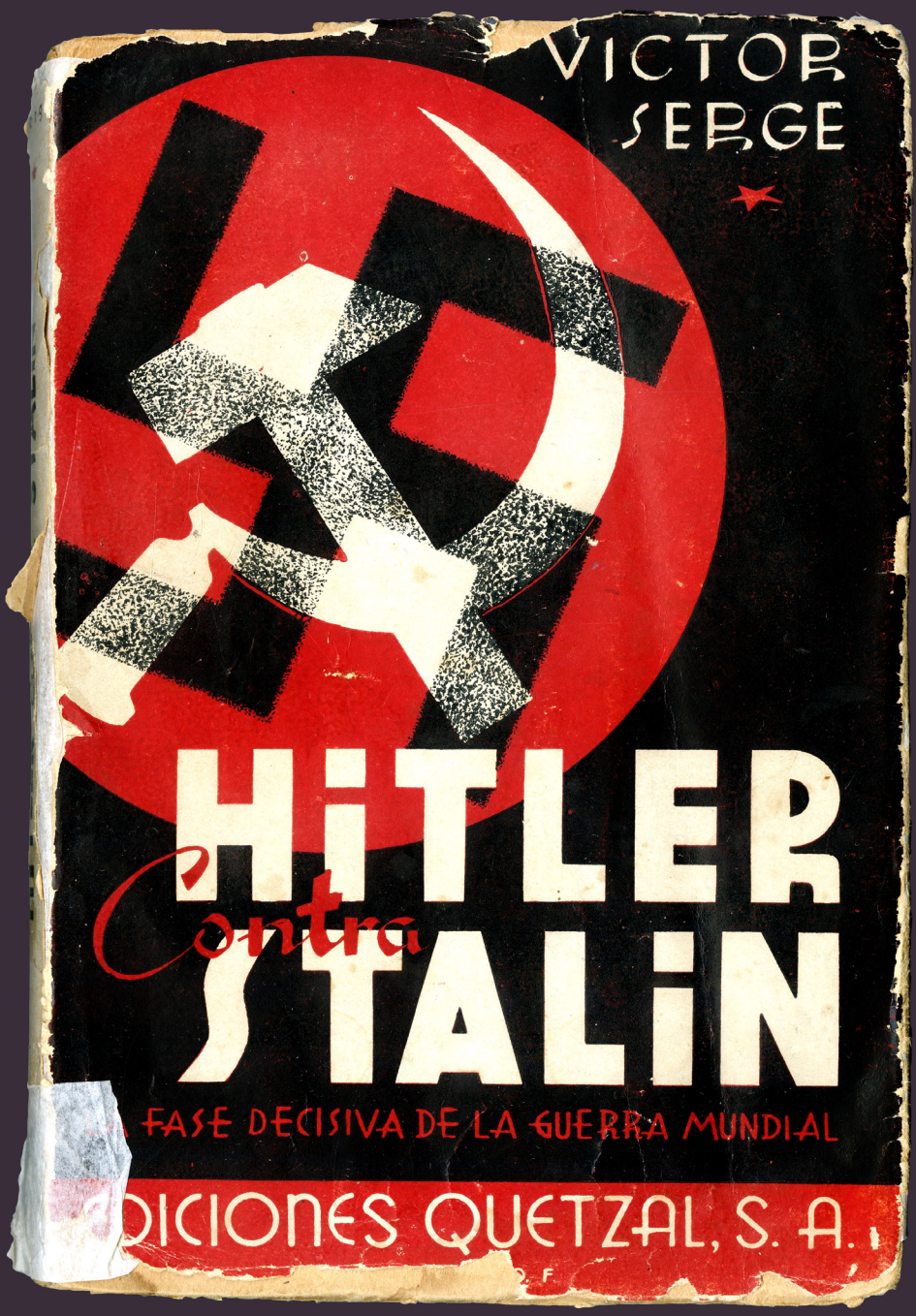
Después, cuando ya en Italia, observé hasta qué punto ésta se encontraba invadida de Norte a Sur, de alemanes, establecidos unos y turistas otros, pensé que aquél joven y aquella joven serían quizá unos de los muchos que iban engrosando aquella "quinta columna", inventada primeramente por el comunismo ruso. En aquel entonces aún no me había dado cuenta del grado en que ya se organizaba y trabajaba desde Alemania, bajo el nazismo, ese ejército nuevo e invisible, que ataca desde la sombra en el corazón mismo del país extranjero que ha sido escogido como futura víctima, en connivencia con elementos nacionales; sus componentes se encuentran entre los ya residentes de antemano en el país de que se trata, y entre los "refugiados" y "turistas" que paulatinamente han ido invadiendo el país escogido. Así sucedió, como es sabido, en Austria, Polonia, Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda, y aún en Francia e Inglaterra, y así están ya invadidas Italia y España, y algunos países balcánicos. Léanse al respecto las palabras que Hermann Rauschning atribuye a Hitler en su libro *Hitler me dijo*, capítulo I, precisamente refiriéndose a Francia:

> Si yo hago la guerra, Forster, puede ser que introduzca en plena paz tropas mías en París. Llevarán uniformes franceses, circularán en pleno día por las calles, donde a nadie se le ocurrirá detenerlos. Todo lo tengo previsto hasta en su menor detalle. Llegarán hasta el Estado mayor; ocuparán los Ministerios y el Parlamento. En unos minutos, Francia, Polonia, Austria y Checoeslovaquia quedarán privadas de sus dirigentes. Decapitados de sus Estados Mayores los ejércitos, y liquidados todos sus gobernantes, reinará una confusión inaudita. Pero yo estaré desde mucho tiempo antes en relación con los hombres que habrán de formar un nuevo gobierno de mi conveniencia. Hombres así los encontraremos en todas partes. No tendremos ni siquiera necesidad de comprarlos. Vendrán a buscarnos ellos mismos, impulsados por la ambición, por la ceguera, por la discordia partidarista y por el orgullo. Y aun antes de que estallen las hostilidades, quedará firmada la paz… Encontraremos suficiente núme-

> ro de voluntarios, suficiente número de hombres, como nuestros S. A., callados y prontos a todos los sacrificios. Los haremos pasar la frontera en tiempos de paz, en grupos pequeños, y todo el mundo pensará que son pacíficos viajeros. Hoy no me creéis y, no obstante, lo haré como os lo digo: los introduciré sección tras sección. Quizás aterricemos sobre los campos de aviación, pues en ese momento estaremos en condiciones de poder transportar por aire, no solamente hombres, sino hasta armas, y no habrá línea Maginot que nos pueda detener. Nuestra estrategia, Forster, consistirá en destruir al enemigo en el interior, en obligarlo a vencerse a sí mismo.

Los acontecimientos posteriores han venido a confirmar al pie de la letra las anteriores palabras, Francia no fue vencida por las armas sino por la intriga y la contaminación nazistas que, aprovechando todas las fuerzas de discordia, penetraron hasta el corazón de los que pidieron y ordenaron la rendición.

México, 12 de julio de 1940.



Portada del libro de Víctor Serge, *Hitler contra Stalin. La fase decisiva de la Guerra Mundial*, México, Ediciones Quetzal, 1941.

x. Propaganda obligada

Hitler había hecho alusión a los judíos de Viena…
Dijo riéndose que los judíos eran la mejor salvaguardia
para Alemania… Si las Democracias no querían levantar
su boicot, se resarciría sobre los judíos de todo el daño
que el boicot causara a Alemania…

RAUSCHNING

Era en los comienzos del presente año. Desde hacía tres o cuatro meses que, para continuar mi trabajo sin las inconveniencias de la guerra, había salido de Alemania y me había instalado en Italia. Por razones de mi ocupación, mantenía correspondencia con personas de varios países, de Alemania entre ellos. Por supuesto que toda correspondencia de entrada y salida en los países beligerantes es censurada, de suerte que por mi parte, como lo hacen todos, bien me cuidaba de escribir nada que no fuera relativo al asunto que me interesaba.

Por la época que menciono, recibí las respuestas de dos personas de Alemania. La primera, después de tratarme el asunto a que se refería mi carta, agregaba un parrafito que más o menos decía lo siguiente: "Aquí estamos perfectamente, trabajando con mucha tranquilidad; si no fuera por el oscurecimiento de las luces en las noches, no nos daríamos cuenta de que hay guerra; en cuanto a lo demás, nada nos falta" (se refería a materias de consumo de primera necesidad). Tal parecía que aquel señor aprovechaba la ocasión para hacer su propaganda conmigo, lo cual

no dejó de extrañarme, dada la seriedad del individuo. Por lo demás, yo sabía bien que aquello que me decía no era exacto, pues precisamente era de ciertos víveres de primera necesidad, ropa, y otras cosas, de lo que el público carecía casi en absoluto en Alemania; en primer lugar por el bloqueo, y en seguida, porque tanto el jabón, como las grasas, la papa, el algodón y otras materias, se estaban empleando en las industrias de la guerra o de los sustitutos. A mí me constaba que desde septiembre anterior, en que comenzó la guerra, nada de esas cosas, inclusive la carne y la leche, podía obtenerse sin la carta de racionamiento, y eso en cortísimas cantidades; algunas de ellas, como el café, faltaban en absoluto. Yo misma no pude comprar en ese tiempo ningún artículo de algodón ni jabón (el que tenía lo había traído yo de Bruselas), y en Italia se sabía por informaciones privadas que eran frecuentes los casos en que individuos de Alemania enviaban peticiones a sus amigos de Italia para que por favor les enviaran algo de esas cosas. Pero yo vi la intención del parrafito en cuestión: se trataba de dar a entender que el bloqueo inglés era ineficaz. Quise contestarle al autor de la carta, diciéndole: "Me alegro mucho de que no les falte nada, especialmente de comer... 'pero no sólo de pan vive el hombre'..." Un alemán expatriado, con quien platiqué sobre el asunto, me dijo: "Haría usted muy mal en contestarle así, porque le buscaría dificultades; además, es posible que esa propaganda obedezca a consigna"… Pensé que en efecto, así debería ser, pues al punto recordé que eso mismo, de que el bloqueo era ineficaz y de que Alemania contaba con todo en abundancia, también lo había oído decir a algunos alemanes nazistas en Italia.

A pocos días recibí la segunda respuesta; venía de un puerto del Norte. Al final de la carta, su autor me decía que ya se encontraba movilizado como soldado, en la marina, preparándose para una guerra que "la plutocracia inglesa" le había impuesto a Alemania. Igualmente me parecía extraño que dicho señor se aprovechara de la correspondencia sobre asuntos de estudio para hacer propaganda. Sobre todo él no hacía sino repetirme la misma expresión que andaba en boga en la prensa alemana en esos días, y que había sido dicha por Hitler en unos discursos, para evadir la responsabilidad de haber desencadenado él la guerra.

Una tercera respuesta venía de Viena; era de una señora muy buena amiga mía; al final de su carta me decía en estos o semejantes términos: "Muchas cosas han pasado entre tanto, ya somos alemanes; aquí no se siente para nada la guerra; todo lo tenemos, nada nos hace falta en cuestión de víveres"…, etcétera; "sólo deseamos que la guerra no nos afecte y que pase pronto". Esta carta me hizo acabar de creer que, en efecto, debía haber consigna para que se hiciera propaganda así en el extranjero.

Cuando meses después, al volver de Europa, en el barco platicaba yo sobre estas cartas con unas tres señoras que venían precisamente de Viena a radicarse en Estados Unidos, ellas me decían con asombro: "¡Pero si es exactamente lo contrario! ¡Si ya no se come carne sino de tarde en tarde y en cantidades mínimas! No hay patatas ni mantequilla, ni otras grasas, porque todo eso es para armamentos; las legumbres se obtienen a ración de hambre; no hay café, ni otros artículos de primera necesidad; casi ya no hay jabón; pero se obliga a que se diga todo lo contrario en el extranjero; de otro modo se corre el riesgo de que no se les dé curso a las cartas". Las señoras me dijeron aún más: que durante el invierno pasado, que fue excepcionalmente crudo, hubo poco carbón y que por lo mismo se sufrió mucho por el frío, tanto más cuanto que se careció de ropa caliente, pues no hay seda ni lana, y poquísimo algodón; la seda artificial es de vidrio, la lana es de madera en tanto que el algodón se reserva para los explosivos y se sustituye con fibras sacadas parece que de la papa o de derivados de la leche.

Y a propósito de Viena, les decía yo a aquellos señores, que la gente de dicha ciudad era muy hospitalaria, buena y alegre; ellas me contestaron que así había sido antes; pero que desde la unión con el Reich, Austria había cambiado; la gente ya no era así; reinaba ya el odio, la desconfianza y la tristeza. Ellas tenían una experiencia tremenda, pues siendo dos de ellas judías, podían contarme todo lo que habían sufrido: maltratos y humillaciones sin fin. Cito aquí dos ejemplos de lo que me contaron: en el largo y riguroso invierno que acababa de pasar, durante los escasísimos días en que había sol, cuando para recibirlo, todos los que podían salían a los jardines, a los judíos les estaba prohibido hacerlo, pues aquellos lugares deberían dejarse libres para los

"arios". Al verme una de ellas mi reloj-pulsera, exclamó: "Nosotros, bajo el nazismo, ya no poseemos relojes ni pulseras ni ninguna otra cosa de uso personal que sea de oro o de otro metal, ni cosas que tengamos en nuestras casas, que sean de eso mismo; los nazis han entrado a nuestros hogares y nos lo han arrebatado; ¡aunque en el momento de hacerlo lo trajéramos puesto!", y agregó con amargura: "¡Créame, señorita, aún no ha nacido la pluma que algún día pueda escribir lo que nos han hecho padecer!".

A propósito de esto, recuerdo una conversación que, según la cuenta Hermann Rauschning en su libro *Hitler me dijo*, se desarrolló entre Hitler y sus íntimos, y a la cual aquél asistió. Decía así Hitler: "Los judíos serán todavía los benefactores de Alemania".

Los invitados soltaron la carcajada. Desde luego el idilio cesaría un día u otro para los judíos, cuando no tuviesen nada más para serles expropiado. Pero Hitler tendría siempre sus vidas entre sus manos "¡La preciosa vida de los judíos!". De nuevo los asistentes estallaron en risas. El propio Hitler continuó, riendo: "Streicher me ha propuesto situarlos como avanzadas de nuestras líneas de tiradores en la próxima guerra. Pretende que para nuestros soldados eso sería la mejor protección: Voy a reflexionar sobre ello". Esta nueva burla tuvo el don de desencadenar la alegría general. Y, Hitler, entusiasmado de su propia malicia, expuso las medidas que tenía la intención de tomar para despojar, progresiva pero implacablemente, a los judíos, y expulsarlos de Alemania: "Todos estos proyectos serán ejecutados. No me dejaré doblegar por nada".

México, 13 de julio de 1940.

XI. Conciencias aherrojadas

Existe un medio más eficaz que el terror:
es la transformación metódica de la mentalidad
y sensibilidad de las masas.

HITLER

Cuando llegué a Berlín en 1936, muchas cosas y personas encontré cambiadas. Entre otras, empecé a notar que al ver por primera vez a alguno de mis antiguos conocidos, antes de que yo pudiera preguntarle alguna cosa sobre la situación general, me salía al encuentro con estas o parecidas palabras: "¿Sabe usted? Aquí hemos tenido una revolución; ya era necesario para Alemania". De esa manera evitaban preguntas y explicaciones, pues comprendiéndoles yo la intención, jamás, de *motu proprio*, entré a conversar sobre este asunto. Sin embargo, claramente se notaba que unos mal disimulaban su vergüenza por lo que acontecía en su patria; otros dejaban ver desaliento; no faltó quienes francamente me confesaran que todo aquello que pasaba en Alemania era bochornoso: "No tenemos cara con qué ver de frente al mundo!", me decían. Otras personas, sin embargo, se veían satisfechas; algunas habían logrado mejorar en sus empleos, suplantando en muchos casos a otros, lo cual fue relativamente fácil, con sólo hacer recaer sospechas sobre la víctima elegida, de que su sangre no

era todo lo "aria" que se necesitaba, o de que no era suficientemente entusiasta del régimen.

Una de las personas a quienes noté satisfecha (no sé si de corazón o en apariencia) era un notable educador, bien conocido dentro y fuera de Alemania por sus doctrinas sobre educación, y tenido más bien como revolucionario en esa materia. Pertenecía a una famosa Universidad, a donde acudían a escuchar sus cátedras estudiantes y maestros de muchas partes. Al principio de su ingreso a la Universidad, bajo el régimen socialdemócrata, había tenido ambiente poco favorable en aquélla, por su inclinación socialista un tanto radical, según oí decir; pero como estaba bien apoyado, y era perito en su materia, pudo abrirse campo. En cuanto pude, a mi regreso a Alemania, fui a visitarlo. Después de saludarme, lo primero que me dijo fue lo mismo que otros antes que él me habían dicho: "Hemos tenido una revolución; ya la necesitábamos". Le pregunté en qué forma el nacional-socialismo había afectado a la escuela y cómo se había acomodado ésta a las nuevas teorías (recordé que bajo la dirección de este educador existían escuelas experimentales). Me explicó que especialmente en lo que concernía al programa y a la tendencia de las enseñanzas. En cuanto al primero, se habían intensificado las materias referentes al conocimiento de la Patria y de la raza: geografía, historia, folklore, lengua y literatura patrias, civismo, etcétera. Y en cuanto a la tendencia, ciñéndose a las doctrinas del Partido; en lo que se refería al método, él seguía insistiendo en las formas y modos que yo había conocido antes en sus escuelas. Eso me bastó para comprender todo el alcance de lo que me decía: en resumen, apoderarse sistemáticamente de la conciencia de los niños y de los jóvenes, y moldearla a la manera que exigía el partido dominante; fanatizados con una nueva fe en los dogmas y teorías del nazismo, y en la glorificación a los jefes del régimen, dentro de una sumisión ciega, suprimiendo la discusión libre. A eso se agregaban ciertas formas de educación física, de tal suerte de prepararlos de cuerpo y mente para los fines que persigue el nazismo, entre los cuales, la conquista del mundo.

Algo había yo visto en Berlín, que era señal de esta educación nazista, considerada como parte fundamental del programa político de

la "fanatización de las masas", en las marchas callejeras de los cuerpos de la "juventud hitleriana", masas de jóvenes endurecidos por una rígida disciplina, dispuestos a todo y preparados para todo, sin el menor escrúpulo.

Después de un rato de amigable charla con el Profesor, me despedí llena de desilusión. Veía claro: en esas manos estaba la educación de la joven Alemania; manos de ciegos o de timoratos, que tuvieron que renegar de sus convicciones para ponerse al servicio de nuevas doctrinas y de nuevos métodos. A través de la escuela, Hitler ha llevado a cumplimiento muchas de sus ideas sobre su táctica y sus doctrinas. Véase por ejemplo lo que de sus palabras cita Hermann Rauschning en su libro *Hitler me dijo*, capítulo XLV: "Existe un medio más eficaz que el terror: es la transformación metódica de la sensibilidad de las masas".

En esta creencia está fundado el sistema actual de educación alemana que, en suma, tiende a transformar metódicamente la mentalidad y la sensibilidad de la juventud, esclavizando su pensamiento desde que entra a la escuela.

Estando yo aún en Londres, antes de que se iniciara la guerra, había visto anunciado en los aparadores de las librerías un libro que describía el sistema y el contenido de la educación escolar en la Alemania nazi. Recuerdo que una de las fotografías publicadas en ese libro mostraba un salón de clases en Alemania; la maestra daba una lección de Geografía. Todos los alumnos prestaban suma atención a lo que se les enseñaba, que era de vital importancia para todo alemán; en efecto, se veía al frente del grupo un mapa de Europa colgado a la pared, a la altura del brazo de la maestra se veían bien marcadas las fronteras de la futura Grande Alemania, que abarcaban los territorios de Checoeslovaquia, Polonia y de otros pueblos vecinos, y la maestra les mostraba con un puntero, todo aquello que debería pertenecer a Alemania. Aunque se anunciaba que la autora del libro había sido testigo presencial de todo lo que en él decía, nunca se me ocurrió comprarlo; porque pensé que habría exageración en lo que allí diría. Más tarde, en Alemania, me di cuenta de que las cosas así pasaban, y que la mente del niño alemán comenzaba a ser envenenada desde que éste pisaba la escuela. Así lo confiesan claramente los mismos funcionarios nazis

y la misma literatura del partido. A este respecto, es interesantísimo el artículo "La educación en la Alemania nazi" publicado en la revista de Pedro Gringoire *Luminar*, núm. 9, vol. IV, del presente año, en México donde se citan dichos y escritos de las autoridades educativas nazis, y del mismo Hitler. Léase por ejemplo lo que el Ministro de Educación declara a un periódico alemán del 13 de febrero de 1938: "Toda la función de toda educación consiste en crear (de cada alumno) un nazi".

El doctor Ley, dirigente del *Arbeitsfront* (Frente laborista), dice a su vez:

> Comenzamos con el niño cuando tiene tres años. Tan pronto como empieza a pensar, se le pone una banderita entre las manos. De aquí pasa a la escuela, a la Juventud Hitleriana, a las Tropas de Asalto y al Adiestramiento Militar. No lo dejamos escapar. Y cuando ha pasado la adolescencia, llega al Arbeitsfront, que se encarga de él nuevamente y no lo abandona, quiera o no quiera, hasta su muerte.

México, 22 de julio de 1940.

XII. ¡A cambiar de casaca!

En ninguna época se vio en Alemania una tal decadencia de la honestidad y del carácter… Estaban en venta los viejos y los jóvenes…

RAUSCHNING

Después de varios años de ausencia volvía yo a Alemania en el verano de 1936. Como creía permanecer en Berlín algunos meses, pensé inscribirme en la Universidad, para el semestre de invierno. Tenía ilusión de volver a oír a algunos de mis antiguos maestros: a Spranger, el filósofo educador; a Max Wertheimer, el notable psicólogo, que con Koehler, fue el fundador de la llamada *Gestaltpsychologie*; en fin, a algunos otros más a cuyo lado había gozado antes del placer inmenso de la discusión desapasionada y sin límites.

Al consultar los índices del semestre, advertí desde luego que faltaban muchos de los profesores más notables, que habían hecho famosa a la Universidad, y entre ellos los que me interesaban. Wertheimer, de sangre judía, había sido trasladado primero a una institución de provincia, y después, tal vez había corrido la misma suerte que la de sus compañeros de raza, muerto o fugitivo, o en la miseria; su compañero, avergonzado de lo que acontecía en su patria, al rehusar doblegarse al fanatismo nazi, había preferido retirarse a otro país; Spranger,

aquella mente universal, guiador de la juventud por los senderos del pensamiento libre y generoso, también había dejado vacía su cátedra. ¿Cómo podían aquellos paladines de la cultura, que es universal, dentro de la cual no caben mezquinos distingos de razas, pueblos o clases, cómo podían tales maestros seguir sirviendo sin bochorno, en una Universidad que había aceptado de grado o por fuerza la persecución de sus elementos más distinguidos, la quema de libros (¡una Universidad tolerando o contribuyendo a la quema de libros!) y otros datos indignos de una institución de cultura, sólo por no tener el valor de oponerse a las exigencias de un régimen de odio, que había inventado para su provecho la teoría del superhombre ario-alemán, insostenible hasta la evidencia, ante la ciencia y ante la sana razón?

Y lo que pasaba en la Universidad de Berlín se repetía en todos los centros culturales de Alemania.

Por esa época, la orquesta filarmónica de Berlín, la más brillante de Alemania, había perdido, por la misma causa, elementos de primer orden entre sus músicos, y a sus dos directores; eran estos Bruno Walter y Furtwaengler; el primero, porque era judío, y el segundo, porque habiéndose negado a dar el cese a músicos excelentes de la orquesta, por el sólo hecho de no ser "arios", prefirió separarse a obedecer. Tuve después ocasión de oír sus conciertos en el extranjero: de Bruno Walter en Roma, antes que, siguiendo a Berlín, se recrudeciera el antisemitismo fascista, y de Furtwaengler en Londres. No sé qué suerte seguirían después uno y otro.

Por desgracia para el género humano, no abundan los ejemplos de integridad, que resistan a la prueba; son más los que, ante las condiciones apremiantes, pueden amoldarse a un nuevo régimen, cambiando o acallando las propias convicciones.

Poco después visité otra ciudad universitaria. En esos días se celebraba allí un aniversario de la muerte de un filósofo de aquella Universidad. Yo me preguntaba con curiosidad en qué términos podrían recordar a aquel filósofo, que había sido profundamente humanista, y por tanto, de doctrina contraria a la del nazismo. No tomaba yo en cuenta que el hombre, cuando se ve acosado por el miedo o por la conveniencia, puede desarrollar, hasta inconscientemente, el oportunis-

mo, en grado considerable. En efecto, la celebración se hizo por medio de conferencias y reuniones, parte en la Universidad y parte en la casa de la Sociedad que patrocinaba el suceso, escogiéndose como temas para la discusión aquellos que no fueran espinosos.

Se había invitado a las discusiones, a algunos estudiantes de Filosofía de aquella Universidad. En una de las sesiones, un estudiante bastante joven aun dijo, a propósito de lo que acababa de oír, que a él le parecía que no siempre la política y la Filosofía iban de acuerdo, y que con frecuencia aquella, para ser victoriosa, desconocía la filosofía y se ponía en pugna con ella. No lo dejaron terminar, y una de las personas que se levantó a refutarlo dijo algo así como que la filosofía había salvado a Alemania, cuando Napoleón; que éste había sido derrotado por Fichte, o Napoleón era el que había dicho eso. El profesor de Filosofía que asistía callaba; sabía yo que sus enseñanzas de hacía siete u ocho años eran incompatibles con las teorías y las prácticas nazistas. ¿Qué podría decir ahora desde la cátedra?

En una de las reuniones privadas, una de las personas promotoras de aquella celebración platicaba con algunos invitados, entre ellos un filósofo italiano y yo. La persona en cuestión decía, dirigiéndose al italiano: "Nosotros los de esta Provincia hemos sido siempre muy patriotas; hemos respondido entre los primeros al llamado de nuestros führers. Cuando la República de Weimar, fuimos de los primeros socialdemócratas; y ahora también, hemos sido de los primeros en seguir a nuestro Führer". Al oír aquello, expresión de un sorprendente oportunismo, probablemente me sonreí, porque al punto la persona me dijo: "¡No se ría usted; así ha sido!". Sí, ya veía yo que así había sido, porque también bajo el régimen social-demócrata había frecuentado yo aquella sociedad. Me reía por la inocencia con que confesaba el cambio de convicciones, y es que de otro modo no habrían podido seguir recibiendo el subsidio de que gozaban desde antes del nazismo, para sostener aquella sociedad, como se seguía sosteniendo, no obstante que Hitler, para evitar toda ocasión de que se conspirara, suprimió de una vez todas las agrupaciones de cualquier orden, aun las que contaban siglos de existencia, como las estudiantiles; sólo se exceptuaron aquellas que estuvieran bajo el servicio del nazismo. Por

lo demás, Hitler mismo ha cambiado de doctrinas cuantas veces le ha convenido para sus fines.

En unos momentos en que me encontré a solas con el italiano, le expresé mi opinión de que el muchacho a quien habían callado, tenía razón y ellos no, y de que a mi juicio se hacía mal en no estimular el pensamiento libre, precisamente en aquellas reuniones filosóficas. Él esquivó la respuesta, y haciendo recaer la cuestión sobre los führers o duces, me dijo que porque estos eran casi siempre unos ignorantes, había que guiarlos, y que por eso ellos, los filósofos, tenían que estar con aquellos. No le respondí, porque mi respuesta habría sido muy cruda: se trataba, como se trata en todas partes, por lo general, en casos análogos, de no perder el pan o la posición o la vida. Es el mismo miedo a perder esto lo que doblega a los individuos; ésta es precisamente la acción perniciosa de las Dictaduras, totalitarias, o no; envilecen. Contra ellas debieran elevarse las voces íntegras. El dictador lo sabe, y por eso apoya su gobierno en el terror y el interés; vence y se impone allí donde hay miedo, y ambiciones. He aquí lo que al respecto dice Herman Rauschning en su libro *Hitler me dijo*, capítulo XVII, refiriéndose a los nazistas militantes:

> Casi todos eran pobres diablos, llenos de miedo por el porvenir. "No quiero volver a caer en la miseria", me gritaba un día otro encolerizado. "Usted podría esperar, usted no tiene hogar detrás. Usted no sabe lo que es estar sin trabajo. Antes que volver a empezar, cualquiera clase de crimen. Quiero mantenerme en la superficie a cualquier precio. La ocasión no volverá más".

Y refiriéndose a Hitler, dice, en el capítulo XIII:

> Afirmó aún que el terrorismo se justificaba por la necesidad de impresionar el espíritu de los burgueses, de despertar en ellos el miedo de los atentados comunistas, y al mismo tiempo, de hacerles temer la energía de su dueño y señor. Y declaró: "No puede gobernarse al mundo más que mediante la explotación del miedo".

Y en el capítulo XIV, refiriéndose a los campos de concentración:

> Esas supuestas atrocidades me ahorrarán cientos de miles de procesos contra los malintencionados y los descontentos. Se tentarán la ropa antes de emprender nada contra nosotros, cuando sepan lo que les espera en los campos de concentración.

México, 12 de julio de 1940.

XIII. Fanatización de las masas

Llamadas a la violencia, al odio, a la venganza, a todas las pasiones primitivas y salvajes, tales eran las enseñanzas del Führer a sus colaboradores y el único viático que sabía darles al enviarles a su tarea.

RAUSCHNING

Era en los días inmediatos que precedieron a la guerra contra Polonia. Seguidamente a la firma del pacto ruso-alemán, la prensa alemana comenzó a enardecer los ánimos por medio de noticias alarmantes sobre las "atrocidades" que los polacos cometían contra los alemanes residentes en Polonia, especialmente contra indefensos niños y mujeres; se contaba que centenares de fugitivos alemanes penetraban a territorio alemán perseguidos por sus propios opresores. Tal parecía que los polacos, obrando con una torpeza inaudita, sólo habían esperado la firma del pacto antes dicho para comenzar a provocar la guerra con sus incalificables agresiones a la paciente e indefensa población alemana de Polonia. Las fotografías que acompañaban a los artículos mostraban grupos de mujeres y niños, caminando bajo el peso de los bultos de sus cosas, con las que escapaban.

También en el cine se mostraban escenas semejantes, en las revistas de información de actualidad; la antevíspera de que comenzara la invasión alemana me tocó presenciar en Berlín una de esas exhibiciones: el

lugar de la escena parecía ser un poblado alemán fronterizo con Polonia; aparecía un grupo de mujeres adultas, y de muchachos cuya edad variaba entre los diez y los quince años, más o menos; eran fugitivos.

Junto a ellos había un grupo de hombres con aspecto de empleados públicos de aquel lugar, quizá los guardias fronterizos. Entonces uno de estos empezó a llamar a los refugiados, uno tras otro, y les pidió que contaran lo que les había sucedido. Cada mujer o niño pasaba a donde se le indicaba, dando frente a la audiencia, y comenzaba la narración. Eran tan poco espontáneas las actitudes, tan monótonas y tan semejantes las narraciones, sobre todo las que contaban los niños, que más bien daban la impresión al espectador imparcial, de que las escenas habían sido preparadas para la propaganda, y de que aquellas gentes recitaban una lección. Sin embargo, en el auditorio en general, tales exhibiciones producían su efecto, y es de creerse que los alemanes quedaban convencidos de la veracidad de aquello, pues siempre es fácil creer lo que a uno le conviene.

Días más tarde, cuando ya se habían roto las hostilidades entre Alemania y Francia e Inglaterra, estando yo en Italia, cayó en mis manos un periódico alemán. Además de las noticias de la guerra y de las relacionadas con ella, había en el periódico una sección de propaganda para enardecer el sentimiento antiinglés. Se trataba de un diálogo sostenido entre un alemán que había estado en Inglaterra a raíz de la guerra de 1914-1918, y un individuo nazi. Aquél le contaba a éste la forma "ignominiosa" en que se había tratado a los alemanes en Inglaterra, en aquella época, y entre los detalles que le contaba, recuerdo éste: que en Londres, después de la guerra, se habían puesto letreros en los parques públicos, que decían: "Se prohíbe que entren aquí los perros y los alemanes", y que a él le había tocado sufrir esa ofensa. Yo me pregunté al leer aquello, ¿cómo es que aquel alemán se encontraba en Londres a raíz de la guerra, cuando todos habían sido llamados a filas o habían salido del país enemigo? Pero fuera de estas reflexiones, para quien haya vivido en Londres y conozca el temperamento y el modo de ser y de reaccionar de los ingleses, aquello que contaba el alemán parecía una invención difícil de creerse, destinada especialmente para material de propaganda. Pero ya puede uno imaginarse el resultado que producía esta clase de

narraciones en el ánimo belicoso y ya caldeado de los alemanes, especialmente en los jóvenes, cuyos sentimientos de animadversión habían venido siendo preparados desde antes para la venganza, por medio de una propaganda sistemática y "total" por todos los medios que ofrece la técnica moderna: el cine, la radio, la fotografía, los mítines, el folleto, la prensa, la escuela, etcétera. Esta labor de odio contra los llamados enemigos de Alemania comenzó prácticamente desde que el nazismo se apoderó del poder; entraba como parte esencial del programa de educación de las masas, más bien emotivas que reflexivas. Así se deja ver en los párrafos que Hermann Rauschning escribe en su libro *Hitler me dijo*, capítulo XXXV, citando las mismas palabras de Hitler:

> Hemos obtenido el éxito por algo… El pueblo es como un animal que obedece a sus instintos. Para él no cuenta ni la lógica ni el razonamiento. Si he logrado desencadenar el movimiento nacional más potente de todos los tiempos, es debido a que nunca he actuado en contradicción con la psicología de las masas ni chocado con la sensibilidad de las muchedumbres… La masa no es manejable más que cuando está fanatizada.
>
> Fanaticé las masas para convertirlas en instrumento de mi política… Se me ha reprochado el despertar en la masa los instintos más bajos. No hago tal cosa. Si me presento ante la masa con argumentos razonables, no me comprende; pero cuando despierto en ella los sentimientos que le convienen, sigue inmediatamente las consignas que le doy…
>
> …Pero lo que usted diga al pueblo (Hitler hablaba con Rauschning) cuando forma una masa, cuando se encuentra en un estado receptivo de sacrificio fanático, eso se imprime y queda como una sugestión hipnótica; es una impregnación indestructible que resiste a cualquiera argumentación razonable…

México, 25 de julio de 1940.

XIV. Sombras de hombres

Así se organizaba el control implacable del Partido que contaba al menos con siete oficinas centrales, encargadas de la vigilancia de los alemanes en el Exterior del Reich, y de su utilización para propaganda y espionaje. Ninguna de estas organizaciones tenía la más mínima ambición desinteresada… Su única misión era la de reunir a los alemanes expatriados en una formidable máquina de guerra que se extendía por el mundo entero…

RAUSCHNING

En una de las ciudades italianas que visité al comienzo del presente año, me encontré a una buena amiga mía alemana, profesionista de vasta cultura; el trabajo a que se dedicaba la obligaba a mantenerse en contacto con la colonia alemana de aquella ciudad. Conociendo mi modo de pensar sobre las tiranías y los tiranos, no tuvo empacho en confesarme que ella tampoco simpatizaba con el régimen de su país, pero que debía ocultar sus opiniones a ese respecto, porque hacer lo contrario era muy peligroso. Después he sabido que aun estando los alemanes fuera de su país, el partido nazi los mantiene bajo estrecha vigilancia y control, sobre todo en Italia, a donde el mismo Himmler y otros jefes de la Gestapo hacen frecuentes viajes, según se sabe por la prensa de allí.

Casualmente en aquella población yo visitaba a una familia, conocida mía desde hacía tiempo, que no era fascista ni menos nazista. Platicando allí una vez sobre las actividades de los miembros de la colonia alemana de aquel lugar, me informé si conocían a aquella mi amiga, y al contestarme que sí, pregunté si también ella trabajaba por el nazismo; me dijeron que sí, que precisamente era conocida como uno de los elementos nazis más entusiastas de la colonia. Grande fue mi sorpresa al oír aquello pero, naturalmente, no dije nada. ¿Cuál era pues la verdad? ¿Era mi amiga realmente nazi, o se mostraba tal, para alejar sospechas entre sus compatriotas? Más bien me inclinaba a creer esto último, a juzgar por varias cosas que me había dicho en nuestras conversaciones. Me aseguraba de que, a pesar del temor de cada quien, mostraran sus verdaderas opiniones, en el seno de la intimidad podía saberse algo. No todos los alemanes eran nazis; los había demócratas y los había monarquistas, que eran los más en aquella colonia. "Usted comprende —me decía—, que la democracia no es para nosotros; necesitamos una cabeza; pero no ésta ni del estilo de ésta, que nos está conduciendo con sus teorías y sus métodos por el camino del deshonor y de la vergüenza ante el mundo entero. Para mí, como patriota alemana, agregaba, sería satisfactoria una victoria de mi país; pero una victoria de Hitler y del nazismo, no solo es una desgracia para Alemania y los alemanes, sino para todo el mundo". "Estoy segura —decía—, que muchos otros piensan como yo, pero es imposible decirlo".

No sé si los últimos acontecimientos la habrán hecho cambiar de opinión; pero de todas maneras, su actitud y lo que me dijo, me dieron mucho sobre qué reflexionar. En primer lugar, ¿hasta qué punto cuentan Hitler y el nazismo con la simpatía de los elementos honestos y conscientes del pueblo alemán? ¿Qué corrientes disidentes de opinión se agitan en el fondo del Estado político alemán? Por ahora sería imposible saberlo, ni dentro ni fuera de Alemania. Si bien es cierto que la mayoría de la juventud alemana ha sido convertida, por la propaganda y la educación, en una masa fanática de Hitler y de los ideales del nazismo, que se resumen en el predominio absoluto de la raza alemana sobre los demás pueblos de la tierra, en virtud del derecho que les da la superioridad racial que ellos mismos proclaman en

su favor, entre los adultos, en cambio, muchos hay que han escapado al deslumbramiento del miraje glorioso, pero falso e inmoral, que les presenta el nazismo; la gente honrada, sobre todo, no puede comulgar con un tal régimen y sus prohombres, cuyos métodos y doctrinas, sin más base que el instinto y la conveniencia, encarnan las fuerzas destructoras y egoístas del hombre.

En segundo lugar, me di cuenta de algo terrible que pesa actualmente como una desgracia sobre todos los alemanes: dentro o fuera de su país, súbditos del Reich o del país en que habitan, dándose cuenta de ello o no, todos están cogidos implacablemente entre los tentáculos del poder nefasto del régimen nazista; para ellos ya no es posible ni la acción libre ni la libre expresión del pensamiento. Los que han abdicado de su libertad en manos del nazismo son ya sombras de hombres; como lo son todos aquellos que someten sin juicio su acción y su pensamiento a cualquier poder extraño y tiránico, ya sea éste un individuo, una organización o un dogma. A este respecto, es muy revelador lo que escribe Hermann Rauschning en su libro *Hitler me dijo*, capítulo XIV, del cual copio los párrafos siguientes de un discurso que Hitler dirigía a los representantes de los alemanes en el extranjero, reunidos en asamblea en Berlín, con el objeto de recibir instrucciones: "Señores —nos dijo—, sobre ustedes descansa una de las tareas más importantes de nuestro régimen"… "De ahora en adelante cada uno de ustedes deberá ejecutar las órdenes que reciba de la autoridad suprema…".

> Ante todo exijo de ustedes una obediencia ciega. No incumbe a ustedes determinar lo que ha de hacerse en su radio de acción… Su obediencia debe derivar de su confianza en mí…
>
> Ustedes constituirán la vanguardia de nuestro gran combate. Serán los centinelas avanzados de Alemania. Su vigilancia nos permitirá proseguir la concentración de nuestras fuerzas y preparar nuestra ofensiva. Ustedes tienen una misión de la que nosotros, los viejos combatientes, habíamos sido encargados durante la última guerra. Están ustedes en los puestos de escucha. Tienen que ejecutar reconocimientos y esconder nuestros preparativos de ataque, más allá del frente. Considérense como en estado de guerra. Les rigen las leyes

militares. Actualmente son ustedes quizá el elemento más importante del pueblo alemán. La nación entera les agradecerá siempre conmigo, los sacrificios que hacen por el futuro del Reich…

Por otra parte, no deben ignorar ustedes que no quiero establecer ninguna diferencia entre los ciudadanos del Reich y los alemanes naturalizados en el extranjero. Externamente estarán obligados a tener en cuenta el estatuto legal de cada uno, pero su tarea especial será la agrupación de todos los alemanes sin excepción, de tal forma que yo pueda tener en todo momento la certeza de que cada uno de ustedes pospondrá a su patriotismo alemán el compromiso de lealtad hacia un país extranjero. Únicamente así podrán cumplir ustedes debidamente las difíciles tareas que les encargaré. Dejo a su criterio el escoger los medios que emplearán para atraer a sus compatriotas a esta nueva disciplina.

A veces encontrarán resistencia. Pero lo único que me importa es el éxito. Los medios no me interesan. Aquél que se les oponga deberá saber que nada más puede esperar del Reich alemán; que estará manchado de infamia y señalado para el castigo que espera a los cobardes y traidores…

En suma, lo que depende de ustedes, señores, es que alcancemos nuestros objetivos ahorrando hasta el máximo la riqueza y la sangre de Alemania. Deben prepararnos el terreno. Alemania extenderá su poderío más allá de las fronteras del Este y del Sureste. También ustedes, los que vienen de ultramar tienen los mismos deberes. Olviden cuanto han estudiado. No aspiramos a la igualdad de derechos, sino a la dominación. No nos detendremos en la protección de las minorías o en otras reivindicaciones de principios surgidas del espíritu estéril de las democracias. Cuando Alemania sea grande y victoriosa nadie osará mirar de reojo a uno solo de ustedes.

Su tarea consiste en luchar para asegurar a Alemania la dirección del mundo. Entonces recogerán su parte en el mando sin párrafos ni pactos. Se les confiará la tutela de los países vencidos en nombre del pueblo alemán. Gobernarán en mi representación… Así como los

judíos han debido sufrir la dispersión antes de conquistar la potencia universal que habían alcanzado, somos nosotros actualmente el pueblo elegido de Dios, el que va a congregar a sus miembros dispersos para dominar toda la tierra.

Huelgan los comentarios.

México, 26 de julio de 1940.

xv. Comienza la guerra

Estremece pensar que es un loco quien gobierna a Alemania y ha precipitado al mundo a la guerra.

RAUSCHNING

A fines de agosto de 1939, el día en que Hitler dio a conocer en un discurso que pronunció en el Reichstag, su resolución de anexarse la ciudad libre de Danzig, y de tomar las armas, Berlín parecía una ciudad amenazada de bombardeo. A media mañana, cuando salí a la calle, se veían pocos transeúntes, y todos ellos se agrupaban apresuradamente cerca de donde hubiera algún aparato de radio, para escuchar el discurso que estaba pronunciando Hitler. Las fisonomías de todos se veían pensativas y con temor. Como me urgía llegar a mi destino, tomé un taxi; a pocos minutos de marcha, el *chauffeur* empezó a cruzar palabras conmigo sobre la guerra que ya se cernía entre Polonia y Alemania, pues a una declaración de guerra equivalía el discurso que se estaba pronunciando en esos momentos en el Reichstag. El *chauffeur* era más bien viejo que joven y parecía muy preocupado; le pregunté qué pensaba él de la situación. "¡Ay, señorita! —me dijo—, ya no podemos más con este estado de cosas; ya tenemos más de cuatro años de estar bajo la amenaza continua de la guerra, guerra que sólo ellos quieren" (se refería a Hitler y a los nazis).

En la casa a donde me dirigía, acabé de oír el discurso, pues los pronuncia bien largos su autor. Es de notar que Hitler se exalta con sus mismas palabras y que siempre adopta un tono alto y fogoso; pero en esta vez, según oí decir, había batido el récord en ese punto. Era la primera vez que yo lo oía, de suerte que no pude hacer comparaciones; pero sí me pareció no sólo fogoso, sino furioso, como si fuera presa de la ira y no pudiera refrenarse; me daba la impresión de que fuera un animal embravecido que estuviera lanzando gritos, en el último grado del paroxismo; sus amenazas eran terribles; nada había en sus palabras de razonable, todo era pasión; "no gritaba; sino aullaba", oí decir después. Cuando acabó de hablar, uno de los miembros del Reichstag le dirigió la palabra para agradecerle lo que hacía por el pueblo alemán y para significarle que todos estaban con él, y terminó repitiendo dos o tres veces: "¡Gracias, mi Führer! ¡Gracias, mi Führer! ¡Gracias, gracias!". Ese mismo día oí decir que no todos los miembros del Reichstag habían concurrido a oír la arenga, pues que, teniéndose dudas de algunos, Hitler los había eliminado de aquella reunión.

Para el fin del día, ya la prensa hablaba del discurso y de la anexión de Danzig, cosa que desde hacía dos o tres días venía anunciándose en la prensa, como un deber y una determinación de Alemania, con grandes encabezados equivalentes a este: "¡Que Danzig vuelva a la Patria!". Por supuesto, hacían como si no supieran que Danzig no era parte integrante de Alemania, sino que desde los tiempos inmemoriales de la liga hanseática, había sido la Ciudad Libre de Danzig.

Con semejantes y llamativos encabezados, la prensa había comenzado también a clamar en esos días por la "vuelta de Alsacia y Lorena a la Patria", y si se toma en cuenta que desde hace años no existe prensa libre en Alemania, sino que todos los periódicos son por decirlo así, órganos oficiales de propaganda nazi, se comprenderá que aquello que escribían no era sino por orden del Gobierno. Era un medio más para desatar sobre el pueblo los vientos de la ambición nacional, de levantar el ánimo contra Francia, o de justificar la guerra que ya sobrevenía. Y que no sigan repitiendo ahora Hitler y los suyos, como lo han estado repitiendo a todos los rumbos desde que comenzó la guerra, que Alemania no quería nada contra Francia; en esos días yo leí en la

prensa lo que he dicho antes, que era preciso quitarle a Francia la Alsacia y la Lorena; y Hitler ha repetido mil veces, que el objeto primordial de su lucha es deshacer lo que hizo Versalles. Decir lo contrario es prueba solamente de la mala fe del nazismo que desde un principio pretendió adormecer a Francia para cogerla más descuidada, y hacerla aflojar sus lazos de mutua ayuda con Inglaterra.

Al medio día entré a un restaurante céntrico; y desde luego pude notar cómo se dejaba sentir el efecto de la situación en la restricción de los alimentos: no se servía todo lo que se pedía, especialmente la carne. Allí también observé en algunos meseros, no sólo miedo, sino pavor, sobre todo en el que me servía; había perdido el control, nos equivocaba los pedidos y lo de uno se lo daba al otro; era también ya entrado en años y esto me hizo caer en cuenta de que en general era entre la gente ya adulta y de edad media en adelante donde se dejaba ver el miedo o la repugnancia por la guerra; quizá debido a que hubieran participado en la otra de 1914-1918. Por eso es que Hitler ha preferido apoyar su actividad y sus propósitos en los jóvenes.

La ausencia de entusiasmo en el público era sustituido por el movimiento precipitado de elementos militares; en efecto, la movilización comenzó desde luego; se veía pasar a toda velocidad militares en motocicletas y en carros de transporte.

Yo todavía, como muchas personas en Alemania, esperaba una solución pacífica; pero un médico que poseía una clínica me dijo: "Pierda usted la esperanza, la guerra está ya resuelta; todos los que poseemos clínicas hemos recibido orden del gobierno de que tengamos desde hoy desocupadas y listas las camas para recibir a los heridos que se nos manden". Era precisamente el día del discurso de Hitler, o el siguiente, cuando los gobiernos de Inglaterra y Francia aún hacían esfuerzos cerca de aquél para detener la guerra. Se sentía que todos los motivos que Hitler esgrimía para provocar el conflicto eran sólo pretextos, y que lo que realmente quería era la guerra; con mente loca, impulsado por un monstruo afán de dominio, hijo legítimo de su vanidad y de su crueldad sin límites, quería destruir a los pueblos para reinar sobre ellos. Nada lo detendría aun cuando para lograrlo tuviera que desencadenar el cataclismo sobre la misma Alemania. Así lo dejaba enten-

der en las siguientes palabras que dirigía a Hermann Rauschning, y que éste cita en su libro *Hitler me dijo*, capítulo I.

> Ataques aéreos en masa, golpes de mano, actos de terrorismo, sabotajes, atentados perpetrados en el interior, asesinatos de los dirigentes, ataques aplastantes contra todos los puntos débiles de la defensa contraria, asestados como martillazos, simultáneamente, sin preocuparse por las reservas ni por las pérdidas: tal es la guerra futura. Un martillo gigantesco que pulveriza todo: sólo eso veo, sin pensar en lo que luego venga… Yo soy quien dirige la guerra. Yo determinaré el momento más favorable para actuar. Esperaré ese momento, el más favorable de todos, con una decisión de hierro, y no lo dejaré escapar. Lo suscitaré con toda mi energía. Esa será mi labor. Y cuando lo haya logrado, tendré el derecho de enviar a la juventud hacia la muerte.

¿Y éste es el hombre a quien los nazistas de dentro y fuera de Alemania se atreven a glorificar? Extraviados por un falso sentido de lo que es grandeza y heroicidad, alaban al que ha querido ser grande y héroe en la matanza, en la destrucción y en el odio; al que siendo en realidad mezquino no pudo amar a nadie ni crear nada, aun entre los suyos: a aquél que, maldecido de muchos, pasó por el mundo sembrando la desolación y la muerte.

México, 29 de julio de 1940.

XVI. Los dos camaradas

Quizá no pueda evitar la alianza con Rusia. Pero reservo esta posibilidad como mi última baza. Esta jugada de póke,[1] *que podría ser el acto decisivo de mi vida, debe realizarse a su tiempo… Y si jamás decido especular con Rusia, nada me impedirá más tarde dar un viraje y atacarla cuando haya logrado mis fines en Occidente…*

HITLER

Extraña conducta la de los nazis y de los comunistas; enemigos irreconciliables, como dos bandidos que se disputan la misma presa, comunismo y nazismo se vigilan mutuamente para ver quién de los dos puede dar primero el golpe al otro; y sin embargo, en la hora presente, son colaboradores inseparables en la catástrofe mundial que ellos mismos han desatado. Cada uno de ellos sabe por qué lo es.

Desde que llegué a Italia a fines de septiembre de 1939, pude darme cuenta, por la lectura de la prensa francesa, de la labor de zapa que comunismo y nazismo llevaban a cabo para minar la resistencia de Francia, cada uno usando del otro como instrumento para lograr sus propios fines. Debo recordar que los nazis no se cuidaban de expresar sus esperanzas de que en Francia estallara la revolución comunista,

[1] Actualizado, en el original "Pocker". N del E.

que ellos mismos se encargaban de fomentar. (Véase mi artículo I de esta serie).

Desdé el principio de la guerra, el gobierno francés representado por Daladier y su gabinete tuvo que enfrentarse resueltamente con las continuas dificultades que le suscitaron los parlamentarios comunistas. A raíz de que se firmó el pacto germano-ruso, el gobierno expidió una serie de decretos en que se declaraba traidores a la Patria a los comunistas que, pasando determinado plazo, no se desligaran del partido comunista ruso; en consecuencia, se desconocería su representación en el Parlamento. La razón era obvia: seguir siendo solidarios de Moscú, que se había convertido a su vez en aliado y sostén de Hitler en la lucha a muerte que éste sostenía contra Francia; era inconcebible, y tolerar a tales hombres en el poder era acto de suicidio. Daladier y los defensores de Francia en el Parlamento tuvieron que luchar sin descanso; hubo sesiones tormentosas, y en repetidas ocasiones las intrigas y combinaciones de los parlamentarios comunistas disfrazados, retardaron y estorbaron los esfuerzos que hacía el gobierno para organizar la defensa. De esa manera trataban de favorecer los planes de Hitler y de hacer que Francia cediera. Recuerdo bien un discurso de Daladier en la Cámara de Diputados, en que anatematizaba a estos elementos, y desenmascaraba su mala fe, más o menos en estas palabras: "Hace apenas unas cuantas semanas, antes del pacto germano-ruso, estos mismos individuos me acusaban de tener demasiadas complacencias con el nazismo; eran los más encarnizados enemigos de Hitler; aconsejaban la guerra sin miramientos de nada, sólo porque así convenía a los deseos de Moscú. ¿A qué se debe que de pronto, después de dicho pacto, su criterio haya cambiado? ¿Cómo se explica que ahora que la libertad y la existencia misma de Francia se encuentran amenazadas por Hitler, es cuando precisamente estorban toda acción de defensa y quieren pactar con el enemigo?".

Al mismo tiempo que se expulsaba del Parlamento a los comuno-nazistas contumaces, se disolvían los Ayuntamientos comunistas, que también persistían en hacer causa común con las maniobras nazis; pero todos estos elementos continuaban desde la sombra la obra de conspiración contra Francia. La Embajada rusa en París y los centros

de propaganda nazi en Alemania eran los puntos de partida de estos trabajos; las células comunistas se rehacían clandestinamente, y no pasaba día sin que la prensa francesa noticiara que la Policía había descubierto algunas de ellas en plena actividad y sorprendido a sus agentes distribuidores con la propaganda destinada a los trabajadores de las fábricas de material de guerra y de los servicios de transporte; en ella se les incitaba al sabotaje en todas las formas, para paralizar la acción del Gobierno y de los combatientes.

Por otra parte, muchos de los líderes comunistas huyeron para Alemania, y se pusieron a trabajar en las agencias de propaganda nazi, destinada a Francia. Entre ellas era conspicua por su actividad la de Stuttgart. Por medio de su estación de radio, uno de estos fugitivos difundía la propaganda en lengua francesa, a los combatientes de la línea Maginot. Las arengas se hacían llegar hasta las filas enemigas por medio de los mismos soldados alemanes, que al mismo tiempo que salían de sus puestos a combatir, colocaban magnavoces en lugares a propósito para que fueran escuchadas por los soldados franceses. Los temas más socorridos de esta propaganda eran los de convencer a los franceses de que estaban siendo víctimas de Inglaterra; de que Alemania no quería nada contra Francia, de que Inglaterra no enviaba suficientes fuerzas a Francia; de que el sacrificio de Francia era inútil, etcétera. El mismo líder fugitivo Thorrez, a sueldo de Moscú, según decía la prensa, trabajaba activamente en esta propaganda, y ahora, como es natural, éste y otros de su especie han vuelto a Francia después de la derrota, en donde gozan del favor de los hombres de la situación actual. Todos estos elementos, inclusive Laval y otros ex ministros, que ya no se sabe si son más comunistas que nazistas o viceversa, fueron los que, en combinación con el espionaje ruso-germano, actuaron en "quinta columna" hasta en el corazón del ejército e hicieron posible la catástrofe.

En esta lucha sorda y subterránea, Stalin ha manejado a los nazistas y Hitler a los comunistas. Sus esfuerzos unidos han subyugado por el momento a Francia. Ahora bien, ¿quién de los dos ha sacado o va a sacar el provecho de esta derrota? Todavía es imposible saberlo. Pero una cosa es segura: cada uno de ellos juega un juego a muerte contra el

otro. No hay duda de sus intenciones. En cuanto a Hitler, él mismo las había revelado desde antes a Hermann Rauschning, como éste mismo lo dice en su tan interesante libro *Hitler me dijo*, capítulo XXI, con las palabras de Hitler:

> Evidentemente, ¿por qué no he de firmar un acuerdo con Rusia si mi situación puede mejorarse?… Cualquier día se hará; pero Koch se equivoca por completo… No es por ese procedimiento como lograremos formar un gran bloque de Estados que dominen el universo. Todo reparto de influencia traerá como resultado crear el máximo de desconfianza entre los beneficiarios. Y finalmente, de un pacto así, surgirá la guerra decisiva que no puede ser evitada. Sólo un amo, no dos. De allí la necesidad de derrotar a Rusia…

Nadie podrá evitar la lucha decisiva entre el espíritu alemán y el pan-eslavo, entre la raza y la masa. Existe un abismo que ninguna comunidad de intereses podrá salvar. Se requiere que la jerarquía de los amos sojuzgue a los pululantes eslavos. Somos el único pueblo capaz de crear el espacio continental, imponiéndonos por la lucha… Jugaremos y ganaremos esta suprema partida. Transpondremos, después de hundirla victoriosamente, la puerta de la hegemonía mundial.

Todo esto no quiere decir que no recorra una parte del camino con la Rusia, si es preciso; pero con el ánimo decidido a volver a nuestra finalidad inicial en cuanto me sea posible.

México, 30 de julio de 1940.

XVII. "Todo pueblo que se respeta debe fundar un imperio"

¿Dónde (decía Hitler) sino entre los restos
de los imperios británicos y francés, iba a coger
Alemania los elementos de su futuro imperio?

RAUSCHNING

En una de las ciudades italianas que visité a fines del año pasado, en la misma casa donde yo vivía conocí a un empleado de Gobierno con quien frecuentemente platicaba de la guerra actual y de sus problemas. Él era fascista. Como tantos otros en el mundo, este individuo no pensaba por sí mismo, sino que repetía como eco los argumentos y las ideas que divulgaba la prensa. En los países totalitarios es más fácil que las gentes caigan víctimas de la propaganda oficial, porque no hay ocasión de oír o leer tesis diversas o contrarias a las que sostiene el partido único, sino que por todos lados y a toda hora se encuentra el individuo envuelto por un ambiente saturado de la misma propaganda, por una parte, y de amenazas por la otra. Además, si las ideas que se propagan tienden a halagar la vanidad de nación o de grupo, o cualquier sentimiento ruin, es difícil que haya quien resista, lo que quiere decir que consciente o inconscientemente los espíritus débiles aceptan sin discernir la ideología que les impone el partido gobernante a través de la propaganda. Este fenómeno puede advertirse mejor por quien viniendo

de fuera, es aún extraño a los intereses que se agitan en el ambiente a donde llega. En esas condiciones me encontraba y quizá por eso podía darme cuenta de que ciertas gentes repetían lo que la prensa de esos días había afirmado. Me era difícil explicarme cómo aceptaba la gente ideas evidentemente absurdas y sin sentido.

Con el señor a que me refiero, casi nunca estaba de acuerdo en las cosas que discutíamos. Particularmente me impresionó una de sus afirmaciones favoritas; me decía: —"Todo pueblo que se respeta y que estima en algo su dignidad, debe fundar un imperio". Era eso precisamente lo que en diversas formas había leído yo en la prensa desde que llegué a Italia, como parte de la ideología fascista, con lo cual se pretendía justificar los asaltos contra Abisinia y Albania, y el propósito de anexarse más territorios. Yo le decía que aquella idea me parecía falsa y contradictoria. Me parecía falso que se considerara más digno y respetable a un pueblo, por que a mayor número de otros hubiera sojuzgado, e indigno y nada respetable a aquél que tuviera como norma de convivencia mantener relaciones pacíficas y respetuosas con los demás; que esa falsedad se hacía más evidente si se aplicaba el caso a individuos: el mayor ladrón sería el más digno y respetable, teniendo en cuenta lo cual, el que quisiera respetarse más y hacerse más digno se apresuraría a buscar los medios de despojar a los otros de lo suyo, y se abalanzaría sobre ellos si quería cumplir con su deber para consigo mismo.

En segundo lugar, si todo pueblo que se respeta debe fundar un imperio, y si juzgamos bueno y debido que todo pueblo se respete, entonces debemos admitir que es bueno y loable que cada pueblo cumpla con ese deber; pero si cada pueblo quiere fundar un imperio, ¿con qué otros pueblos lo fundará? Porque una vez que hemos aceptado algo como bueno, lo ideal sería que en el mundo todos cumplieran con ello. Pero es el caso que para fundar un imperio es forzoso que haya pueblos a quienes se domine, a quienes se les arrebate el derecho de hacerse dignos y respetables, y aún de mantenerse libres. Y si esos pueblos se defienden, según la teoría de que todo pueblo que se respeta debe fundar un imperio, deberemos aceptar que no sólo hacen bien en defenderse, sino que cumplen con un deber al atacar y dominar a sus agresores, para así a su vez, fundar un imperio. Reconocido este

derecho, que deriva del deber que dice la teoría aludida, el mundo se vuelve un absurdo, una guerra a muerte en nombre de deberes incompatibles; a menos que confesemos que cuando decimos "todo pueblo que se respeta", etc., nos refiramos precisamente a nosotros los agresores y no a los demás, lo cual es un modo extraño de pensar.

Y por último le decía yo, si ustedes fascistas y nazistas, afirman que todo pueblo que se respeta debe fundar un imperio, ¿por qué le reprochan a Inglaterra que haya fundado un imperio? Según el modo de pensar de ustedes, el pueblo inglés se ha de respetar muchísimo, si en eso ha de consistir el respetarse; y en ese caso, más digno sería de que ustedes lo elogiaran. No, cuando ustedes acusan a Inglaterra, lo que ustedes lamentan, no es que ella haya fundado un imperio, sino que no sean ustedes quienes lo hayan fundado.

Lo que sucede es que esos pueblos agresores, con la mentalidad de aves de presa no han sabido ser ni cristianos ni humanos, en el sentido amplio de la palabra; con un desprecio absoluto por la dignidad de los otros pueblos, cada vez que han podido les han arrebatado sus derechos, y entre ellos el más sagrado, el que forma parte de la esencia misma del hombre: el derecho de ser libres. Así procedieron desde Roma y España, y con ello se alimentó su soberbia; y así quieren proceder de nuevo, en tono más agudo, los totalitarios actuales, que aun entre sí ya piensan devorarse.

En esos días a que me refiero, leía yo en un periódico alemán fragmentos de un discurso de Hitler, en el que éste incitaba a su pueblo a la guerra de conquista, a fin de que extendiera sus dominios, "como corresponde a un pueblo superior, como es el alemán", decía.

En esta lucha desenfrenada por el despojo a los otros, Hitler y Mussolini tienen la obsesión de Inglaterra: a veces la atacan desesperadamente, a veces la admiran, ya veces, las más, le buscan los puntos que a su juicio son vulnerables para despreciar a su modo. Veamos lo que a ese respecto dice Hermann Rauschning en su libro *Hitler me dijo*, capítulo XX, citando palabras que el mismo Hitler decía:

> ¡Ah!, dijo Hitler, ¿el Imperio Británico y su famosa constitución, he ahí lo que usted propone como modelo de lo que el nacional-socia-

lismo debe forjar para el futuro de Alemania? Pues no. Ese imperio presenta todos los síntomas de la descomposición y del hundimiento inevitable, porque no se encuentra por ninguna parte su voluntad de potencia. Cuando no se tiene el valor de dominar por la fuerza de los puños, cuando se vuelve a ser demasiado humano para mandar, ha llegado el momento de retirarse. Inglaterra deplorará su debilidad humanitaria. Ello le costará su imperio… Pero un imperio nuevo no podrá nunca hacer más que a sangre y fuego, sobre la violencia de la voluntad más dura y de la fuerza más brutal.

México, 3 de agosto de 1940.

XVIII. Disputándose el campo

Mientras no dominemos Europa no haremos más que vegetar… nos hace falta Europa y sus colonias. Quien la conquiste marcará con su huella el siglo venidero. Estamos designados para ese empeño. Si no lo logramos sucumbiremos, y todos los pueblos europeos perecerán con nosotros.

HITLER

A principios de este año me había instalado en una ciudad de Italia, antiguo centro de cultura. Alguna persona de la Universidad tuvo la bondad de invitarme a las conferencias de los jueves fascistas culturales, que sustentaban catedráticos de aquel Instituto. Cualesquiera que fueron los temas, sobre arte, lenguas, razas, etcétera, todas se daban con tendencias marcadamente nacionalistas y racistas (también en Italia tratan ahora de demostrar que la raza (?) italiana es la elegida). Asistían a esas reuniones, catedráticos y estudiantes en gran número. Difícilmente se daba una conferencia en que al comienzo, al medio o al fin, no se alabara en alguna forma a Mussolini y al fascismo; recuerdo perfectamente una en que se disertó con proyecciones, sobre los retratos célebres de emperadores romanos, cuyas esculturas se exhiben en los museos italianos; al examinar la escultura desde el punto de vista artístico, y poner de relieve las virtudes o grandezas del emperador representado, el orador

encontró ocasión propicia no sólo para evocar las antiguas glorias del Imperio Romano, sino para hablar enfáticamente de la grandeza de Mussolini, "el fundador del Imperio", como frecuentemente le llaman; se le comparó con Augusto, se dijo que era de la madera de los emperadores romanos, y que en él habían encarnado aquellos grandes hombres. Esta era la milésima vez en que en igual forma y con la mayor complacencia, había yo oído hablar en Italia del Duce y del novísimo imperio italiano.

Cuando poco después estuve en Roma, conocí una nueva forma de propaganda empleada por el fascismo para exaltar en el público el sentimiento nacional-imperialista, una forma plástica, por decirlo así, y es la siguiente: De la *Piazza Venezia* al Coliseo se abre la amplia y espléndida Vía del Imperio; la flanquean por un lado los restos del Foro Trajano y del Palacio Capitolino, y por el otro, el monumento a Vittorio Emanuele, y el Foro Romano y otros restos de palacios imperiales y de monumentos de aquella época. Estatuas de emperadores romanos se elevan a lo largo de la avenida. El sitio no puede ser más favorable para evocar en los italianos las glorias antiguas de Roma, para llenarlos de orgullo y para despertar en ellos el ímpetu bélico que los lance a crear de nuevo aquel orden de cosas desaparecido. Sobre los muros antiguos de la avenida, próximos al Foro Romano, el Duce ha mandado hacer una serie de grandísimos mapas geográficos, cada uno de los cuales va representando las etapas sucesivas del crecimiento de Roma, desde su nacimiento, pequeño punto en el Lacio, hasta el momento en que el Imperio alcanza su extensión máxima, desde Britania hasta el África, y desde Iberia hasta la Palestina y aún más al Oriente. Al recorrer con la vista aquellas representaciones, va uno dándose cuenta de los nuevos espacios conquistados, siglo tras siglo, de los nuevos pueblos vencidos, unidos al yugo romano. Junto a estos mapas siguen otros que parangonan con aquél el nacimiento y el crecimiento del Imperio Italiano: primero las colonias cercanas del África, y al último la Abisinia, y luego Albania. Para llegar a la meta, que es volver a rehacer lo que fue el Imperio Romano, todavía hay mucho que batallar; pero en eso están los fascistas italianos. Cierto, que no pudiendo realizar tamaña obra por

sí solos, Mussolini ha tenido que aliarse con Hitler, que también lo estaba ya necesitando.

Pero he aquí que el espectador se pregunta cómo van a salir de este embrollo ambos ambiciosos; porque también Hitler quiere fundar su imperio, no sólo rehaciendo el Sacro Imperio Germánico de la Edad Media, que incluía buena parte de Italia, sino que pretende extenderlo por todos los ámbitos de la tierra. Es cierto que Italia ha entrado a la guerra, con la mira de ganar su parte para los fines de su Imperio; pero lo ha hecho ocupando un lugar secundario, de ayudante. Luego, no sintiéndose bastante fuertes, ambos dictadores pretenden enredar a Franco en la guerra; claro que éste se ve tentado de entrar en la liza, porque también quiere rehacer el imperio de sus antepasados, y ya se atreve a insinuar que "se le devuelvan" sus colonias a España (¿quién se las tendrá que devolver?); pero recordemos que España de Felipe II también dominaba en Italia, de tal suerte que, empalmándose en vastas zonas los tres imperios que pretenden resucitarse, ¿cómo van a resolver estos tres "emperadores" tal problema de impenetrabilidad? Por supuesto, esto no es problema para Hitler, que ha demostrado de hecho y de palabra que sus compromisos no tienen validez alguna y que sólo los usa como medios dilatorios, o de "oportunismo histórico" como él mismo los llama; él lo ha dicho repetidas veces, de palabra y por escrito que su objeto es la dominación mundial, sin compañías: "Un amo, no dos", son sus palabras. El mismo Hitler confesaba a Hermann Rauschning sus vastos planes de dominación con las siguientes palabras: "Nos hace falta Europa y sus colonias… Nuestro espacio completo es Europa. Quien lo conquiste marcará con su huella el siglo venidero. Estamos designados para este empeño. Si no lo logramos sucumbiremos, y todos los pueblos europeos perecerán con nosotros. Es una cuestión de vida o muerte".

Sueñan los tiranos con dominar el mundo, solos o acompañados, y en sus sueños olvidan que aún les queda por vencer en la lucha definitiva; pero ignoran o quieren ignorar que en el interior de sus dominios ya bullen los gérmenes de su derrota, las masas de descontentos, nacionales y extranjeros sometidos, que también son hom-

bres, que ansían recuperar su libertad y emplearán todas sus fuerzas y toda su inteligencia para destruir precisamente a aquellos que los han sumido en la vergüenza y el dolor. Y a lo mejor tantos sueños de grandeza caerán por tierra como edificios de base falsa, al soplo del menor viento. Un incidente cualquiera puede provocar la caída.

México, 6 de agosto de 1940.

XIX. ¡Silencio!

Y se produjo el rayo del 30 de junio…
(la purga sangrienta de 1934).
Hitler, de un solo golpe, amordazó la opinión en
toda Alemania, pero había desgarrado la carne
viva de la nación, con una herida que no ha
dejado de supurar y de envenenarla.

RAUSCHNING

Durante los días que tuve ocasión de pasar en Bruselas, al comienzo de la guerra, en septiembre de 1939, sucedieron consecutivamente en el transcurso de ese mes tres casos de sabotaje en el corazón mismo de la ciudad de Berlín, y de los cuales sus habitantes en general no tuvieron conocimiento; fueron explosiones de bombas en el Ministerio del Aire, en las oficinas centrales de Policía, y en otro centro burocrático del nazismo, que no recuerdo. El Ministerio del Aire se encuentra ubicado en *Leipziger Strasse*, una de las calles elegantes y céntricas, de las de tráfico más intenso; las oficinas de Policía, en otro lugar muy concurrido, no lejos del edificio del Ayuntamiento, y el tercero también era un lugar importante de la ciudad. Estos casos de sabotaje se supieron en Bruselas, y cuando volví en el mismo mes a Berlín, algunas personas de allí me comprobaron la noticia. A *sotto voce* se repetía entre algunos extranjeros, que los atentados causaron estragos en los edificios citados, pero no se supo si descubrieron a los

responsables, ni mucho menos, qué suerte habrían corrido en caso de que los hubieran cogido. Ya se sabe cuál es el castigo que se aplica en Alemania a los que tal cosa hagan: o la pena de muerte, o el Campo de Concentración. De los habitantes de Berlín, excepto quizá los que inmediatamente después de los atentados pudieron darse cuenta por su propia vista, de las ventanas hechas astillas y de otros desperfectos que se notaban desde el exterior, nadie tuvo noticia de lo acontecido; la prensa no dijo absolutamente nada sobre esos casos, y la gente que lo supo, procuró no decir nada tampoco. Los desperfectos se repararon a toda prisa.

Después, durante mi permanencia en Italia, también tuve ocasión de saber de otros casos de sabotaje, ocurridos en Alemania, especialmente en ferrocarriles y en fábricas; esto se sabía tanto por la prensa que llegaba del extranjero, como por lo que se decía entre los alemanes u otras personas que venían de Alemania a Italia. Es curioso que estas cosas mejor se supieran fuera que dentro de aquel país, y es porque aunque dentro de él las sepan algunos, estos cuantos procuran callarse por miedo a la denuncia y a las terribles consecuencias. También se sabía de otras señales de descontento contra el nazismo, como ésta: en Berlín, aprovechándose de la falta de luz artificial durante las noches, debido al oscurecimiento total que rigió desde el comienzo de la guerra, los descontentos que fueron suficientemente atrevidos para hacerlo, escribían o fijaban letreros en las paredes de las calles, con expresiones contra el régimen y sus prohombres, y contra la guerra; al amanecer la policía andaba lista buscando dichos letreros para hacerlos desaparecer inmediatamente. De esta manera, y con las penas dictadas contra los que divulgaran noticias desagradables para el nazismo, se mantenía y se mantiene un completo silencio en toda Alemania en torno de las manifestaciones antinazis que aparecieron al comienzo de la guerra.

La supresión absoluta de la opinión pública se había llevado a cabo en Alemania desde la purga sangrienta del 30 de junio de 1934, que Hitler y los suyos ejecutaron en todo el país contra los amigos y enemigos del nazismo, que no iban de acuerdo con la política de arbitrariedad y de crimen en que se había embarcado el hitlerismo.

A partir de entonces, la denuncia y la Gestapo llevaron a la muerte o a los Campos de Concentración, más temibles quizá que la misma muerte, no sólo a los judíos y a los comunistas, sino a todo aquél que se atrevió a pensar diferentemente de como pensaban Hitler y sus secuaces, o a criticar sus procedimientos. Y si este silencio se impuso desde antes, las medidas se exacerbaron a partir del comienzo de la guerra. A tal grado se ha llegado en esta cuestión que el extranjero, que con un poco de conocimiento y sensibilidad del ambiente, se dé cuenta de lo que allí pasa se queda asombrado de que el pueblo alemán se haya sometido tan absolutamente a la voluntad que sobre él pesa. Y no puede menos de pensar que allí acontece una de dos cosas: o bien están dominados todos por el miedo, o bien han perdido ya lo costumbre de ser libres. En cuanto a Hitler, él sabe como todo tirano que sólo puede reinar donde no se ejerce el discernimiento, donde si se habla es para alabarlo, donde no se discute, donde no se cambian ideas; para impedir que la gente discutiera libremente, tuvo cuidado de suprimir desde el principio del reinado del régimen toda clase de asociaciones, principiando por las secretas; en la actualidad sólo existen las agrupaciones vigiladas y controladas por el nazismo, Hermann Rauschning nos dice algo en su libro *Hitler me dijo*, refiriéndose a lo que pensaba Hitler sobre el peligro de la libre expresión de las ideas, según conversación que con él tuvo:

> El dominio de las masas (según lo decía Hitler) era un problema sumamente importante; pero la destrucción del adversario lo era también. Estos dos problemas tenían por otra parte un elemento común: Debía evitarse tanto en un caso como en otro, todo cuanto significara argumentación y refutación de opiniones ajenas; todo aquello que diera lugar a la discusión y a la duda…

En efecto, tenía razón Hitler, pues tiranía y libertad de pensamiento, que es el ejercicio del propio entendimiento, son incompatibles. Por eso, con la amenaza en una mano y la propaganda de que todo lo ha invadido, en la otra, sólo se deja oír en cada instante la voz de los

amos. Las doctrinas más estrafalarias e inhumanas encuentran el clamoreo de los que por miedo, por la vanidad nacional o racial, o por el propio modo de ser, han sido arrastrados a la causa nazi, o bien el silencio de los que, elevándose por sobre la mediocridad de un ambiente pervertido, aún piensan por sí mismos.

México, 12 de agosto de 1940.

XX. Alemania, inmensa cárcel

En adelante el orden alemán será
el de un campo atrincherado…

HITLER

Uno de los medios que Hitler ha empleado en Alemania para evitar que en el pueblo cunda el descontento, y lograr que soporte con el mejor ánimo los rigores a que lo ha sometido durante años, y a que lo sigue sometiendo desde que comenzó la guerra, ha sido el de mantenerlo en una completa ignorancia de todo aquello que sucede dentro o fuera de Alemania, que pueda ser contrario a los intereses del nazismo. Bajo este régimen, el país se ha convertido en una vasta zona cerrada, dentro de la cual, como en una inmensa cárcel, se mantiene al pueblo aislado del resto del mundo. Sólo los dirigentes del Partido saben lo que sucede y lo que se dice fuera del país; a los demás se les permite saber únicamente lo que conviene y en la forma que conviene. Esto parece una exageración y sin embargo así es. Tal estado de cosas existía desde años atrás, y a partir del rompimiento de las hostilidades, las medidas que se tomaron al respecto llegaron al punto máximo del rigor. En efecto, se dictaron desde luego varios decretos prohibitivos, entre los cuales, los siguientes: por considerarse reos de traición a la Patria, se aplicaría la pena de muerte a quienes se sorprendiera leyendo algún periódico u otra clase de noticiero proceden-

te del extranjero; igual pena para los que se sorprendiera escuchando por radio las transmisiones provenientes del extranjero; también sufriría la misma pena el que formara corrillos para hablar o discutir sobre la guerra o sobre política internacional, o transmitiera noticias de guerra desfavorables para Alemania y el nazismo. Se aplicarían severos castigos a quienes aun sin formar parte de corrillos, acogieran o transmitieran noticias o rumores desfavorables. Estas disposiciones se hicieron saber públicamente, y todos los que en esos días estuvimos en Alemania, nos pudimos dar cuenta de ellas. Sólo debería leerse la prensa alemana, y escucharse las informaciones que transmitieran las agencias oficiales. Esto se hacía así, decían, con el objeto de preservar al pueblo del peligro de la confusión que malintencionadamente trataría de introducir el enemigo por medio de "falsas" noticias. De esa manera, durante la mayor parte del tiempo que duró la guerra contra Polonia, los alemanes ignoraron que las tropas aliadas al Este de la línea Maginot habían penetrado en territorio alemán y que, aunque parcialmente, ya se estaba combatiendo en todo el frente occidental; cuando a fines de septiembre pasé de nuevo por Alemania, pude darme cuenta de este increíble estado de ignorancia en que se encontraba la gente. Por supuesto, para hacer efectivos los decretos prohibitivos a que me he referido, hubo necesidad de aumentar considerablemente el servicio de espionaje y de contraespionaje, tanto que, como expresión gráfica de este estado de cosas, se decía que con frecuencia, de tres personas que se reunían, en Alemania, una era espía y otra contraespía.

A pesar de estas medidas drásticas oí decir en Italia que en Alemania había personas que para escuchar las radioemisiones venidas del exterior y al mismo tiempo para escabullir el peligro, hacían uso de unos aparatos diminutos que podían colocarse hasta bajo la almohada, sofocando de esa manera el sonido, y podían esconderse prontamente en caso de que llegara la policía. Sin embargo de estas y de otras precauciones, han sido frecuentes las veces en que se ha sorprendido infraganti delito a los radioescuchas o se les ha denunciado. ¿Cómo ha logrado la policía darse cuenta de estas infracciones? Seguramente por medio de las denuncias domésticas o de los vecinos próximos; quizá en visitas domiciliarias imprevistas, hechas a casas señaladas como

sospechosas, se inspeccionaban los aparatos de radio aplicándoles determinadas pruebas, según oí decir.

Baste esto para darse cuenta del grado hasta el cual los individuos están sometidos y vigilados por la policía, y a merced de ella. Si ese pueblo, bajo esas condiciones, se siente satisfecho o desgraciado, por ahora nadie puede saberlo, ya que toda expresión de descontento se ha hecho imposible. En realidad, Alemania se ha convertido desde hace años en un gigantesco Campo de Concentración, o en campo atrincherado, para usar la misma expresión de Hitler, en donde rigen las reglas de la guerra. El rigor más despiadado para el que ose levantar la voz ha sido la orden del día desde antes de la guerra. Así lo decía Hitler a Rauschning, según cita que éste hace de las palabras de aquél, en su libro tantas veces mencionado, *Hitler me dijo*, como sigue:

> Aplastaré a todo aquél que no obedezca mis órdenes. No aguardaré a que la rebelión sea pública y conocida de todos. Actuaré en cuanto tenga la menor sospecha de insubordinación. Seré implacable para los enemigos y nada me detendrá.

¡Y éste es el hombre que quiere establecer un nuevo orden en el mundo! Pero una cosa sí es indudable: que el anhelo de vivir una vida libre y digna es eterno, mientras el hombre exista, y que tarde o temprano este anhelo hará despertar las conciencias oprimidas y pervertidas, y dará fuerzas a los que aun sienten y piensan inteligentemente, para sacudir esta pesadilla que actualmente está padeciendo el mundo.

México, 15 de agosto de 1940.

XXI. Aves rapaces

El hombre escrupuloso que se cree obligado a consultar su conciencia antes de poner su firma, no es más que un estúpido: que se mantenga al margen de la política.

HITLER

Por el mes de mayo de 1937 me encontraba en Roma y me tocó presenciar dos actos que con gran pompa organizó el fascismo para celebrar el primer aniversario de la conquista de Abisinia. De las colonias africanas llegaron contingentes de tropas para participar en el desfile con el que culminarían los festejos. Tres días de fiesta señalaba el programa, y para que de toda Italia concurriera gente a Roma, a presenciar la celebración de la victoria, se hizo una considerable rebaja de precios en los ferrocarriles. En estos días recorrí la ciudad para darme cuenta del aspecto y del ambiente de fiesta. La gente afluía de todas las provincias, las calles estaban animadísimas y adornadas con profusión; grupos de soldados italianos y africanos se veían por todas partes rodeados de curiosos; en los lugares más visibles de los muros de las calles había inscripciones que recordaban a Mussolini como el fundador del Imperio o citaban sus palabras como los pasajes de un nuevo evangelio: el Evangelio de la fuerza dominadora. Del Rey nadie se acordaba. Hubo tanta gente en Roma, que los "albergos" y los restaurantes de todas categorías fueron insuficientes para atenderla.

Tenía aún fresco el recuerdo de la ola de indignación que había levantado en el mundo entero el atentado de Italia contra Abisinia. En esos años todavía se condenaba en el mundo a los países que sin más derecho que el de la fuerza bruta y el de la propia conveniencia atacaran los más débiles. En este caso el crimen había sido más repugnante porque tanto Italia como Abisinia pertenecían a la Liga de Naciones, es decir, estaban ligadas por el doble compromiso: de rechazar la agresión en general, como medio de entendimiento internacional, y de ayudarse entre sí los miembros de la liga cuando se vieran amenazados. Todavía más: se recordará que el mismo Mussolini fue el abogado ante la Liga para que Abisinia pasara a formar parte de esta.

Durante esos tres días de fiesta viví en una continua contrariedad; veía claramente la inmoralidad nacional: regocijarse el ladrón de haber despojado al indefenso; no podía creer que toda la gente fuera tan inconsciente de aceptar como glorioso lo que era ignominia; permanecer uno callado me parecía complicidad. En uno de esos días, hallé ocasión de conversar con una persona de una tienda; le pregunté a quién querían más, si al Rey o a Mussolini; me respondió que al Rey lo querían porque era el Rey, por tradición; pero que a Mussolini lo querían mucho porque había hecho bien a Italia, que era un gran patriota. Le dije que qué gran cosa había hecho por el pueblo; me respondió que conquistar a Abisinia, porque con eso Italia tendría qué comer; le dije que si creía ella que un pueblo tenía derecho de conquistar a otro nada más porque le convenía conquistarlo; ya no me quiso responder.

La conversación me había causado profunda tristeza; en realidad los seres humanos en su inmensa mayoría, tienen la moral del animal de presa; así piensan: "es bueno lo que me conviene, es patriota el que enriquece a mi patria, aunque sacrifique los intereses de los otros; los derechos que reclamo como sagrados, lo son cuando se trata de mí, pero no valen en el caso de los demás". Mirando aquel regocijo, que a mí me parecía repugnante, no podía olvidar una escena que presencié una vez aquí en Monte Albán; un águila bajó rápidamente de los aires a coger un conejito y se elevó con él, entre las garras; probablemente se lo llevó a sus hijuelos y en ese día todos ellos tuvieron un festín; el gesto del conejito fue desgarrador, pero nada pudo hacer para escapar;

para los aguiluchos el águila fue aquel día una excelente madre, no pensaron en la víctima. Sólo que los animales rapaces se alimentan de presas; no pueden producir para vivir. ¡Pero el hombre no tiene garras, sino inteligencia y sentimiento! Inteligencia, que es intelecto inventivo y razonador, y comprensión universal. Con ella puede trabajar y producir, y crear, y discernir y juzgar; concibe lo que es derecho; puede amar y fraternizar, y sentir que el otro ser humano, el próximo, es un ser humano como él mismo. Pero prefiere cerrar los ojos de su entendimiento, porque si los abriera se espantaría de sí mismo. Lo que es genuinamente humano lo ha pervertido de tal manera el individuo que, por satisfacer su egoísmo, no su necesidad, comete los mayores ultrajes, a sabiendas de que el ultraje es pernicioso. Y de allí nace toda la desgracia, propia y ajena, y convierte en infierno lo que podía ser vida pacífica y feliz.

En honor de la verdad, debo decir que aun en aquellos días había individuos que no compartían el regocijo de la "victoria", a pesar de toda la propaganda.

En esos días ya se había hecho la amistad facho-nazista,[1] y se recordará que Alemania apoyó decididamente a Italia en su empresa declarándose abiertamente contra las sanciones decretadas por la Liga de Naciones; de los miembros de ésta sólo Inglaterra y alguno que otro ensayaron de aplicarlas; los demás miraron antes su propia conveniencia, y aunque moralmente condenaron la agresión, colaboraron con su actitud a hacer ineficaces las sanciones. El tiempo ha transcurrido, y lo que fue un caso aislado de la moral facho-nazista se ha convertido en una cadena de atentados de la misma especie; hoy muchos de aquellos países indiferentes han caído ya víctimas de los mismos agresores; otros reprochan a Francia y a Inglaterra el haber dejado cobrar fuerzas a esos malhechores internacionales; como si sólo a ellas hubiera competido hacer lo que fue y ha sido obligación de todos, aunque no fuera sino por propia defensa.

Estando nuevamente en Italia en este último invierno tuve ocasión de conversar sobre la agresión hacia Finlandia; la lucha se desarrollaba

1 Actualizado, en el original "fascio". N del E.

en su punto álgido; los rusos eran derrotados a cada embestida; pero Finlandia necesitaba un pronto y eficaz auxilio. Algunas de las personas con quienes platicaba me decían: ¡Pero qué hacen Inglaterra y Francia que no ayudan! ¿Por que no mandan armas y soldados? Mas no se les ocurra decir: ¿Pero qué hacen Italia y Alemania? Y sobre todo, ¿por qué hemos cometido nosotros los mismos atentados? Por el contrario, justificaban los actos contra Abisinia y Albania diciendo que tenían necesidad de esos territorios, porque Italia era muy pobre. Y cuando yo les decía que por qué no iban los italianos a trabajar a otras partes; como tantos hay trabajando como simples hombres de empresa o trabajadores, me decían que no se trataba de eso, sino de ir como amos, para no dejar el fruto de su trabajo en beneficio de los países a donde irían a trabajar, sino de explotarlos en beneficio de Italia. Como siempre, juzgaban que sus crímenes no eran crímenes; juzgaban como el ave de presa. Para mí, es esta mentalidad, que justifica la rapiña, la que debe revolucionar, la que debe cambiar, si hemos de salir de este caos infernal para iniciar una era menos desgraciada, en la que cese por lo menos la maldición que hemos sufrido o estamos sufriendo: la maldición de las conquistas y de las explotaciones individuales y colectivas. Sólo esta revolución en las conciencias podrá establecer un nuevo orden en el mundo; pero no el orden forjado de amos crueles de una raza o clase que a sí misma se llama superior, y de esclavos *ad aeternum*, suministrados por los pueblos conquistados; no un orden nuevo nacido de la lucha por el poder y la dominación en el interior y en el exterior, como piensan Hitler y los suyos (véase el capítulo VI de *Hitler me dijo*, por Hermann Rauschning), sino un nuevo orden en un mundo de hombres, simplemente hombres.

México, 19 de agosto de 1940.

XXII. Cinismo fascista

No reconozco ninguna ley moral en política.
La política es un juego que admite todas las artimañas
y cuyas reglas varían constantemente según la
habilidad de los jugadores…

HITLER

Desde que llegué a Italia a fines de septiembre de 1939, me pude dar cuenta de la actitud que ésta asumía ante el conflicto europeo; los fascistas no trataban de disimular sus intenciones, pues con toda franqueza no exenta de cinismo, confesaban que Italia vendería cara su participación en la guerra, que entraría a ella cuando se definiera la situación y se viera de qué lado se inclinaba la balanza. "Créame —me decía uno en Bolonia—,[1] el Duce no es nada tonto; nos llevará a la guerra a su tiempo, al lado de los que saquemos mayor ventaja".

En una ciudad del Norte de aquel país tuve ocasión de encontrar a un buen amigo mío, italiano, a quien había conocido en Londres; era profesor de letras y conocía bien a los poetas alemanes del XVIII; tenía estrechas relaciones con los centros universitarios italianos, a causa de su profesión docente. Cada vez que platicábamos sobre la situación, no dejaba de confesarme su desilusión por la juventud italiana. "Es desconsolador —me decía—, ver la actitud moral de los jóvenes con-

[1] Actualizado, en el original "Bologna". N del E.

trolados por el partido, ya sean estudiantes o militares; en el conflicto actual no les importan Alemania ni los aliados (Francia e Inglaterra); cínicamente dicen que hay que ser prácticos y unirse a los que se vea que van a vencer".

No difería esta actitud de la que guardaba oficialmente el Partido; recuerdo que hacia mediados del invierno leí en la prensa las declaraciones del secretario del Partido en que, en resumen, decía lo siguiente o en parecidos términos: "Italia no hará la política de ningún otro país sino la propia; su entrada en el conflicto será determinada por los intereses de Italia y no por otros".

Por el contrario; la opinión pública en general, que se dejaba entrever para quien sabía observar ciertos síntomas, difería mucho de la de los fascistas. En Roma y en Florencia, notaba yo una decidida repugnancia por la causa nazi. "No podemos olvidar —oía yo decir—, que nuestros parientes y amigos murieron en la otra guerra peleando al lado de los franceses contra los alemanes". Otros decían: "Desde que Mussolini hizo alianza con Hitler, Italia está perdida; si gana Alemania, Italia quedará a merced de la insaciable ambición de Hitler; y si ganan los Aliados, Italia pagará el haberse unido a Hitler". Era opinión de muchos, que a pesar de los cálculos oportunistas de Mussolini, Italia tendría que entrar tarde o temprano a la guerra, obligada por Alemania. "Estamos ya entre sus manos", decían. En efecto, así era, pues Italia se veía prácticamente invadida de alemanes, aun desde antes de que empezara la guerra; y desde que comenzó esta, la afluencia de estos elementos aumentó, y los personajes de la policía secreta alemana (Gestapo) y de la diplomacia iban y venían de Alemania a Italia, como si se tratara de un mismo país; todo esto se sabía por la prensa, que anunciaba la llegada de dichos personajes.

Poco después de las declaraciones del Secretario del Partido, a que me he referido antes, por boca del mismo Ciano, en un famoso discurso que éste pronunció frente al Consejo de los representantes del Partido, se supo que Hitler había obrado en los casos de Austria, Checoslovaquia y del pacto con Rusia, sin aviso previo a Mussolini, lo cual, se dejaba entender, era tratar a este sin los miramientos debidos a un aliado. "Estas declaraciones —me decía mi amigo el literato— ha-

cen pensar que Mussolini busca la oportunidad de obrar con libertad, pues puede zafarse del compromiso con Hitler alegando a su tiempo que éste ha provocado y embrollado el conflicto sin consultarle ni aun avisarle". Todo esto confirmaba lo que tanto se repetía, que Mussolini quería estar libre para hacer la guerra con el que pareciera que sería el vencedor.

Esta actitud ambigua comenzó sin embargo, a definirse, hacia fines de febrero; el pretexto fue el bloqueo inglés, y la detención por éste del carbón que venía de Alemania para Italia. Estaba yo en Bolonia y allí presencié una conmoción de los estudiantes en el interior del edificio de la Universidad; azuzados por elementos fascistas, gritaron contra Inglaterra por la detención del carbón. Fuera de ellos, nadie sino la prensa protestó por aquel incidente del bloqueo.

En Roma fue donde más claramente noté la repugnancia de la gente por la causa alemana. En los días en que Hitler y Mussolini se vieron en el Brénnero y se llevó a cabo la invasión de Dinamarca y Noruega, la prensa fascista se puso ya abiertamente del lado de Hitler. Sólo el *Osservatore Romano*, órgano del Vaticano, el único periódico no fascista, ponía los hechos en su justo punto y sus editoriales condenaban este nuevo acto de piratería; entonces se hizo palpable de qué lado estaban las simpatías del público. Puede decirse que no había una persona que no comprara este periódico; como el número de un día sale desde la noche anterior, la gente esperaba haciendo cola en los puestos la llegada de las primeras remesas, y a los pocos momentos se había agotado el tiro en toda la ciudad; a mí me pasó muchas veces no poder encontrar un solo ejemplar por ninguna parte, si no me apresuraba desde luego a comprarlo; en estos días se hacían sobretiros para el día siguiente, o sea el de su fecha. Mis amigos me decían que ese simple hecho bastaba para demostrar que la gente ya estaba cansada de la prensa fascista y quería conocer realmente la verdad de los acontecimientos.

Para quienes juzgaban con independencia parecía increíblemente contradictoria la actitud del fascismo; considérese por ejemplo lo siguiente: mientras que durante el tiempo que duró el conflicto ruso-finlandés, la prensa se deshacía en denuestos contra el atropello bolche-

vique, rendía homenaje precisamente en esos días a los soldados Italianos que volvían de Albania, llamándolos patriotas, héroes, etcétera, sin recordar que en el asalto contra este país se trataba del mismo caso que el de Finlandia; la misma prensa levantaba un clamoreo contra los daños que a los países neutrales causaba el bloqueo inglés, que en suma, se reducían a demoras, y se callaba si no es que disculpaba, los hundimientos de barcos de los mismos neutrales, con la correspondiente pérdida de vidas causada por las minas alemanas puestas sin aviso, lo que es contra toda ley internacional y humana; entre los barcos hundidos algunos fueron italianos. El escándalo condenatorio de esta prensa llegó al colmo cuando Churchill, entonces Primer Lord del Almirantazgo, pronunció aquel famoso discurso, advirtiendo a los neutrales de lo peligroso de su actitud, aun para ellos mismos; se le reprochaba haber ofendido la susceptibilidad de los neutrales, y a los pocos días esa misma prensa aplaudía sin restricciones la agresión que Alemania cometía contra Noruega y Dinamarca.

Esto y los sucesos posteriores han venido a confirmar lo que desde un principio fue la norma del fascismo; precisamente la ausencia de todo criterio moral que no fuera el de la propia conveniencia: cargarse del lado que se inclinara la balanza. Sólo que puede haberse equivocado, porque aún oscila la balanza y el albur puede volverse en su contra. A los hombres del fascismo podría aplicárseles las palabras que Hermann Rauschning dice a propósito de Hitler. He ahí el hombre del que se decía que su política se basaba en principios inflexibles, pero que desde su debut en la escena del mundo ha renegado de todo su pasado con un cinismo sin precedentes: la única idea que impera en su espíritu es la de mantenerse en el poder.

México, 22 de agosto de 1940.

XXIII. Antifascismo en Italia

El terror es el arma política más poderosa y no me voy a privar de ella porque choque a algunos burgueses estúpidos.

HITLER

Después de tres años de ausencia volvía yo a Roma en marzo del presente. No poco quedé sorprendida desde el primer momento al ver que aquí, más que en las ciudades del Norte del país, la popularidad de Mussolini había disminuido notablemente desde 1937. Las ganancias que todos esperaban por la conquista de Abisinia no se veían por ninguna parte, y la anexión de Albania no había entusiasmado a nadie. Probablemente la amistad facho-nazista era en parte la causa de este cambio, pues seguía yo notando aquí, más que en las ciudades del Norte, que los alemanes no gozaban de popularidad entre los italianos, debido en gran parte a la actitud altanera y de superioridad que aquellos adoptaban en el trato diario.

Ya desde que llegué a Florencia, donde me hice de conocidos, empecé a notar la gran influencia que ejercía el actual Papa sobre la mayoría aplastante de la población, y el ascendiente, por lo menos sentimental, que el Rey había recuperado, en detrimento de la popularidad de Mussolini. Recuerdo que precisamente allí en Florencia, un historiador de literatura italiana me decía que ninguna persona digna,

perteneciente a los círculos cultos de Italia, podía comulgar con el régimen fascista, ni mucho menos con los métodos mussolinianos: "Han pisoteado nuestra dignidad de hombres libres y pensantes", me decía; y cuando me refirió la visita de Hitler a Mussolini en años pasados, me dijo: "Los vi cuando pasaron juntos en el mismo coche; me parecieron dos delincuentes paseando impunemente entre gentes de bien".

Sin embargo, las conferencias de los jueves fascista-culturales que oí en una Universidad del Centro y las manifestaciones estudiantiles que allí presencié me habían dado la impresión de que en esa ciudad predominaba el fascismo. Por eso grande fue mi sorpresa al llegar a Roma, cuando pude constatar un ambiente general antifascista y, se entiende, antinazista. No había casa que yo frecuentara, de personas conocidas, en donde no oyera las conversaciones más antifascistas imaginables: se criticaba la amistad con el nazismo, se repetían chascarrillos, adivinanzas, "colmos", cuentos, apodos en boga, todo para ridiculizar a los prohombres del fascismo-nazismo; entre los que criticaban había profesores, estudiantes, empleados, amas de casa, señoritas bien y aun militares y expatriados alemanes. Se leía mucho el *Osservatore Romano* (periódico del Vaticano, nada fascista ni nazista) y *Le Matin* y *Le Temps* de Francia, y con frecuencia de estos tres se agotaban las ediciones.

Una vez, en una casa amiga, donde se reunía gente universitaria, después de oír que se criticaba a ciertos intelectuales fascistas, les decía yo a los presentes que era un alivio para mí darme cuenta de que por lo menos en Roma abundaba la gente de criterio libre, independiente, lo que no había notado en Provincia, sobre todo en cierta ciudad universitaria, y les explicaba lo que allí había presenciado. Uno de los concurrentes, profesor distinguido, de historia, me respondió: "Las conferencias de color fascista que usted oyó en ese lugar no indican de ninguna manera que quienes las pronunciaron sean fascistas, ni que los que concurrieron a oírlas lo sean también; yo, como profesor, me he visto obligado a darlas; ante un auditorio de estudiantes y de colegas, he alabado el régimen y ponderado sus virtudes y beneficios, y ya ve usted que de fascista no tengo nada". "¿Pero por qué lo ha hecho usted?", le dije. "Porque me ha tocado en turno hacerlo, y de negarme a

ello me aplicarían las sanciones, que es perder el empleo, boicotearme para que no pueda encontrar trabajo en otra parte, o desaparecerme". Luego, volviéndose a los otros, les dijo: "Recuerden ustedes que así han desaparecido Fulano y Zutano; aquél por haberse negado a dar conferencias fascistas, éste por haber dicho algo contra las teorías neo racistas del Partido. Mengano pudo escapar yéndose a tiempo a los Estados Unidos". Después, dirigiéndose a mí, agregó: "Lo que pasa es que en las ciudades de provincia los ojos del fascismo controlan mejor a las gentes, porque la población es mucho menor que en Roma, y allí es forzoso ocultar con mayor cuidado toda manifestación que delate a la persona como antifascista". Otro de los concurrentes, profesor de Filología, me dijo: "Yo también he hecho lo mismo; a pesar del rubor que me ha causado, he dado mis conferencias fascistas". Aquello, dicho delante de todos nosotros, entre los que había estudiantes, era una confesión penosa. En otra ocasión, después de una conversación en que un joven estudiante se había referido al himno fascista *Giovinezza*, le dije: "A juzgar por los años que hace que Mussolini está en el poder; y por lo que aquí oigo decir en boca de jóvenes, Mussolini ha fracasado en su propósito perseguido desde el primer momento, de apoderarse de la conciencia de la juventud. ¿Cómo explica usted eso?". Me respondió: "Los que hemos podido escapar se debe a la influencia de nuestras familias". Por fortuna, pensé yo, el poder del fascismo no ha podido amordazar a las gentes en el seno de sus hogares; afuera, en la calle, todos callan o mienten; pero en casa se puede hablar con libertad, cuando entre los asistentes no hay alguno que sea francamente fascista; siquiera el hogar ha escapado a esa desgracia que existe en Alemania: la desconfianza entre los miembros de una misma familia, el temor de que los jóvenes denuncien a los mayores. Creo también que esto que pasa en Italia se debe al carácter de todo pueblo latino, donde la mayor tiranía no ha podido jamás acallar la expresión del pensamiento, aunque sea a *sotto voce*, y en forma de crítica mordaz. Pero quizá eso que parece simple desahogo tiene más importancia de lo que se supone, para formar o mantener una opinión pública independiente; quizá es verdad lo que Hitler decía a Hermann Rausch-

ning, aunque refiriéndose a la propaganda, así en su libro *Hitler me dijo*, capítulo XXXV.

Sin duda alguna puede intentarse durante un cierto tiempo la propaganda individual, pero en las horas críticas la masa se crea por doquier, en la calle, en la fábrica, en la panadería, en el Metro, allí donde se reúnen diez o doce personas.

México, 23 de agosto de 1940.

XXIV. Espionaje

Sí, nuestro camino está lleno de fango. Pero no conozco a nadie que no se haya ensuciado los pies sobre el camino de la gloria…

HITLER

En la tarde de un domingo del pasado mes de abril, tomaba yo el café con una amiga mía en un establecimiento de uno de los bulevares más concurridos en Roma. Platicábamos de la situación general y del peligro que ya se cernía sobre Italia de ser arrastrada a la guerra. En esos días toda la gente murmuraba contra el gobierno: se habían aumentado las contribuciones; se había ordenado que se declarasen todos los objetos de cobre; el costo de la vida había subido rápidamente y comenzaba a racionarse el consumo de ciertos artículos de primera necesidad; además, crecía la malquerencia hacia los nazis.

Hablábamos en voz baja por temor de ser escuchados; aparentemente no había por qué desconfiar, pero mi amiga insistía en exigirme precauciones. "Usted no se imagina —me decía—, hasta qué punto han organizado el servicio de espionaje y contra espionaje: hay espías entre los meseros, en los mozos del hotel, en la servidumbre de las pensiones; es espía el desocupado que inocentemente pasa las horas perdidas en los cafés observando el entrar y salir de los clientes; etcétera. De todos hay que cuidarse". Ella sabía todo eso porque tenía un amigo

que era contra espía, es decir, vigilaba a los espías; me decía que los espías recibían muy buen sueldo, el cual hacían efectivo en ciertos bancos; luego me dijo que aunque la persona de quien me hablaba era un buen amigo suyo y gustaba de contarle alguno de sus incidentes de su vida de espía, ella por el contrario no le contaba nada, y, sobre todo, le ocultaba sus sentimientos antifascistas porque le tenía desconfianza.

Del café nos fuimos a casa de mi amiga. Allí encontré a otras personas de su familia. Mi amiga les repetía lo que me acababa de advertir; entonces uno de los jóvenes presentes me afirmó que todo aquello era cierto. Y nos dijo: "Les voy a contar lo que presencié anoche en un cine. Estábamos en la revista mundial de la semana; pasaban escenas de la guerra, unas veces del lado de los franceses y otras del de los alemanes. Por supuesto el salón estaba a oscuras. Cuando pasó algo del lado de Francia alguien aplaudió con entusiasmo; inmediatamente encendieron la luz, y cuando pudimos ver, ya tenían cogido al individuo y luego fue entregado a la policía". "Eso le demuestra a usted —me dijo—, que la cantidad de espías que hay por todas partes es muy grande; de otro modo no habrían podido coger a aquella persona tan inmediatamente". Ahora me explicaba yo por qué toda la gente callaba y disimulaba fuera de casa. Por lo demás, por todas partes había letreros oficiales ordenando a la gente que callara por temor a los espías (refiriéndose a los extranjeros) y que no se discutiera sobre política ni sobre estrategia. Claro que estas órdenes tenían también por objeto evitar la expresión de la opinión pública.

Como de propósito, en esos días me tocó saber de cerca de un hecho que quizá fue de espionaje. Fue el siguiente. Acudíamos una amiga mía no italiana y yo a la Biblioteca Vaticana, y con frecuencia salíamos juntas de allí y tomábamos el mismo ómnibus. El día que se inició la gran batalla naval de Narvik, subimos al ómnibus cuando aún tenía pocos pasajeros; entre ellos había dos mujeres que parecían alemanas. Había mucha excitación por las noticias de la guerra; mi amiga, algo despreocupada, me dijo en voz un poco alta: "¿Qué resultado tendrá esta batalla? Yo deseo que ganen los ingleses". Le hice seña de que callara, pero ella continuó: "Como soy extranjera, no podrán hacerme nada por causa de mis opiniones". Inmediatamente observé que

aquellas al parecer alemanas, voltearon a mirarnos: A los pocos días, cuando volví a ver a mi amiga; me contó lo que le había pasado, que fue así: En la noche misma del día en que pronunció aquellas palabras en el ómnibus, llegaron a su pensión como huéspedes dos jóvenes militares, y notó que hacían buenas migas con dos de las muchachas sirvientas. Al día siguiente mi amiga llegó noche a su casa, y al abrir la puerta del departamento donde estaba su cuarto, quedó muy sorprendida de oír voces en éste de donde luego salieron rápidamente de él las dos sirvientas y los dos militares. Mi amiga se disgustó mucho y ellos se deshicieron en disculpas; uno de los militares quiso explicarle el caso diciéndole que meses antes él había ocupado ese mismo cuarto, donde había estado muy a gusto, y que ahora había querido verlo de nuevo. Las muchachas suplicaron que no se le dijera nada a la patrona. Mi amiga no dio aviso del caso, esperando poder observar más, pues luego supuso que aquellos eran espías. Al día siguiente, antes de salir a su trabajo, se le apersonó a mi amiga el otro militar para rogarle que no fuera a creer nada malo de ellos, y le juró ser cierto lo que antes le habían dicho, "a fe de militar"; y luego le preguntó: "¿De qué es usted profesora? Habla usted varios idiomas, ¿verdad? Debe ser muy interesante su trabajo"… Iba a proseguir, pero mi amiga le paró el alto con una expresión de disgusto y desconfianza, como para decirle: "¿Es usted acaso policía secreta?". Es de advertir que mi amiga tenía sobre su mesa, libros, apuntes, copias fotográficas referentes a su trabajo, correspondencia en varios idiomas y otros papeles por el estilo. No había duda de que la noche precedente habían revisado sus papeles. Ese mismo día vio en la pensión a una joven rubia, que parecía ser italiana del Norte o alemana del Tirol: acababa de hospedarse en un cuarto cercano al de los militares, y en la noche la oyó conversar con ellos. A la mañana siguiente, mi amiga, que de costumbre salía temprano, se quedó más tiempo en su cuarto; de pronto alguien abrió su puerta y apareció la muchacha rubia, en ademán de entrar. Muy sorprendida, le dije que la dispensara, que creía que aquél era el cuarto de sus amigos. "No —le respondió mi amiga—, recuerde usted que viven en el de enfrente". Al medio día del siguiente, mi amiga fue a un banco a arreglar asuntos de cambio de moneda; estaba esperando su turno

cuando entró la muchacha rubia, que se dirigió a la Caja, de donde recibió buena cantidad de billetes de Banco. Cuando se disponía a salir, mi amiga procuró encontrarse con ella, y la saludó riendo; la muchacha también se rio, con expresión que bien pudo significar: ¡Vamos! ¡Una espía contra otra espía! No volvió a verla. Los dos militares se fueron de la pensión a los pocos días. Entre tanto, mi amiga había seguido dejando todos sus papeles sobre su mesa de trabajo; si aquellos eran espías, buena ocupación les había dado; los había tenido intrigados leyendo y descifrando cartas en varios idiomas, y fotografías de documentos antiguos, y mientras allí estuvieran, les había evitado andar tras otras presuntas víctimas. Luego que partieron, mi amiga se informó con la patrona acerca de aquellos jóvenes y sólo logró saber que eran sicilianos.

Mi amiga y yo nos inclinábamos a creer que aquello había sido un caso de espionaje; pero ¿qué había hecho mi amiga para que la policía hubiera sospechado de ella? Sólo recordábamos aquellas palabras dichas en el ómnibus, y a aquellas dos mujeres al parecer alemanas, que nos habían mirado con tanta insistencia. Probablemente ellas habían hecho la denuncia y quizá habían seguido a mi amiga hasta su pensión. El hecho era de todas formas significativo, y confirmaba lo que ya me habían dicho: los agentes de la policía alemana y de la italiana pululaban en Italia en esos días tanto como en Alemania, como los ojos y los oídos omnipresentes de la dictadura. Y ahora cabe preguntar: ¿Quiénes resultarán victoriosos en esta lucha del movimiento, los tiranos que con sus métodos de terror y espionaje pretenden perpetuar su poder, o el anhelo natural del individuo a ser libre? *¡Chi lo sá!* Una cosa es evidente y hasta perogrullesca: el poder de los tiranos se sustenta en el miedo de los pueblos y de los individuos; siempre que éste ha desaparecido, las tiranías han caído estruendosamente, y sólo así caerán en el futuro; el pensar libremente, de parte de los gobernados, sin prejuicios y sin miramientos a intereses bastardos, conduce deliberadamente a la acción recta y sin miedo, con lo cual, las tiranías son imposibles. Por el contrario, campo propicio para que éstas florezcan son el temor, la ambición de la gloria, de poder o de dinero, la vanidad, el orgullo, etcétera, que conducen al servilismo y a la abdicación

del pensamiento libre. El tirano lo sabe y por eso corrompe siempre y en todas las formas, apoyándose en las debilidades del hombre y exaltándolas. He aquí un pensamiento de Hitler a ese respecto, que Hermann Rauschning cita en su libro; *Hitler me dijo*, capítulo XLV:

> He pensado a menudo, redactar un manual de las debilidades humanas. Hacemos bien en especular sobre los vicios de los hombres más bien que sobre sus virtudes. La Revolución Francesa apelaba a la virtud. Será preferible que nosotros hagamos lo contrario.

México, 30 de agosto de 1940.

XXV. Temían a la guerra

…Aspiramos al poder con todas nuestras fuerzas y con todas las fibras de nuestro ser; temblamos de impaciencia y de codicia, y lo gritamos a todo el mundo.

HITLER

¿Quería el pueblo alemán hacer la guerra? Me parece que no. Querían hacerla y soñaban con hacerla en la forma más destructora y cruel, Hitler y los suyos, y con una paciencia y un tesón satánicos, ellos se pusieron a pervertir la mentalidad de su pueblo, y a fabricarle los instrumentos con los que habrían de llevar a los otros la destrucción y el dolor más fríamente calculados.

El sentir general de los alemanes, quitando a las gentes del Partido Nazi, no sólo era contra la guerra, sino principalmente, de miedo a la guerra. Para decir esto me baso en los siguientes hechos sintomáticos que pude observar en los cuantos días de agosto del año pasado que estuve en Berlín.

Una amiga mía, fanática nazista, aquella que me decía con tanto énfasis que los polacos no tenían derecho a defender su territorio (véase mi artículo II) temía sin embargo que el conflicto se resolviera en guerra con Francia e Inglaterra, y ponía todas sus esperanzas en Chamberlain, entonces primer ministro inglés, quien sabría encontrar una solución pacífica. El amigo que en vísperas de la guerra me in-

vitó a tomar el café (véase mi artículo III), hombre de vasta cultura y de gran corazón, reprobaba el paso que iba a dar Hitler contra Polonia, porque, según preveía, eso desencadenaría la guerra general. Él también esperaba y deseaba ardientemente que el Parlamento Inglés encontrara una solución pacífica. Él mismo me aseguraba que nadie en Alemania, excepto los nazis, deseaba la guerra; me decía: "Observe usted cómo no hay ningún entusiasmo. ¡Qué diferencia con el que había en 1914! Entonces se nos hizo creer, por lo menos, que la Patria estaba en peligro, que el enemigo marchaba sobre nuestras fronteras; hoy ni eso; todos nos damos cuenta de que Alemania es la agresora y de que, para justificarse, Hitler ha agitado doctrinas, unas pasables y otras absurdas, que en cada caso ha abandonado cuando ya no le han servido para su objeto de momento". Y agregó: "Nos dicen que las democracias son lentas, que llevan la desventaja, porque no pueden tomar decisiones rápidas, ya que necesitan la aprobación de las mayorías, ¿y qué ganamos nosotros con las dictaduras? A merced del capricho del Dictador, éstas son mucho más peligrosas, ¡puesto que nos llevan a la catástrofe contra nuestra voluntad!".

Precisamente cuando me dirigía a la casa de dicho amigo, subieron al tranvía en que yo iba tres mujeres que, después de sentarse, empezaron a hablar entre sí de la inevitable guerra contra Polonia. Estaban muy exaltadas y una de ellas decía en voz alta: "¡Si no entienden razones (los polacos) ya entenderán a nuestros cañones!". Y miraba a los pasajeros como buscando aprobación a sus palabras. Yo observaba, y noté que no hubo absolutamente ninguna reacción entre los pasajeros; siguieron tan callados y tan indiferentes como si nada hubieran oído.

Un dependiente de una tienda, quien por sus palabras me pareció nazista, me aseguraba que no habría guerra (quería decir con Francia e Inglaterra). "¿Por qué ha de haberla si nadie la quiere?". Sólo que él pertenecía al grupo de los que deseaban que, sin resistencia, todos los países fueran cediendo ante las amenazas de Hitler, y era de los que acusaban de causar la segunda guerra a los que se defendían del zarpazo nazi.

El día que Hitler pronunció su discurso en el Reichstag, para proclamar la anexión de Danzig, fue cuando más claramente se vio que

la gente tenía miedo a la guerra y no la deseaba; podía observarse en la calle a las gentes con caras de temor y silenciosas; nadie comentaba nada; el entusiasmo no asomaba por ninguna parte. Un *chauffeur* que ocupé ese día, mientras Hitler estaba pronunciando su discurso, no tuvo obstáculo en expresarme la situación de temor en que el nazismo mantenía a Alemania desde hacía más de cuatro años bajo la amenaza constante de provocar la guerra. Ese mismo día observé en algunos meseros del restaurante donde comí el medio día un grado tal de temor que les hacía hasta perder el control de sí mismos (véase mi artículo XV). El día en que se decretó la movilización, que me parece que fue el siguiente al del discurso famoso, por la noche salí a cenar a un restaurante popular; al poco rato de haberme sentado, llegó a instalarse a la misma mesa un hombre más bien joven que de edad madura; a otro joven que estaba allí y a mí nos pidió el correspondiente permiso, y eso fue el pretexto para querer conversar conmigo; se notaba que estaba borracho, cosa que no se ve comúnmente en público en Alemania; y empezó a decirme: "Señorita, dispénseme, que estoy tomando; hoy no soy aún soldado, pero mañana lo seré; estoy ya movilizado; ¡ellos lo han querido!". El tono en que me lo decía era de reproche y de tristeza; ni el otro joven que nos hacía compañía ni yo dijimos nada; más valía callar. Yo procuré levantarme pronto de ahí.

Un mes después volví a pasar por Berlín. La guerra contra Polonia había sido favorable para Alemania y pude notar desde luego el efecto de ello sobre todos; los encontraba envalentonados y hasta una de las sirvientas de una casa que yo frecuentaba se comportaba en un tono más alzado. Sin embargo, faltaba la parte más dura, la que ellos temían, la guerra con occidente.

Desde entonces a esta parte, los sucesos han parecido favorecer a Hitler; y no podría yo decir si ahora hay o no en el pueblo alemán el entusiasmo por la guerra, que absolutamente faltaba en un principio. De todas maneras, es exacto afirmar que fueron Hitler y el nazismo quienes arrojaron al mundo europeo a la hornaza de la guerra, guiados por el odio y la envidia al servicio de un deseo insaciable de dominación y de poder. Tampoco los otros pueblos querían la guerra; pero debe agregarse que ni sus gobernantes la querían, como lo demues-

tran las repetidas gestiones que hicieron para detenerla y convencer a Hitler de su locura, aun pasando por actos que pudieron parecer de debilidad, y tolerando agresiones anteriores.

Caiga pues, sobre Hitler y los suyos toda la responsabilidad inmediata de la presente guerra; compartan con él el peso de tanta sangre derramada, la amargura de tantas lágrimas de inocentes y el dolor y humillación de tantos seres humanos ultrajados, los que lo han seguido y los que, como los prohombres del fascismo y del comunismo, no sólo hicieron posibles los actos de agresión de Hitler, sino que a los de él han sumado sus propios actos de agresividad y han aumentado con ello los horrores que actualmente afligen al mundo.

Es oportuno recordar que en la guerra de 1914 fue Alemania también la agresora, entonces guiada por otro megalómano, el Kaiser Guillermo II; quien, como ahora Hitler, se estuvo preparando con años de anterioridad para lanzarse con ventaja a la matanza, y fue él quien, como ahora Hitler, sin respetar compromisos ni leyes, también violó territorios neutrales.

Cuando arrasó ciudades belgas, cuando mató a millares y millares de seres humanos que no habían pensado en hacer la guerra, cuando incendió bibliotecas antiquísimas, y destruyó tesoros de cultura, todo eso estaba bien, era su derecho de agresora; pero cuando vencida, recibió las consecuencias del cataclismo que ella misma desató, entonces Alemania se sintió injustamente tratada; aquello sí no estaba bien, la medida no debía ser igual para ella que para los otros. Y ahora ha vuelto a repetir la historia. Pero digan Hitler y los suyos, ¿qué Versalles podrá devolver a los pueblos agredidos lo que material y moralmente se les ha arrebatado en la presente guerra? Y no es que se juzgue buenas e ineludibles las revanchas, no; ojalá que el presente conflicto, tan doloroso para todos, abriera los ojos al mundo para hacerle ver que sólo podrán evitarse en el futuro tragedias como éstas, cuando desaparezcan las causas que la han engendrado, como son el ansia de poderío y de dominación, así en pueblos como en individuos, con sus hijos legítimos el nacionalismo, el orgullo de raza, de religión o de clase, el afán de riqueza, todo lo cual conduce al empeño de conquistar y explotar a otros pueblos, tratándolos como inferiores, como si fueran rebaños, y

así es como se explica que los dominadores hablen con toda tranquilidad de repartirse o arrebatarse las colonias, ¡como si los hombres de ellas no tuvieran el derecho de ser libres! Recordemos nosotros la triste historia de nuestra dominación, (aún respiramos polvos de aquellos lodos). Hoy el peligro surge más grande que nunca; el instinto del animal de presa amenaza enseñorearse de todos, convirtiendo a los seres humanos en enemigos irreconciliables. Por lo cual convendría recordar las palabras de Rauschning, que dice en su libro *Hitler me dijo*, refiriéndose a Hitler y a la guerra que ha provocado:

> Es más, mucho más que un conflicto europeo, a propósito de cuestiones políticas. Hoy "la Bestia surge del abismo", y todos, sin distinción de nacionalidad, los alemanes al igual y aún más que los demás, tenemos que coaligarnos para un único y común esfuerzo: volver a cerrar el abismo.

México, 3 de septiembre de 1940.

XXVI. Hitler y el papa

O nosotros, o los Francmasones, o la Iglesia.
Pero jamás dos juntos. Eso se excluye y la Iglesia Católica
ha comprendido la situación… Hoy somos nosotros
los más fuertes y es por eso que eliminaremos a los
otros dos: la Iglesia y la Francmasonería.

HITLER

Tal como veía la situación en Italia desde que llegué a ella en septiembre de 1939, vacilaba yo entre creer que le sería difícil a Mussolini entrar a la guerra al lado de Alemania, o que inevitablemente tendría que hacerlo. Había razones para pensar una y otra cosa. Por una parte, el fascismo se había comprometido demasiado con el nazismo a ayudarle; había pactos firmados de por medio; y si bien este hecho no habría sido un estorbo para obrar en forma contraria a lo pactado, pues tanto el uno como el otro de los comprometidos han demostrado ante el mundo entero el valor nulo que conceden a la palabra empeñada, en este caso ambos eran cómplices de los mismos atracos internacionales y la empresa de lanzarse sobre nuevas víctimas incitaba sus tendencias, entraba precisamente en su programa. Además, y esto era lo que me parecía sintomático, en Italia se veían alemanes por todos lados. No solamente eran los ya establecidos de antemano, sino los turistas del momento, en cantidades de llamar la atención; también pude darme cuenta de que había un número no des-

preciable de alemanes comerciantes viajeros que estaban en continuos viajes de Alemania a Italia y viceversa, lo que hacía fácil la existencia y el funcionamiento de un cuerpo de información para Alemania, de todo lo que pasara en Italia, a la que le habían tomado algo más que el pulso. Además, parecía que la Gestapo tenía la puerta abierta en Italia, a juzgar por lo que se leía en la prensa. Así pues, me parecía que zafarse del compromiso le era difícil a Mussolini, aunque lo hubiera querido.

Por otra parte, las razones siguientes hacían pensar que quizá le fuera difícil a Mussolini arrastrar al pueblo a la guerra al lado de Alemania: primero, las antipatías que desde tiempo atrás siente el italiano por el alemán (un individuo me decía: "No podemos olvidar, además de las experiencias de la otra guerra, lo que antes se nos enseñaba en las escuelas, que los alemanes han sido nuestros naturales enemigos"); y segundo, su sentimiento antifascista y antinazista. Pero, según me platicaban algunos amigos míos, había algo más serio que habría podido impedir a Italia entrar a la guerra: la enemistad, a muerte que existe entre el nazismo y la iglesia católica, y las simpatías tradicionales entre la casa de Saboya y Francia. Cuando cierta vez se hablaba de estas cuestiones en una reunión a la que ya asistía, uno de los concurrentes me dijo, con asentimiento de los demás: "Todo mundo sabe aquí que ni el Rey ni el príncipe heredero desean hacer la guerra a Francia, y que lo que el Rey determine que se haga en esto, será obedecido por cierta rama de las fuerzas armadas"; por supuesto, se cuidaban de decirme qué rama era esa, si la de tierra, la aérea o la de mar. En cuanto al Papa, todos tenían esperanza de que se opondría decididamente a que Italia ayudara al nazismo, pues sabía que el triunfo de éste significaría la más seria amenaza para el poderío de la Iglesia. Ahora bien; observando el arraigado catolicismo que domina en el pueblo italiano, era fácil creer que una decisión tomada con firmeza por el Papa tendría que influir poderosamente en la actitud del pueblo. A este respecto había yo oído decir a unos amigos en Florencia que en Italia quien determinaría el sentido que habría de tomar la política internacional del país sería el Papa. Si no hubieran sido bastante claros la encíclica papal y los discursos pa-

pales pronunciados durante este periodo de guerra frente a diversas congregaciones de los primados de la Iglesia, para demostrar el antagonismo doctrinario del Papa actual hacia el nazismo, tanto como hacia el bolchevismo, con solo leer los editoriales y las noticias del diario del Vaticano, habría llegado uno a la misma conclusión. Por lo demás este antagonismo está pagado con la misma moneda por los nazis, mejor sería decir que fue el nazismo quien provocó esta lucha; bastaría saber cómo se han expresado Hitler y los suyos de la Iglesia, del clero y aun de Cristo el judío; cómo han perseguido en Austria y Alemania al clero católico, y sobre todo, con qué saña y crueldad nunca igualadas se ha tratado al clero polaco, cercenando su misericordia a sus más visibles cabezas. Las informaciones que el *Osservatore Romano* publicaba bajo el título de *El noticiero polaco*, o algo parecido, provocó en varias ocasiones las iras de Hitler, quien dos veces dio sus órdenes para que se prohibiera la venta de dicho periódico, lo cual se hizo así durante el tiempo que estuve en Italia. Sin embargo, el Papa no cejó, ni la gente tampoco, pues clandestinamente seguían comprando el periódico.

Por eso no hay que dudar que la lucha, más o menos encubierta, sigue entre ambas potencias: entre la cruz blanca del Papa romano y la cruz negra de Hitler; entre el que dice ser el Vicario de Cristo, para predicar el amor y la igualdad entre los hombres, y el que a sí mismo se llama el nuevo Redentor de la humanidad, el que la redimirá por la dominación de los ario-germanos, los hijos de Dios, sobre las pululantes masas de esclavos, que serán los demás pueblos conquistados; él, que sustituirá la por él nunca bastante odiada religión cristiana, hija del genio judaico, por la religión de los hombres fuertes, el paganismo nórdico. He aquí un pasaje de la conversación sostenida entre él y Hermann Rauschning, que éste nos relata en su libro *Hitler me dijo*, a propósito de su programa de lucha contra la Iglesia Católica: Decía Hitler, "…Pascuas no será ya la Resurrección, sino la eterna renovación de nuestro pueblo, Navidad será el nacimiento de nuestro Salvador, es decir, del espíritu de heroísmo y de liberación. ¿Creéis que no darán esa enseñanza de nuestro Dios en sus iglesias esos sacerdotes liberales que no tienen ya creencia alguna y que ejer-

cen sencillamente su función?… ¿Que no reemplazarán su Cristo por nuestra cruz gamada? En lugar de adorar la sangre de su Salvador de otro tiempo, adorarán la sangre pura de nuestro pueblo; harán de su hostia el símbolo sagrado de los frutos de nuestra tierra alemana y de la fraternidad de nuestro pueblo"… "Los cuervos (el clero) no deben hacerse ilusiones… Pasó su hora. Han perdido la partida". Capítulo VII.

El aparente antinazismo mancomunado del Papa, del Rey y del Pueblo, me hacían pensar que el equilibrio del Eje Nazi-fascista era sumamente inestable y con frecuencia me preguntaba quiénes podrían más en la hora decisiva, si Mussolini y Hitler, o el Papa, secundado por el Rey y el pueblo. Hemos visto que los dos tiranos. ¿Qué factores entraron para ello en juego? ¿Que ofrecieron o cómo amenazaron Mussolini y Hitler para maniatar a sus contrarios? Y sobre todo, ¿por qué ha callado el Papa? Probablemente porque se vio abandonado. Por lo que al pueblo toca, creo que como tantos otros que gimen bajo las tiranías, ha llegado a un estado tal de temor o de indiferencia por su destino, que muy difícil será que se rebele contra sus opresores a menos que sobrevenga un fracaso para éstos. Así me lo decía un profesor universitario, refiriéndose a la clase media ilustrada. Cuando yo le preguntaba por qué, siendo antifascistas en su mayor parte los intelectuales, no había ningún movimiento de oposición, me decía: "Nosotros somos una clase sin voluntad, sin dignidad cívica; lo que nos importa es conservar nuestros empleos y que no nos molesten. Comprendemos todo el mal que encierra la dictadura, nos indignan los crímenes que éste comete, hay rebeliones aisladas, individuales, pero nada más". Otro italiano me ha dicho que lo que se necesita es que haya hombres que se enfrenten a la dictadura, que entonces estallará la revolución. Y yo me pregunto. ¿Dónde está la salvación definitiva? ¿Está en que haya caudillos, a quienes seguir, o en la transformación, en la liberación que sufra la conciencia de cada uno de los individuos? Probablemente en esto último; es decir, no en el catolicismo, sino en aquello que nunca, desde Cristo, hemos podido comprender, el sentido del verdadero cristiano.

Entre tanto, la guerra ha comenzado en Italia. Lo que se juzgó un golpe maestro de oportunismo mussoliniano se está convirtiendo en algo serio para aquella nación. Quizá empujados por la catástrofe que ellos mismos desencadenaron, esos conductores de pueblos ruedan de su pedestal al perderse en el aire sus bellas ilusiones de grandeza.

México, 4 de septiembre de 1940.

XXVII. Inglaterra país libre

He aquí por qué si ese hombre (Hitler) llegara un día a triunfar no sería sólo las fronteras lo que cambiaría. Al mismo tiempo desaparecería cuanto para el hombre tiene un sentido o un valor.

RAUSCHNING

Me encontraba en Londres desde 1937. El ambiente de mi pensión era de lo más pintoresco. Había entre nosotros pacifistas, excomunistas, naturistas, laboristas, o simplemente inconformes. Un judío inteligente y bondadoso, de buen humor siempre, representaba, con frecuencia en el grupo, el sentido común. La señora que guiaba la pensión había vivido varios años en Australia, donde se había afiliado a cierta escuela económica, y le gustaba discutir sobre esa materia; un joven, espejo de caballerosidad, estudiante de economía en la Universidad de Londres, nos proponía varias soluciones en ese terreno, para el bien social. Los pacifistas trabajaban en relación con los cuáqueros u otros grupos pacifistas, cuyas actividades se extendían hasta Alemania misma, para evitar la guerra. En todos reinaba más o menos el espíritu internacional. Con frecuencia me invitaban los huéspedes a mítines de ese orden o a festivales a beneficio de los refugiados y víctimas de los totalitarios, desde España hasta China. Nunca había estado yo en un ambiente tan interesado en los problemas y conflictos actuales, en que

se discutiera con entusiasmo y buena fe la participación que cada uno podría tener en su solución.

Lo que más me admiraba era el que, con todo y los prejuicios de cada quien, se mantuviera un tono liberal y sin odios en las discusiones. Tal parecía que expresarse y discutir el propio pensamiento fuera lo más natural. No cabe duda, me digo hoy, que esa actitud es el resultado del temperamento, o bien de un largo ejercicio de la libertad. Eso mismo podía yo observar también en otras partes de Londres, y aun en la prensa de aquellos días.

Uno de los espectáculos que todo visitante de la gran urbe tiene que presenciar es el que se desarrolla en las tardes, principalmente los domingos, a la entrada del Hyde Park, que es uno de los jardines más extensos de la ciudad. El lugar se llama Marble Arch y el espectáculo es el de la oratoria pública más variada que imaginarse pueda.

En ese ángulo del parque, en la parte más céntrica del West End, hay dentro de él un claro bastante amplio antes de que comience la arboleda; allí se instalan en alto las tribunas de los diversos grupos, escuelas, doctrinas laicas o religiosas, asociaciones, etcétera, que mandan allí a sus oradores a hacer propaganda. En cada tribuna se coloca en forma visible, la insignia del grupo correspondiente, o el rótulo que lo indique, de ese modo, el público se agrupa en torno de la tribuna que más le convenga.

Uno de los últimos domingos que asistí a tales mítines públicos, poco antes del advenimiento de la guerra, pude observar una mayor afluencia de auditorio en todas las tribunas: las había de pacifistas, pro defensa armada antinazi, católicos, judíos, comunistas, anticomunistas, etcétera, etcétera. Después de que cada orador hablaba seguía una discusión entre él y su público; quienes como yo, éramos simples curiosos, vagábamos de un grupo a otro, oyendo lo que se decía; lo que a mí me interesaba realmente era el espectáculo mismo y su significación, como acto de libertad de pensar. Me quedé ese día hasta después de que los oradores se retiraron; en el grupo en que me encontraba siguió la discusión entre los concurrentes. Se trataba de las ideas pacifistas que habían expuesto allí los oradores; los oyentes no habían quedado conformes; luego se suscitó entre algunos la cuestión

de Irlanda, que era de actualidad en aquellos días: si era oportuno darle la absoluta independencia o no, en vista del peligro nazi; de allí se pasó a hablar del derecho de cada pueblo a ser libre, etcétera. Me retiré llevándome la impresión de que aquella gente no temía escuchar las ideas más contradictorias, plantearse todos los problemas, enfrentarse a todos los conflictos y discutirlos aun por sobre los intereses de Inglaterra como nación.

Otra vez tuve oportunidad de asistir a un espectáculo admirable. Se trataba de un magno mitin antiimperialista, que tendría lugar en el Queen's Hall, la gran sala donde se dan los conciertos más famosos de Londres. Esa vez fui invitada por las señoras de mi pensión. Entre los puntos del programa figuraba como saliente el discurso de un famoso orador hindú, miembro prominente del Congreso Nacionalista de la India, cuyo nombre no recuerdo. Cuando la señora que me invitó, inglesa de cepa, me dijo de lo que se trataba, apenas lo podía creer. "¡Como! —le dije— ¿Un mitin antiimperialista en el Queen's Hall, en el corazón de Londres, organizado por grupos de intelectuales ingleses e hindúes? ¿Hay ingleses que, por sobre los intereses egoístas de la nación, luchen contra esa injusticia del poder que se llama imperialismo? ¿Es posible que tal lucha se haga abiertamente, aceptada por el gobierno inglés?". Entonces supe por boca de aquella señora que el movimiento antiimperialista era muy fuerte en Inglaterra.

Cuando llegamos al mitin, el teatro estaba a reventar. Ocupaban el estrado ingleses e hindúes; el mitin se desarrolló dentro del mayor entusiasmo; el orador hindú anunciado habló largamente y en forma serena y razonada, pero impresionante, poniendo de manifiesto la situación económica y social de la India bajo el imperio inglés, y las trabas que aquello significaba para el desarrollo y bienestar del pueblo hindú; cada uno de los aspectos en pro y en contra del problema fue expuesto con claridad.

Hablaron también otros oradores ingleses y el mitin terminó con una importante colecta para los cuerpos de ayuda médica inglesa que estaban operando en China, en las zonas de guerra.

El espectáculo me había conmovido profundamente. Un pueblo en cuyo seno se manifiesta tan ampliamente el sentir de parte o de toda

la opinión pública, sin que ello constituya el menor peligro para la marcha del país o la estabilidad de los gobernantes, es un pueblo verdaderamente grande, pues es indudable que ese mismo ejercicio de la opinión libre será el instrumento por el que la nación llegue a corregir sus propios yerros. Esto me hizo pensar que no estará lejano el día en que la India recobre por lo menos la libertad y la independencia de que gozan los dominios, ligados a Inglaterra sólo por lazos de tradición y de solidaridad, y quizá de intereses materiales.

Otras muestras de este sentir verdaderamente libre y humano había presenciado yo antes en Londres, tales por ejemplo, algunas conferencias científicas del Instituto Real de Antropología, precisamente al tratar de razas. Recuerdo que en una de ellas, un notable Profesor de Prehistoria demostró a la luz de los restos de grupos humanos primitivos que se han hallado en diversas regiones del mundo la mentira del mito de la raza aria y de su supuesta superioridad, y condenó por anticientífico el proceder del régimen político que sistemáticamente persigue, hasta suprimirla, toda investigación seria que no conduzca a la confirmación del dogma racista que aquél defiende. Se comprende que el régimen aludido, el nazi, no haga sino aplicar en su interés el falso concepto que Hitler tiene de la ciencia y de su objeto. He aquí cómo lo expresa Rauschning, repitiendo palabras del Führer nazi:

> La idea de una ciencia libre, independiente de la utilidad, no puede surgir más que en la época del liberalismo. Esa idea es absurda.
>
> La cuestión previa a toda actividad científica es saber quién quiere saber. No existe pues, jamás, otra cosa, que la ciencia de un grupo humano definido, en una época determinada…

Estas palabras me recuerdan las atribuidas a uno de nuestros historiadores "revolucionarios" marxistas, que decía que para sostener la tesis "revolucionaria" era permitido y debido alterar los hechos o callarlos cuando así convenía a la causa que se defendía. Aunque por lo general e inconsciente, esto es lo que hace cada individuo, eso no justifica nada ni autoriza a nada, porque eso es precisamente mala fe, o cuando me-

nos ineptitud científica, peligrosa, porque impide el conocimiento de la verdad, única base en la que puede descansar la solución de todos los problemas.

Al llegar a Alemania procedente de Londres, días antes de la guerra, el cambio de horizonte mental que experimenté no podía ser más brusco: de la libertad a la tiranía, de la democracia a la dictadura, de la civilización a la barbarie nazi… No era la Alemania que yo había conocido antes del advenimiento del hitlerismo; en los años que precedieron a esta catástrofe, la libertad de pensamiento que campeaba en las universidades alemanas, por ejemplo, era digna de los mejores pensadores que han honrado a ese país. Reflexionando sobre lo que ha acaecido allí, podría repetirse con Hermann Rauschning las palabras que éste escribe a propósito de Hitler y de su régimen, en su libro *Hitler me dijo*:

> He allí por qué si ese hombre llegara un día a triunfar, no serían sólo las fronteras lo que cambiara. Al mismo tiempo desaparecía cuanto para el hombre tiene un sentido o un valor.

México, 5 de septiembre de 1940.

XXVIII. El nacionalismo contra la paz

Nosotros no creemos que la historia sea una obra de campaña. Quisiéramos verla cernirse en una región serena, donde no existen pasiones, ni rencores o deseos de venganza.

FUSTEL DE COULANGES

Lo que debía haberse hecho era imputar la culpa de manera exclusiva al adversario, aunque ello no correspondiera a la verdad de los hechos.

HITLER

Por el mes de mayo de 1938 se efectuaron en Londres unas conferencias internacionales que organizaron las agrupaciones de maestros pacifistas afiliados a la Liga de Naciones. Durante una semana se desarrollaron los trabajos cuyo tema general fue el de la educación pacifista. Tuve ocasión de asistir a todas las sesiones y de seguir las discusiones que se promovieron sobre los medios que se deberían emplear en la escuela para hacer nacer en los educandos la buena voluntad internacional y la comprensión hacia los otros pueblos. Aunque yo no iba de acuerdo con todo lo que allí se decía, sin embargo seguía con interés las discusiones, que por lo menos mostraban la buena fe y

el empeño de los concurrentes en el problema en cuestión. Yo también había pertenecido años antes a una agrupación pacifista internacional y me había entusiasmado con sus campañas, como la del desarme y otras de orden sentimental. Pronto me convencí de que por ese camino era inútil cuanto esfuerzo se hiciera para evitar la guerra, mientras siguiera coexistiendo, arraigada en la conciencia de los individuos y de los pueblos, una serie de valores tenidos como legítimos y nobles en torno del sentimiento y del concepto de nacionalismo.

Para la fecha en que se efectuaban aquellas conferencias, ya Alemania se había apoderado de Austria y amenazaba con cercenar y aun suprimir a Checoeslovaquia; en consecuencia, los puntos que se discutían eran de actualidad en aquellos momentos.

Las conferencias llegaron a su término, y para darles un final solemne, se invitó para una de las últimas sesiones al mundialmente conocido pensador e historiador inglés H. G. Wells, quien hablaría a los maestros allí reunidos.

Por demás es decir que el día en que dicho señor habló, la sala de las conferencias estuvo concurridísima, especialmente por maestros de escuelas medias, que eran catedráticos de historia, ya que el tema anunciado de la plática indicaba que el orador se dirigiría especialmente a los profesores de ese "veneno que ha sido hasta ahora la enseñanza de la historia" (así se titulaba más o menos en el programa la plática del Sr. Wells).

Es lástima que no tenga a la mano la copia de ese discurso por todos conceptos interesantísimo (se publicó después en una revista histórico-literaria de Londres), para poder repetir aquí todo su contenido; pero al menos me referiré en términos generales y aproximados a ciertos pasajes que me dejaron profundamente impresionada.

Dijo que la enseñanza de la historia ha sido inspirada hasta los tiempos presentes por sentimientos fundamentales nacionalistas, cuando no partidaristas; que de esta manera, consciente o inconscientemente, se ha alterado no solamente la verdad de los hechos, sino principalmente el sentido de ellos, siempre en favor de nuestra patria y en contra de los que sucesivamente han sido nuestros contrarios. Que esta deformación de la verdad es más profunda y va más allá

de lo que aparentemente se cree; que comienza desde la idea que nos hemos formado, o que nos han enseñado, de la procedencia de nuestra raza y de nuestra cultura (se refería a la historia general, pero en especial a la del Viejo Mundo), imaginando que una y otra han nacido de un proceso aislado, algo así como de pueblo elegido, que ha culminado en un fruto actual, preciado por cada quien: nuestra patria, nuestra nación, nuestro territorio, etcétera. En consecuencia, la historia ha sido siempre y fundamentalmente una historia aislada de grupos humanos, la historia de naciones, es decir, nacionalista. Pero que si desapasionadamente se estudia el pasado de la especie humana, se verá que nada hay más erróneo que eso; que hasta el presente, vagamente puede señalarse el origen de los diversos grupos humanos actuales; que estos han emigrado constantemente desde los tiempos prehistóricos, fijándose un día en un lugar, y otro día en otro, mezclándose incesantemente unos con otros, que en esta larga historia de contactos y convivencias se ha ido formando la cultura, enseñándose unos pueblos a los otros, y aprendiendo los unos de los otros; incorporando a los propios medios e instrumentos de subsistencia los medios e instrumentos de los otros, desde los tiempos originales del hombre, desde que comenzó a tallar la piedra. De esta manera ha ido naciendo una cultura que podría llamarse universal, humana, que es patrimonio de todos, porque el fruto del esfuerzo y de la reflexión de todos los hombres. (Se refirió por ejemplo, a los antecedentes raciales y culturales del pueblo inglés, fuera y dentro de la isla). Luego dijo que este concepto de la historia nacionalista es aún más erróneo y absurdo en los tiempos presentes, cuando el aislamiento de los grupos humanos ya no existe. Especialmente en Europa, los pueblos se han acercado extraordinariamente, tanto en lo material como en lo espiritual, a causa del avance de la ciencia y de la técnica moderna, de tal suerte que la velocidad de las comunicaciones, los libros, la prensa, la radio, el comercio, las relaciones humanas, las comunicaciones de ideas, todo está haciendo convivir al hombre europeo como si perteneciera a un solo país; Europa es ya una sola comunidad, con una mentalidad común, y con la correspondiente comunidad de intereses. Las necesidades crea-

das dentro de la vida presente, rompen y saltan por sobre todos los obstáculos que separan a unos pueblos de otros.

Frente al derrumbarse de barreras entre pueblo y pueblo, se alza una institución que se opone a este estado de cosas, siempre creciente, cuya existencia, si bien tuvo quizá razón de ser en el pasado, es ya absurda e imposible en el presente; tal institución es la nación, como Estado independiente y soberano, antagónico de los otros de su especie.

La nación, en ese sentido, está siendo en la actualidad, una especie de barrera artificial que inútilmente trata de detener la corriente impetuosa de los hechos de la vida moderna, con los medios técnicos a que se ha aludido, y como tal, la existencia de la nación está siendo la causa de los más serios conflictos entre los pueblos, inclusive el de la guerra. Es el nacionalismo con su orgullo, su exclusivismo, sus fronteras, su territorio, su afán de poderío y toda la serie de intereses antagónicos que de todo eso se derivan, combustible propicio para la guerra.

En consecuencia, según Wells, condición esencial para evitar las guerras, por lo menos en Europa, ha de ser la desaparición de las naciones, como instituciones políticas, como entidades o Estados soberanos e independientes, de fronteras cerradas y de intereses opuestos, engendrados por un sentimiento nacionalista, el orgullo y el egoísmo nacional. En ese sentido, la Liga de Naciones no puede ser factor de paz, sino precisamente un estorbo para la paz, porque presuponiendo su constitución misma la existencia de naciones, está perpetuando eso mismo. Y no ha de ser una liga de naciones en el concepto arriba indicado, sino una comunidad de pueblos, la que ha de hacer posible la paz; comunidad de pueblos que de hecho ya existe, cuyos intereses son ya solidarios, cuyo pasado histórico en muchos aspectos es el mismo, a pesar de las diferencias accidentales raciales y culturales que puedan observarse.

Como conclusión, el orador invitó a los profesores de historia, allí presentes, pacifistas en su mayoría, a que examinaran los hechos esenciales que han marcado el desarrollo de la humanidad, y a que una vez comprendido eso enseñaran una historia que fuera la historia de la humanidad, en sus diversos pueblos, la que ha de venir a sustituir a la historia nacionalista y ha de quebrantar en la mente de los educandos

los prejuicios y fronteras del nacionalismo, que será el hecho precursor del quebrantamiento de las fronteras materiales que dividen y hacen enemigos a los pueblos.

Si bien H. G. Wells es en Inglaterra el más ilustre exponente de esta idea del universalismo histórico, profundamente humano, no es el único que piensa así; en el tiempo que viví en Londres pude darme cuenta de que esta idea se va abriendo campo allí, y parece que aun el pensamiento de los representantes de la política inglesa apunta por el mismo rumbo. Paso efectivo en este sentido fue el que Winston Churchill dio al proponer al último gobierno de la Francia libre, representado por Paul Reynaud, la formación de la unión franco-inglesa, y además, la fusión que parcialmente vino realizándose entre los dos países aliados, durante el invierno pasado, en materia económica y en mando militar. Algo de esa federación de pueblos se ha dicho en los discursos de los dirigentes ingleses sobre un posible orden europeo en el futuro, en una Europa libre.

México, 7 de septiembre de 1940.

XXIX. Tremenda equivocación

Hitler se sonrió despectivamente. Repitió que no se vería nunca jamás a Inglaterra ir a la guerra contra Alemania.

RAUSCHNING

"¡Inglaterra no quiere la guerra! ¡Inglaterra no irá a la guerra! ¡Inglaterra no está preparada para la guerra!". Así decía todo el mundo y así lo creyeron Hitler y los suyos hasta fines de agosto de 1939, con lo cual se envalentonaban todos ellos.

En efecto, Inglaterra no quería la guerra; Inglaterra no estaba preparada para la guerra, porque no pensaba en ella. Pero en lo que Hitler y el mundo se equivocaron fue en creer que Inglaterra no iría a la guerra, llegado el caso, y en que no podría prepararse para ella, una vez que se resolviera a hacerla. Un error de apreciación del carácter y de las capacidades del pueblo inglés le va a costar caro a Hitler y a sus secuaces; pues Inglaterra ha ido a la guerra y se pudo preparar para ella, y se sigue preparando en ella.

Yo, que en 1937 venía de Alemania, donde ya se respiraba el ambiente de preparación guerrera, al llegar a Inglaterra caí en el mismo error.

Hacía más o menos un año que me encontraba en Londres, cuando sobrevino la crisis de Múnich, en septiembre de 1938. Cuando meses antes, Hitler asaltó a Austria, una gran conmoción sacudió a Inglate-

rra; sin embargo, no se vio señal de que aquello significara causa suficiente para orillarla a la guerra. En consecuencia, Londres y el resto del país siguieron su vida acostumbrada, como si los días de paz fueran a prolongarse indefinidamente. La prensa era la única que llevaba el pulso del tiempo.

Vino el discurso desafiante de Hitler, pronunciado en Núremberg en el verano de ese año (1938), y como consecuencia, la agitación del partido nazi en los Sudetes en Checoeslovaquia, la cual culminó con la lucha abierta de ese partido contra el gobierno del país, y la resolución de Hitler, gritada a todos los vientos, de invadir a Checoeslovaquia. Esto fue como una bomba que estallara en el corazón de Londres; esto sí significaba la guerra inminente, y entonces fue cuando Inglaterra se dio cabal cuenta de la realidad de la situación, de la inminencia del peligro hitleriano.

Todo el mundo sabe cómo trabajaron en esos días Chamberlain y Daladier para detener la guerra y cómo se resolvió la crisis en las conferencias de Múnich, con la sesión de los Sudetes de parte de Checoeslovaquia, y las promesas de Hitler. Tres días consecutivos, de un lunes a un miércoles de aquel mes de septiembre, toda Europa estuvo en suspenso esperando el resultado de las gestiones inglesas y francesas cerca de Hitler, y por momentos, en horas amargas de aquel miércoles, último día de la crisis, se creyó en Inglaterra que estallaría la guerra ese mismo día. Las radios funcionaban constantemente anunciando los progresos de las gestiones, y los periódicos lanzaban extras casi a cada hora, con las últimas noticias.

Yo pasé precisamente esos tres días en Oxford, haciendo un trabajo de biblioteca, muy urgente, y no teniendo conocidos en aquella ciudad ni tiempo para leer la prensa, no pude darme cuenta de lo que estaba pasando en Europa. Cuando el miércoles por la noche volví a Londres, me encontré a las personas de mi pensión como a quienes acaban de pasar del peligro de un naufragio inminente. Me pusieron al tanto de todo lo que había ocurrido, y de que ese mismo medio día se había anunciado que el peligro podía haber pasado, pues Hitler convenía en entrar en las pláticas que se le proponían. Desde ese instante, pues, respiraban las gentes; sin embargo, estaban agotadas por el cansancio

físico: durante esos tres días habían trabajado sin descanso, previendo una ruptura de hostilidades. Por medio de la prensa, de carteles pegados en las calles, y sobre todo, por la radio, las autoridades de Londres habían estado dirigiendo e instruyendo a la población sobre lo que habría de hacer en la obra de defensa privada y pública, individual y colectiva; en cada casa se había trabajado en arreglar los sótanos para convertirlos en abrigos provisionales antiaéreos; a través de las escuelas se había estado organizando la movilización de los niños, de la ciudad al campo; en los hospitales se trabajó para asegurarlos de ataques y proteger a los enfermos; en las instituciones donde se guardan objetos preciosos de historia y de cultura, igualmente se habían tomado medidas de protección, y en los enormes parques de Londres y en otros lugares estratégicos, los hombres habían trabajado día y noche, febrilmente, abriendo trincheras e instalando baterías antiaéreas. No podía yo creer lo que contaban; yo misma despertaba a la realidad. Al día siguiente, al recorrer parte de la ciudad, pude convencerme por propia vista, de este trabajo de defensa.

Que todo esto hubiera sucedido en aquellos tres días de extremo peligro, era explicable; que ya hubiera vuelto el respiro a la gente, era natural; pero lo que sí fue extraordinario, lo que me causa asombro cada vez que reflexiono en ello es que, a partir de ese mismo miércoles, y sin un sólo día de interrupción, las obras de preparación y defensa para la guerra continuaron con el mismo ritmo, no digamos febril, sino con extremada y serena actividad, sistemática e integralmente organizada y en forma creciente, como si se tuviera la plena seguridad de que la guerra iba a venir y que sólo se la había alejado un tanto, precisamente para dar tiempo a prepararse para ella.

No por eso la gente se alteró; la vida londinense continuó como siempre; pero dentro de esa aparente calma, la preparación seguía activísima. Narraré en mi siguiente artículo sólo lo que pude observar y oír personalmente en lo que se refiere a actividades y obras de defensa, llevadas a efecto en Londres, y de las instrucciones que se comunicaban a la población de toda Inglaterra.

Sólo agregaré aquí que al mismo tiempo otro fenómeno que observaba yo en Londres, lugar de mi residencia: la afluencia copiosa de re-

fugiados de casi todas partes de Europa: judíos, alemanes, austriacos, italianos, españoles; parecía que todo perseguido e inconforme buscaba refugio bajo el cielo de la potente nación libre, junto a aquellas gentes en cuyos blasones se cuenta el de considerar como derecho humano, el de pensar como cada uno quiera o pueda, siempre que no cause daño al vecino. ¿Eran aquellos que afluían a Inglaterra, de buena fe o miembros de una quinta columna? ¿Era éste un nuevo peligro y un nuevo problema? Contra él y contra todos los demás iba a enfrentarse la valerosa nación con una energía insospechada. Cabe pues recordar aquí el grave error en que se encontraba Hitler a este respecto, cuando al referirse a los países democráticos, sobre todo a Inglaterra, le decía a Hermann Rauschning las siguientes palabras, que éste repite en su libro *Hitler me dijo*, capítulo XLV:

> No nos engañemos. Nuestros adversarios han perdido toda voluntad de resistencia. Cada palabra que resuena en su campo revela el deseo de trabajar con nosotros. Nos lo piden a gritos. Todas esas democracias, todas esas clases poseedoras que no piden más que abdicar, estarían muy satisfechas al verse desembarazadas de sus responsabilidades y en obtener la paz que yo consienta en garantizarles. No se trata de hombres que deseen el poder, que conozcan la sed y la voluptuosidad del poder. No hablan sino de deberes y responsabilidades. No aspiran a otra cosa sino a cultivar sus flores, pescar con caña y pasar sus veladas al amor del fuego, con la Biblia en la mano.

México, 9 de septiembre de 1940.

XXX. Inglaterra se prepara

Bien entendido, dominaremos en materia de aviación…
Nuestra superioridad sobre todos los demás
será aplastante. En este terreno no tenemos más
que un serio rival que temer: los ingleses.

HITLER

Sin perder un instante después de la crisis de Múnich, en septiembre de 1938, Inglaterra se entregó a la enorme empresa de prepararse para una guerra que amenazaba desencadenarse de un momento a otro, con caracteres destructores nunca antes vistos.

Las obras provisionales de defensa que a toda prisa se comenzaron en los tres días de aquella memorable crisis de Múnich, se continuaron en grande escala en todo el país. Sobresalía por su actividad la propaganda de la Real Fuerza Aérea (RAF) para reclutar pilotos y elementos para toda clase de equipos, entre hombres y mujeres. Por medio de grandes carteles fijados por todas partes, se hacían las invitaciones y se señalaban los centros de reclutamiento. Las trincheras e instalaciones de defensa y abrigos continuaron haciéndose en mayor número y más adecuadas. Poco después se pasó la ley de conscripción general. En la enorme institución de estudio donde yo trabajaba, se sometió al personal a diferentes ejercicios, por ejemplo, el de escuchar las sirenas de alarma, en medio del tráfago de la institución; el de dis-

tinguir los gases por el olfato, para que en caso de ataque con ellos, cada quien pudiera reconocer su presencia y su especie, a fin de actuar de acuerdo con ello. Esto y otros entrenamientos se hicieron generales en otras instituciones oficiales. Por radio y por la prensa se estuvo instruyendo a la población sobre la manera de neutralizar y combatir el efecto de los gases y se presionó a todos para que se proveyeran de sus respectivas máscaras.

Desde comienzos de 1939, la población londinense comenzó a ver en el cielo dos, tres, cinco y luego ejércitos de globos cautivos que mecían sus moles blancas por diversos rumbos de la ciudad. Durante una excursión que hice por el Sureste de Inglaterra, pude observar que la zona de los globos cautivos se extendía más allá de la gran urbe; en aquel entonces aun no me daba cuenta del papel tan de primer orden que tales globos iban a desempeñar en la defensa antiaérea, como lo estamos sabiendo en la actualidad.

También se hizo familiar a todos los habitantes de Londres, ver por las noches los haces luminosos "buscadores", que brotando de diversos puntos de la ciudad, giraban cruzando la oscuridad en todas direcciones; puede decirse que este ejercicio fue constante a partir de los días de Múnich; por eso ahora no es de extrañar que la prensa anuncie que con los haces luminosos se logra sin mucha dificultad localizar los aviones nocturnos enemigos, y cegarlos y perseguirlos hasta que caen o se alejan.

Bien entrado aquel año se anunció por la prensa y por radio, que se haría un simulacro de ataque aéreo sobre Londres, para lo cual vendrían flotillas de aviones de Francia, que simularían ser los atacantes; así se hizo, lo cual sirvió para un sinnúmero de observaciones de parte de los atacantes y de los defensores. También se llevó a cabo en varias ocasiones el entrenamiento del tráfico sin los fanales plenos de los semáforos: se cubrieron de negro y sólo se dejó descubierta una pequeña y delgada cruz luminosa en el centro de cada fanal, de suerte que de ninguna manera proyectara luz que pudiera observarse por el enemigo. Los demás faroles del alumbrado también se oscurecieron.

Dos o tres veces antes de la guerra, se ensayó el completo *black out* nocturno. En cada vez, la prensa y la radio estuvieron anunciándolo

y dando las instrucciones correspondientes. La primera noche que se ensayó, mucha gente salió a la calle, curiosa de experimentar lo que nunca había ocurrido en Londres, desde que ellos vivían: la completa oscuridad nocturna; peatones, vehículos y gendarmes supieron por primera vez cómo se camina en plena negrura en una gran urbe; los aviones volaron para darse cuenta del resultado, y si realmente el enemigo podía encontrarse sin luces que lo guiaran para localizar objetivos. En esa vez, algunos habitantes olvidaron apagar a tiempo sus luces dentro de casa; pero los gendarmes anduvieron listos recorriendo sus zonas de vigilancia para corregir los olvidos. Al día siguiente la prensa dio a conocer las observaciones rendidas por los pilotos, y en los ensayos siguientes fueron corrigiéndose las deficiencias.

La preparación de la defensa civil y nacional se prosiguió en otros sectores, se hizo el reclutamiento para los equipos de labores agrícolas, que quedarían formados especialmente por mujeres, generalmente las jóvenes; así surgió un verdadero ejército de muchachas londinenses a quienes se estuvo instruyendo en el cultivo del campo, de hortalizas, de frutales, etcétera; de modo que al iniciarse la guerra cada quien sabía lo que tenía que hacer, cómo y dónde lo tenía que hacer. La radio trabajó constantemente en este punto impartiendo conocimiento a toda la población, sobre diversos tópicos referentes a agricultura y alimentación, vegetal y animal. A las amas de casa se les instruyó sobre la forma de surtir la despensa bajo las condiciones de guerra, atendiendo al número y a la edad de las personas de la familia, y a la clase de alimentos, los de consumo inmediato y los que podrían conservarse por largo tiempo. Se reclutaron también equipos de enfermeras para el servicio de guerra; ésta fue una de las medidas de auxilio y defensa más eficazmente atendida. Se perfeccionó el sistema para movilizar a los niños, y se formaron cuerpos auxiliares, de los maestros de escuela, para este caso.

Con días de anticipación se anunció por la prensa que iba a representarse por la radio una escena de ataque por aire, a fin de ejercitar al público en la manera de actuar rápidamente en caso similar. En efecto, al domingo siguiente al anuncio, uno de los números del programa de la radio fue una escena familiar en que intervenían los padres, los hijos

varones y una hija, y me parece que un amigo. Escuchaban radio. De pronto la escena fue interrumpida por la conocida voz del anunciador, que pedía disculpas por la interrupción, en vista de la gravedad suma de acontecimientos que de orden superior tenía que comunicar al público. En esos momentos se telegrafiaba al gobierno de Su Majestad que Herr Hitler había roto las hostilidades y que flotillas de aviones volaban hacia territorio inglés. En seguida transmitió órdenes a todos los habitantes del reino, sobre lo que deberían hacer, que en suma eran: ¡cada uno a su puesto! Todo aquello era de tal manera realista, que de no haber estado todos advertidos, se habría creído en la realidad del hecho. Apenas acabó el anunciador de dar las primeras instrucciones, los muchachos y la muchacha de la escena que se radiaba, se dispusieron a salir a incorporarse a sus equipos, y así lo hicieron. Los padres se quedaron a disponer la defensa doméstica. A pocos instantes comenzó a dejarse oír el ruido de los aviones enemigos y en seguida el estruendo del bombardeo y de la defensa. El anunciador iba describiendo el desarrollo del combate, los puntos atacados, los incendios que estallaban y el movimiento rápido de todas las cuadrillas de defensa, de bomberos, de policía, de la Cruz Roja, etcétera. Al fin el enemigo fue rechazado, los sonidos de alarma pasaron, y a poco, los jóvenes, hombres y mujeres, volvieron a casa después de una actividad agobiadora, aunque de relativa poca duración.

Resultaría largo enumerar todos los aspectos de esta sistemática e integral preparación del pueblo inglés para la guerra. Claro que sólo me di cuenta de aquello que pude observar como simple habitante extranjera, que estaba de paso en Londres. Supongo que con igual sistema y previsión Inglaterra se preparó en los otros ramos de la lucha armada, ofensiva y defensiva. A partir de la declaración de la guerra, a las fuerzas de Inglaterra se han sumado las de los Dominios y Colonias que quisieron secundarla, que fueron todos, en esta lucha por la causa común. Los mismos nacionalistas hindúes, encabezados por Gandhi, no han vacilado en abrir un paréntesis de paz con Inglaterra, pues ellos mismos reconocen que no hay punto de comparación entre luchar por su independencia bajo el régimen democrático inglés, que les concede beligerancia, a lo que sería caer bajo el régimen nazi,

que de antemano ha considerado al hombre de piel oscura como a un semi-hombre o semi-mono, a quien no se debe conceder derechos políticos o simplemente los naturales de que gozan los hombres superiores, (los ario-germanos); así dice Hitler en *Mi lucha*, a propósito de noticias de negros que han llegado a ser abogados, maestros, etcétera: "No se le ocurre pensar a la mente burguesa que el hecho de publicarse tales cosas es un pecado contra la razón misma; que es un acto de criminal insania, educar a un ser que es sólo un semi-mono por nacimiento, hasta el grado de hacer de él un abogado". Y en el *Angriff*, periódico nazi, dice en enero de este año el jefe del frente laborista nazi: "Una raza inferior necesita menos espacio, menos vestido, menos alimento y menos cultura que una raza superior". (Se refiere a polacos y judíos, "no-arios", y a los germanos "arios").

Con razón dice H. G. Wells en su mensaje reciente a los intelectuales de América que la lucha en que está empeñada Inglaterra no es sólo de una nación contra otra, sino del mundo de los altos valores humanos contra lo que hay de perverso, de cínico y de bárbaro en el hombre. Yo diría que ese mensaje debe ser recogido por todo aquél, intelectual o no, que tenga sano juicio y sentido humano o cristiano, que viene a ser lo mismo, dentro del cual todos los humanos, "arios" o "no-arios", debemos unirnos y luchar en pie de igualdad por restablecer el sentido normal de la vida, entre seres ocultos.

México, 10 de septiembre de 1940.

Portada del libro de Julián Gorkin, *Caníbales políticos. Hitler y Stalin en España*, México, Ediciones Quetzal, 1941.

Epílogo

Contradicciones

A menos de no haberlos tratado personalmente, es difícil imaginarse la desfachatez de estos saltimbanquis saltando continuamente por encima de su sombra.

RAUSCHNING

Es asombroso la facilidad con que Hitler y los suyos han cambiado de doctrinas y de objetivos de lucha. Puede decirse que unas y otros sólo han sido en sus manos instrumentos adecuados, en cada instante, para engañar a los incautos y arrastrar al pueblo alemán a colaborar con ellos, de grado o por fuerza, en su constante y doble objetivo: satisfacer sus deseos de venganza y de poder, dentro y fuera de Alemania. Cuando el instrumento ya no les ha servido, lo han olvidado con la mayor naturalidad; para sustituirlo por otro, aunque éste significara precisamente lo contrario del anterior. Esto lo saben todos desde hace tiempo, porque de ello no se ha hecho ningún misterio. Cada discurso de Hitler ha traído una nueva sorpresa. La gente de juicio, aún no fanatizada, en Alemania, se preguntaba cada vez: en qué nueva doctrina la obligaría Hitler a creer, a qué nuevos dogmas habría

de ceñir la propia conducta. A este su constante cambio de careta, Hitler lo ha llamado "Oportunismo histórico", cubriendo de pomposo nombre lo que es simple habilidad de un saltimbanqui malintencionado y perverso.

A propósito de esto, recuerdo lo que unas amigas mías de Bruselas me contaron por el mes de septiembre de 1939, cuando permanecí yo en aquella ciudad, mientras la guerra se desarrollaba pavorosa en Polonia.

Por esa época, Hitler aseguraba que respetaría la neutralidad de los dos pequeños cuanto pacíficos países Bélgica y Holanda.

Mis amigas recordaban la invasión que había sufrido su país en la guerra de 1914-18: los hechos vandálicos del invasor, como el incendio total de la antiquísima biblioteca de la Universidad de Lovaina; el uso de los gases deletéreos que por primera vez fueron ensayados por los alemanes en Ypres como arma de combate, y los ultrajes que en multitud de formas y casos tuvieron que soportar los no combatientes belgas de parte de la soldadesca germánica. Al oír yo esto, evocaba sin quererlo la imagen de la maravillosa catedral de Reims, floración suprema del arte gótico francés, también martirizada por la furia de las huestes germanas de la pasada guerra. El recuerdo del arco deshecho, de la estatua mutilada, tronchada la flor o espiral de piedra, me hacían pensar que la obra de arte y la palabra escrita son quizá como el pensamiento libre: el arma más temible usada por el espíritu humano contra la barbarie, y que por eso ésta las destruye.

Yo les decía a mis amigas que quizá en esta vez Alemania cumpliría sus promesas de no invasión. Pero ellas me contestaban que no podía creerse en la palabra de un hombre que mil veces la había quebrantado y la seguía quebrantando. "Al contrario —me decían—, cada vez que se compromete a algo, así sea en la forma más solemne, debe tenerse por seguro que está tramando un ataque a mansalva, y que la palabra que ofrece guardar no es sino el medio de dormir a la víctima elegida, para herirla con mayor seguridad; es un 'medio dilatorio', como él mismo dice, para darse tiempo a preparar sus armas".

> "Vea usted —me dijo una de ellas—; hay una colección de discos que se han grabado cada vez que Hitler ha pronunciado sus discursos, desde que ascendió a Canciller del Reich. Pues bien, escuchar su contenido inmediatamente uno tras otro es una de las experiencias más extrañas que se pueden tener. Todo mundo sabe —seguía diciendo— cómo ha saltado Hitler de doctrina en doctrina, y cómo ha combatido de propósitos, según le ha convenido. Si se recuerda lo que ha dicho durante su carrera política, se queda uno pasmado de ver con qué descaro, en el transcurso de poco tiempo, afirmó un día lo que en el anterior negó, o viceversa. Pero no sé qué inexplicable sensación se tiene cuando, al echar a andar los discos, sucesivamente en orden cronológico, se oye la misma voz que en uno proclama una cosa con todo frenesí, y en seguida se desmiente en el otro, al afirmar lo contrario, y excita a la acción en nombre de aquello que sostuvo primero, y en nombre de lo que dijo después. Es como si el hombre en persona estuviera allí presente, afirmando al mismo tiempo cosas contradictorias. Entonces es cuando se experimenta en la forma más viva la mala fe de Hitler, se ve que cuanto ha dicho carece de consistencia, y que ni él mismo cree en ello".

Me dejó muy impresionada este relato, y aunque nunca tuve oportunidad de escuchar tales discos, creí que sería una gran cosa para exhibir al desnudo la mala fe de Hitler, coleccionar sus discursos y siempre tuve deseos de parangonar aunque fuera a la simple memoria, los diferentes propósitos e ideas que han formado el punto de apoyo de este hombre funesto, para desencadenar la presente guerra.

Tal vez el parangón nos sirva para sacar en claro qué es en verdad aquello que no ha cambiado en su mente, lo que en el fondo persigue a través de las tortuosidades de sus complexos, y que justifica y disfraza con pretextos y ropajes, según le conviene.

Reflexionemos siquiera sobre algunas de sus principales contradicciones en materia ideológica:

Sostuvo primero que cada pueblo, grande o pequeño, tenía el derecho inviolable de gobernar sus propios destinos y gozar del uso de sus propias fuerzas y territorios. Y de ese derecho hizo su égida de

combate para rearmarse y rearmar la zona del Oeste; pero renegó de él cuando se trató de violar la independencia de los pueblos vecinos; y pretextando nuevas doctrinas, los sometió a su dominio. Entonces dijo, y sigue diciendo hoy, que ya no habrá más pueblos débiles; que sólo los fuertes tienen derecho a sobrevivir, y consecuente con esta glorificación de la fuerza bruta, de ella ha hecho la sola razón de su lucha, y con ella ha pisoteado cuanto de noble hay entre gentes civilizadas.

Afirmó primero que cada raza tenía el sagrado derecho de hacer suyo el territorio que habitara; que Alemania se encontraba donde quiera que estuviera un alemán (curiosa doctrina que niega y amenaza la soberanía de los otros países), y que por eso Austria, los Sudetes, etcétera, deberían pertenecerle. Pero muy pronto olvidó estas sus palabras cuando se anexó territorios habitados por no-alemanes; pues qué, ¿no ha de ser Polonia donde habitan los polacos? ¿Checoeslovaquia donde los checoeslovacos?, etcétera.

Dijo que cada pueblo, por razones biológicas debía disponer del espacio suficiente para vivir sin angustias, y que en nombre de ese "espacio vital", Alemania debería ampliar sus fronteras al Este y al Oeste. Y qué, los pueblos que allí habitan ¿no necesitan también de su "espacio vital"? ¿Por qué los priva del que ya poseen? ¿Por qué les niega a los otros el mismo derecho que reclama para Alemania?

Para justificar sus ambiciones territoriales ha sacado constantemente a relucir los 80 millones de habitantes apretados en el territorio alemán; pero la prueba de que esto sólo era un pretexto, y no una necesidad, es que desde que subió al poder ha estado apremiando a su pueblo a procrearse al extremo posible, dentro o fuera del matrimonio. Y cuando invadió Polonia, no habiendo bastantes habitantes en Alemania dispuestos a ocupar aquellas tierras, trajo a ellas a los germanos o sus descendientes del Báltico Nororiental. En cambio, cuando surgió el conflicto del Tirol italiano, poblado de descendientes de alemanes, por no romper con Italia, porque así le convenía de momento, prefirió acceder a las exigencias de Mussolini que a su vez aplicaba a su favor la tesis hitleriana: o los que querían seguir siendo alemanes deberían pasar a Alemania o se hacían italianos si preferían seguir ocupando sus antiguos territorios. En este caso, Hitler abandonó a los tiroleses a

su suerte, y hasta se mostró irritado con ellos porque le estaban creando dificultades con su viejo sentimentalismo nacionalista. No dijo lo mismo en el caso de los nacionalistas sudetinos; al contrario, él mismo los soliviantó para tener un pretexto contra Checoeslovaquia.

Afirmó repetidas veces que Francia era una nación inferior con respecto a Alemania, porque se reproducía menos; pero cuando habla de los pueblos eslavos, dice que son inferiores porque se reproducen más, "como animales". Por fin, ¿en qué quedamos? ¿Son inferiores los que se reproducen menos que Alemania, o los que se reproducen más?

Ha dicho que los alemanes superan a los ingleses porque son sobrios, pueden vivir con poco, sufrir los rigores del clima y de las circunstancias; son hombres fuertes, de trabajo; mientras que los ingleses; los plutócratas, están ya degenerados, no saben vivir más que en la abundancia y el confort (la guerra presente ha demostrado lo contrario). Pero cuando se trató de justificar la rapiña contra Polonia, Checoeslovaquia y otros pueblos, dijo que toda raza superior, como es la alemana (según él), necesita para subsistir de más comida, más vestido y más espacio; y que sería absurdo pretender que viviera con limitaciones materiales, con las que sólo pueden vivir y conformarse los pueblos inferiores como los eslavos. Por fin ¿en qué quedamos? ¿Son superiores los que pueden vivir con poco como los alemanes, o los que no pueden vivir con poco, como los alemanes?

Dice que éstos han de conquistar al mundo; que en el nuevo orden social ellos serán los únicos poseedores, los amos; los demás, los conquistados, los débiles, trabajarán para aquéllos; vivirán con salarios mínimos para poder mantenerlos en una esclavitud *ad aeternum*. ¿Cómo es pues que en su último discurso se proclama el defensor de los que nada tienen? Se necesita cinismo o inconsciencia de su parte para afirmar tal cosa; ya todo mundo sabe cómo están defendiendo los alemanes a quienes ellos mismos han despojado de su libertad y de sus bienes: han caído sobre aquéllos, desde Polonia hasta Francia, como langostas hambrientas a hartarse con el trabajo de sus víctimas.

Pero la obra maestra de este nuevo juglar en el arte de cambiar de frente es su unión con el bolchevismo ruso. Hitler se declaró a sí mis-

mo baluarte y defensor de la civilización occidental contra la ola de barbarie ruso comunista; pero he aquí que después de su unión con el antiguo enemigo ideológico y racial, en momento y circunstancias que hacen de esa alianza una inicua confabulación de cómplices, ahora se proclama el realizador del marxismo, su aliado natural, cuya técnica de lucha declara haber copiado.

Y dice bien, pues Gestapo, Campos de Concentración, purgas sangrientas, espionaje, supresión del pensamiento libre y otros medios de violar el derecho de gentes constituyen en manos del partido único oficial y omnipotente la técnica favorita de todos los déspotas.

Cuando uno se pregunta cómo ha sido posible que a pesar de tamañas contradicciones, este hombre haya encontrado tantos prosélitos dentro y fuera de Alemania, no sabe más que esta respuesta: la inconsciencia ha cundido por el mundo y la perversidad encuentra eco en multitud de corazones. Un egoísmo desenfrenado, con su séquito de incomprensiones, crueldades y odios, a veces disfrazados de ideales o de legítimas aspiraciones y hasta de principios morales o de deberes religiosos, constituyen la lucha diaria y despiadada entre pueblos e individuos.

¿Qué de extraño tiene que Hitler y tiranos similares del totalitarismo, encarnación monstruosa de estas perversiones humanas, encuentren por doquiera resonancia aprobatoria? Urge darse cuenta de la falacia que encierran tantos dogmas e ideologías perniciosas con que el egoísmo se ha nutrido a sí mismo; ellos forman en buena parte las directrices de una civilización mal llamada cristiana, cuya meta individual y colectiva, alcanzar gloria, poder y dominación sobre los demás, es precisamente la antítesis del verdadero cristianismo.

Dándonos cuenta claramente de que todo eso es la causa y el origen de todas las tragedias humanas, y en especial de la que actualmente agobia al mundo, quizá podamos hacer luz en nuestras conciencias y encontrar de nuevo los naturales cauces de la vida humana.

México, 10 de septiembre de 1940.

Entrevista con la profesora Eulalia Guzmán, *ca*. 1960.
Fondo "David Gris", Sobre Personales, 3 (002).
SECRETARÍA DE CULTURA.INEHRM.FOTOTECA.MX.

Entrevista con la profesora Eulalia Guzmán, *ca.* 1960.
Fondo "David Gris", Sobre Personales, 3 (002).
SECRETARÍA DE CULTURA.INEHRM.FOTOTECA.MX.

La mujer y el nazismo[1]

Si pretendemos conocer el estado que guarda la mujer en la Alemania de hoy, precisa que antes sepamos con claridad qué es el nacional-socialismo.

Una doctrina política, social y religiosa, fruto de la peculiar concepción o intuición de la realidad, de cierto grupo humano germánico, según el cual el mundo es un casto mecanismo que marcha y trabaja al compás, dentro de una disciplina rígida y de una jerarquía inflexible e inquebrantable.

Consecuentemente con esta concepción del mundo, —*weltanschauung*, como dicen los filósofos alemanes— el conjunto de pueblos que constituyen la humanidad está jerarquizado por naturaleza, según cierta categoría racial, determinada por una escala valorativa inventada, claro está, por los nacional-socialistas germanos; de tal manera que a la cabeza de todos los grupos humanos se encuentra la raza superior, la más valiosa, la que ellos llaman ario-germana. Ya otras veces he dicho que tal raza no existe sino en la mente vanidosa e ignorante nazi.

Después de ella y por la misma escala de valores raciales siguen los demás pueblos, los no-arios y los mezclados.

Llamada a gobernar a los demás por derecho de superioridad, la raza aria encarnada en el pueblo germano, dicen ellos, ha de imponer en el mundo el orden que le corresponde, ha de obligar a los demás

[1] Eulalia Guzmán, "La mujer y el nazismo", ponencia en el *Primer Congreso Antifascista*, 1942, pp. 66-77.

pueblos a someterse al grado jerárquico a que pertenezcan, a obedecer al pueblo de señores y a trabajar para ellos.

Cumpliendo, pues, con la misión que su superioridad le ha conferido, el pueblo alemán explotará la tierra como el señor explota su heredad, distribuyendo el trabajo entre los pueblos inferiores, según la conveniencia de él, y dejará para sí la gran industria, con la cual asegurará su dominio para siempre. Se proyectarán gigantescas empresas de alcances mundiales, como jamás se habrá visto, para las cuales los señores dispondrán de mano de obra por doquier, pues por doquiera habrá siervos para la ruda y agobiante labor.

¡Cómo ven prosperar la tierra los nacional-socialistas! ¡Cómo fluye hacia sus manos la riqueza económica que brota de todos los ámbitos del mundo! ¡Y cómo con la riqueza se afirma su poder, mientras los siervos gimen!

Pero los otros pueblos, ¿querrán someterse a su destino? A pesar de lo bien organizado del sistema, ¿no surgirán rebeldías que pongan en peligro la estabilidad del orden nacional-socialista?

Muy posible es esto, pues los inferiores, por inferiores, no podrán comprender la razón de su destino, dicen los nacional-socialistas. Para evitar ese peligro es necesario concebir un Estado político alemán que, estructurado según la concepción nacional-socialista, es decir, mecanizado y jerarquizado, culmine también en una categoría superior, símbolo y voluntad de ese Estado: el Führer, de potestad omnímoda. Un pueblo, un Estado, un Führer, tal es la fórmula del nacional-socialismo.

De esa manera, el Estado nazi alemán constituye una unidad, que es instrumento de dominio, macizo, inflexible, omnipotente, que a la vez que eche a andar el orden mundial antes descrito sea capaz de triturar toda rebeldía externa e interna: todo conato de acción independiente, todo asomo de pensamiento libre, de sentimiento humanitario, que pueda ser el germen de disolución del orden ideado por los dirigentes del nacional-socialismo.

Pues bien, el Estado alemán será implacable para propios y extraños, será totalitario. Cada unidad social, que es el individuo, ocupará su lugar en la maquinaria estatal, fría e indiferente a la personalidad

humana. Ese lugar le será designado por el mismo Estado, según los intereses superiores y destino de la raza y de la comunidad alemana.

¿Quién o quiénes ejercerán semejante derecho? El Führer en primer lugar, y el partido nazi, en segundo.

El hombre queda así convertido en cosa; ningún miramiento para él; en el complicado engranaje del Estado, será destinado para tal o cual función, como la pieza grande o pequeña que se ajusta en una maquinaria y nada más.

No quedará ningún margen a su vida privada, independiente del Estado. No podrá asociarse sino bajo la vigilancia del Estado, y solo en aquellos casos que permita el Estado. No podrá creer en lo que sus temores o sus esperanzas le sugieran, o como le hayan enseñado; el Estado nacional-socialista también tiene su religión, la religión pagana de los ancestros nórdicos. Wotan, Odin y el Walhalla de los héroes han vuelto por sus fueros. A la religión cristiana, que a fin de cuentas es un producto del genio judaico, dicen ellos, hay que oponerle la religión de la fuerza y la astucia; al mito de la redención, oponerlo con el de la sangre alemana; el de la tierra alemana a la figura de Jesús; y todo individuo alemán tendrá que afiliarse a esta nueva religión, la personalidad del Führer, que es la de su raza y de su patria.

Dentro del régimen nacional-socialista tampoco el hombre ha de ser libre para formar su hogar conforme a los dictados de su corazón o de su voluntad, pues el Estado ha de vigilar y velar por la limpieza de la raza en las futuras generaciones. En consecuencia, el Estado nazi interviene en las familias, y, por tanto, ya no puede ser refugio para el individuo. Se desharán los lazos legales familiares cuando la mezcla racial de los esposos no convenga al dogma nazi. Desde temprana edad se separarán los hijos del afecto y de la educación de los padres para dogmatizarlos y utilizarlos en servicio del Estado. Inútil es que el nazismo diga que esto es en favor de la comunidad, pues son los individuos que forman la comunidad quienes se ven ultrajados y atormentados por las teorías y prácticas del nazi-fascismo. Innumerables son los dramas familiares causados por tal modelo, y no podría ser de otro modo en este sistema *contra natura*.

He aquí el cuadro viviente de la humanidad bajo el régimen hitleriano, cuadro que por desgracia se ha convertido en realidad en Europa. Cada vez que examinamos cualquiera de sus aspectos, encontramos una realidad más dolorosa que la del mundo medievo-feudal, creado también por los grupos germanos después de la invasión y conquista de las provincias romanas. Bajo el régimen nazi de hoy huyó la felicidad de los hombres; sólo queda para algunos la ruin y egoísta satisfacción de la vanidad de poderes nacional y racial.

Naturalmente, dentro de este orden jerárquico y despótico, la mujer, como elemento social, tiene su puesto asignado por el nacional-socialismo. Este puesto queda perfectamente definido por su sexo.

Como en los conglomerados animales, de especies que poseen instintos sociales, como las abejas y las hormigas, la mujer bajo el nazismo es simplemente hembra. Al igual que el hombre, ella también queda desprovista de las cualidades que la elevan al rango de ser humano.

La mujer debe dar hijos. Ese es su papel en un régimen que se vale de soldados para mantener un estado perpetuo de guerra y de violencia, el cual necesita de trabajadores en la industria alemana y en las demás actividades que dan vida al Estado, por lo que requiere de hombres selectos para dar amos a los pueblos sometidos. Se necesitan hombres y más hombres, y la mujer debe satisfacer esa necesidad.

La Alemania nazi ha revivido la pasada fórmula Kaiseriana de "*Kinder, Küche, Kirche*", que quiere decir: la mujer a la crianza de los niños, a la cocina y a la iglesia.

No fue otro su lugar en los años obscuros medievales, bajo los férreos señores feudales. Para hacerla olvidar su vida solitaria y manca, se le idealizó en su sexo; se decantaron por su belleza y sus encantos; pero social y moralmente, y aún en eso mismo en que se la idealizaba, se la mantuvo en situación de humillante inferioridad.

Cosa semejante se empieza a observar en el régimen actual alemán.

Paralelamente a una tendencia romántica, crece la política de desmoralización en cuanto a su papel como mujer. Existe, por ejemplo, en Alemania, una corriente de propaganda, verdadera campaña que favorece la existencia de hijos ilegítimos. Toda mujer alemana debe dar hijos a la patria, sea en matrimonio o fuera de él. Lo que honra a la

mujer alemana, dice la propaganda, es poder afirmar: soy una madre alemana; he dado a Alemania un futuro soldado. Así lo oí referir yo misma en aquel país.

El hecho se estimula de varias maneras: una de ellas es aflojando los lazos familiares, para que la muchacha quede alejada de la acción de sus padres; otra es a través de los campos de trabajo, para muchachas unos y para muchachos otros, adonde concurren las primeras, durante un año, y los segundos durante seis meses, y en donde unos u otros desempeñan una especie de servicio civil obligatorio, en determinados trabajos de carácter nacional. Pues bien, estos campos de trabajo han dado en multitud de casos la ocasión para el nacimiento de hijos ilegítimos. Igualmente, el matrimonio pagano, según los mitos revividos o inventados por el Estado nazi, es otro de los medios para borrar escrúpulos, que, al decir de la propaganda, se oponen al deber nacionalista de la mujer.

No menos elocuentes son las opiniones que prominentes personalidades nazis expresan por la prensa y en son de propaganda, con respecto al papel que le reservan a la mujer en los países conquistados. Wilhelm Stapels declara lo siguiente en el periódico nazi *Deutsches Volkstum*: "Ningún ejército puede existir sin tren de campaña. A ese tren de campaña pertenecen también las cantineras y las mujeres de otras clases". (Aquí una palabra bochornosa). Y continúa: "El guerrero está acostumbrado desde tiempos remotos a considerar a las mujeres como botín de guerra. En este nuestro tiempo heroico, es preciso de nuevo volver a esta costumbre".

Pero el mayor desvarío que en este terreno puede cometerse por fanáticos del nazismo en Alemania es el de intentar una especie de ensayo de selección racial, de verdadera cría de animales de raza, llevada a cabo por medio de matrimonios dictados, entre individuos que reúnan las características raciales que se atribuyen a la llamada raza aria. Parece ser que hay dos lugares secretos señalados para este ensayo de cría racial humana, que existían ya desde los mejores tiempos del nazismo. Tales son las noticias que de este hecho extraño me han comunicado algunas personas que habitaron Alemania bajo el hitlerismo. ¿De dónde se toman estos elementos voluntarios que se pres-

tan para semejante caso?, he preguntado. Probablemente de entre los individuos más patriotas y más fanatizados por la propaganda y la educación nazi en favor de la teoría racista y de la idea pangermanista.

Bajo la República social-demócrata de Weimar, me tocó presenciar un movimiento de emancipación de la mujer en todos sentidos: se le concedieron derechos políticos, su asistencia a las universidades aumentaba cada día y aún empezaban a ocupar puestos de responsabilidad dentro del cuerpo docente y dirigente universitario; igualmente aumentaba el número de trabajadoras en puestos oficiales y en la industria.

A partir del arribo de Hitler al poder las estadísticas muestran un descenso considerable en el número de mujeres trabajadoras en los servicios públicos y en la industria; a tal grado que por los años de 1933 y 1934 el número de mujeres despedidas fue un millón aproximadamente. Esta política, se decía, obedecía al deseo de que la mujer dejara los lugares vacantes a los hombres sin trabajo, e igualmente se le pusieron restricciones para que siguiera asistiendo a los centros de cultura superior. La mujer debía volverse al hogar.

Pero desde 1936 y 1937 la estadística vuelve a acusar un aumento en el número de trabajadoras industriales, y, por último, la guerra desatada por el mismo Hitler ha hecho que las cosas a este respecto sucedan muy diferentemente de como lo pide la ideología nazista. Los hombres fueron llamados a filas, buen número de médicos y otros técnicos se incorporaron al ejército y las mujeres especializadas tuvieron que sustituir a los hombres en los trabajos que dejaban abandonados. Pongo por ejemplo este hecho que me consta: los varones fotógrafos de una institución científica de Berlín fueron sustituidos desde los primeros días de septiembre de 1939 por mujeres fotógrafas, y a medida que la guerra se ha ido intensificando, el personal femenino aumenta en todas las actividades, desde las científicas y profesionales hasta las meramente manuales.

En verdad, si la guerra hubiera sorprendido a la mujer alemana en el grado de impreparación en que la quieren tener Hitler y el nazismo, a la hora presente ya se habría producido el colapso interno en la producción, por falta de mano de obra y de dirección competente y técnica, de confianza.

A pesar del valioso servicio que la mujer alemana está prestando al nazismo en estos momentos, el Estado persiste en considerarla con menos derechos que el hombre, no sólo digamos los políticos, que también para el hombre han quedado suprimidos, sino los económicos. En efecto, sus salarios son menores hasta en un 20 por ciento y aún más.

Es verdad que se ha intensificado la educación doméstica, con sus ramas científicas conexas, y que en cierto modo se atiende con creciente interés a su educación física, todo ello con el fin de dar hijos más sanos y fuertes para la patria; pero la mujer es, además, ser humano, con anhelos y capacidades para crear en otros terrenos también, como lo ha demostrado y lo está demostrando todos los días en todos los países, y tiene derecho también como el varón a independizar su vida de la tutela y del papel que le asigna el régimen nazi.

¿Cuál es su reacción ante ese estado de cosas?

Si han de creerse las noticias que de vez en cuando logran atravesar la censura nazi y lo que nos comunican quienes logran escapar a América, los signos de descontento aumentan cada vez más en diversos lugares de Alemania, precisamente entre las mujeres. Hitler prometió, primero, que conservaría la paz en Alemania; luego predijo que la guerra sería breve, que Alemania no sufriría sacrificios; y he aquí que ya se ha entrado en el tercer año en que las madres alemanas sufren la muerte o la ausencia de sus hijos y el número de viudas y huérfanos aumenta pavorosamente.

A pesar del saqueo que el nazismo lleva a cabo en los países ocupados, el ama de casa ve disminuir sus raciones alimenticias y de vestidos, y ni aún obtiene lo que la carta de racionamiento le concede, por lo que ha habido manifestaciones tumultuosas hostiles al régimen en algunas ciudades alemanas.

La resistencia pasiva y el sabotaje en las industrias bélicas donde trabajan las mujeres; los trabajos clandestinos antinazis, efectuados por mujeres; la labor de difusión de noticias que llevan a cabo las mujeres radioescuchas de emisiones extranjeras adquieren gran significación en un estado de opresión y terror.

Alguna persona de las que han logrado llegar hasta nosotros, informa de la labor de simpatía a los judíos, que se hace cada día por ligas de mujeres alemanas: una palabra, una seña cariñosa, un papel alentador dejado al pasar, entre las manos de los que van señalados públicamente como judíos, dan a entender a las víctimas que sus compatriotas alemanes no comparten la saña oficial, antes al contrario, trabajan secretamente contra semejante aberración. Yo misma pude enterarme en conversaciones confidenciales, con amigas mías en Alemania, que ellas y muchas otras de juicio sano reprobaban los excesos de las campañas antisemitas llevadas a cabo desde que Hitler asumió el poder.

Pero la Gestapo está alerta, como lo prueban las cárceles y campos de concentración destinados a mujeres, llenas de prisioneras antinazis o desobedientes. A ellas se les trata con el mismo rigor con que se trata a los hombres, y no es ya raro el caso de mujeres decapitadas por alguna de las faltas arriba enunciadas.

¿Qué va a suceder en Alemania si las condiciones producidas por la guerra se agravan? Un fermento de rebelión actúa entre hombres y mujeres. Si por acaso la revolución estalla en el seno del Estado nazi, estamos seguros de que la mujer ha hecho su parte.

He señalado los hechos más salientes que nos dan idea de las condiciones que guarda la mujer bajo el régimen nacional-socialista. Debemos confesar que no ha sido privativo de ese régimen ni de ese pueblo tratar de mantener a la mujer en ese estado de inferioridad sexual, social, económica y política a que me he referido, pues ejemplos de lo mismo se vieron durante siglos entre los pueblos hispanos y musulmanes o de costumbres hispanas o musulmanas. Pero después de haber vivido un período, por corto que haya sido, de creciente emancipación de la mujer, regresar rápida y violentamente a un sistema político apoyado en doctrinas falsas e inhumanas, que eleva a la categoría legal una situación humillante e injusta, es cosa que no debe tolerarse. Nuestro deber es apoyar, aunque sea moralmente, si no es que de otro modo, a todos esos elementos que, en condiciones tan desfavorables, se rebelan contra sus tiranos.

Resoluciones que tomar contra eso, veo simplemente una: combatir el régimen injusto y las doctrinas e ideas injustas. No son dos problemas

aparte: el del hombre esclavizado y el de la mujer esclavizada, el de una raza perseguida y el de otra privilegiada. Es un solo y único problema: el desconocimiento de la entidad, moral humana, la negación de los derechos inalienables del ser humano, hombre o mujer, rico o pobre, sabio o ignorante, de una clase o de otra, de una raza o de otra.

Ese desconocimiento está por desgracia más extendido de lo que parece; participan en él aún muchos de los que creen ser antinazis. El problema no reside en el régimen político, sino en el corazón humano y en la inteligencia humana de cada quién, oscurecida ésta y endurecido aquél por orgullos y prejuicios, conveniencias egoístas, miedos e ignorancias.

La resolución a tomar entre individuos que quieren ser libres es la de mirar de frente el problema total de la injusticia, mirarlo con ojos humanos, simplemente humanos; es luchar por la libertad y la dignidad del ser humano, y, sobre todo, iluminados por el propio discernimiento y el propio sentido correcto de la vida, luchar en todas partes, entre los nuestros y entre los ajenos, contra prejuicios e ignorancias, ejercitando el propio discernimiento, que por sí solo nos convertirá en los combatientes más implacables contra regímenes y teorías esclavistas.

Cuando el pensamiento es libre y sin miedo y la acción es recta, ante ellos, se derrumban las más fuertes tiranías. (Aplausos).

EULALIA GUZMÁN

LO QUE VI Y OÍ, EN LA ALEMANIA NAZI

fue editado por el
INSTITUTO NACIONAL
DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.
Se terminó en la Ciudad de México
en junio de 2025.

Imagen original tomada como base para la elaboración de la portada.

Cultura
Secretaría de Cultura

INEHRM
Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México